



Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

CUADERNO **22**
2023

ACOMPañAR Y SERVIR. NO PREVALECER

ACOMPañAR Y SERVIR. NO PREVALECEr

www.cubaproxima.org

JUNTA DIRECTIVA:

Roberto Veiga González, Director

Michel Fernández Pérez, Vicedirector

Lennier López, Supervisor Académico

Alexei Padilla Herrera

David Corcho Hernández

Elena Larrinaga

Enrique Guzmán Karell

Massiel Rubio

Guennady Rodríguez

Ivette García González

Jorge Masetti

Julio Antonio Fernández Estrada



Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

01 PRESENTACIÓN

02 TODO EL TIEMPO PARA LA ESPERANZA Roberto Veiga González

11 APORTANDO PARA EL DIÁLOGO Y EL CONSENSO Entrevista de Armando Chaguaceda a Roberto Veiga

15 INSTITUCIONALIZAR EL DIÁLOGO Y EL PERDÓN Entrevista de Dimitri Prieto Sansonov a Roberto Veiga

19 ESPACIO LAICAL, UNA PUBLICACIÓN CATÓLICA Y LAICA Entrevista de Emilio Ichikawa a Roberto Veiga

22

ACOMPañAR Y SERVIR. NO PREVALECER
Entrevista de Luis Manuel García Méndez a Roberto Veiga
González

31

NOTA DE PRENSA DE ESPACIO LAICAL POR LA
SALIDA DE ROBERTO VEIGA Y LENIER GONZÁLEZ

32

RESPUESTA A LA NOTA DE PRESA DE ESPACIO
LAICAL

34

NO TENEMOS “OBISPOS ESPADA”, NI “PA-
DRES VARELA”
Entrevista de Alexei Padilla a Roberto Veiga

44

CUBA POSIBLE, EL DESCONGELAMIENTO Y EL
FUTURO DE LAS RELACIONES CUBA-ESTADOS
UNIDOS
Coloquio de Roberto Veiga González con José Raúl Gallego

49

UN DIÁLOGO SOBRE CUBA POSIBLE
Coloquio de Roberto Veiga con Raudiel Peña

56

HACER LO NECESARIO PARA RETOMAR EL CAMINO
Roberto Veiga González

62

EL MEJOR ACIERTO: BRINDARLES A OTROS ESPACIO
Entrevista de Jesús Arencibia Lorenzo a Roberto Veiga
González

74

POR UNA CUBA PRÓXIMA: OCHO PREGUNTAS PARA
ENTENDER SU PERSPECTIVA
Coloquio de Roberto Veiga González con Oscar Grandio
Morález

80

AUTOR

PRESENTACIÓN

Esta selección de trabajos de Roberto Veiga González, director del Centro de Estudios **Cuba Próxima**, compila vivencias de su labor por más dos décadas en cuestiones políticas cubanas. Podría resultar además un adelanto de tópicos a desarrollar en unas probables futuras Memorias.

La Iglesia Católica: facilitadora de un camino de diálogo y encuentro entre todos los cubanos

*Habrà que descontar
que si la rama está desnuda
se posará en ella un pájaro*

Fina García Marruz, “Explicaciones al margen”.

I-Fundamentos para un desempeño reconciliador

Pensar en la Iglesia Católica en Cuba como facilitadora de un camino de reconciliación por medio del diálogo entre todos los cubanos presupone al menos dos elementos. Primero, la existencia en esta institución de condiciones para promover un horizonte de diálogo entre cubanos, derivadas de su esencia y visión particular de la realidad; y, segundo, una experiencia históricamente verificable que cualifique su accionar en tal sentido. Conviene entonces, en primer lugar, argumentar estas condiciones.

La Iglesia Católica entiende haber sido establecida por su Fundador para proclamar hasta el fin de los tiempos una novedad radical: Dios mismo, por un acto infinito de amor ha decidido hacerse tan cercano a nosotros, al punto de ser *uno de nosotros*. El Dios encarnado por amor en la persona de Jesucristo –Su Unigénito Hijo desde la eternidad al tiempo que una persona humana concreta- ha alterado en sus fundamentos mismos la actitud religiosa natural: del hombre en busca de Dios, a Dios en busca del hombre. Por otra parte, en razón de la unidad de la naturaleza humana, el acontecimiento decisivo de la Encarnación y su consecuencia lógica, la vocación divina de la humanidad, aportó una herencia para *toda* la humanidad. La presencia de Dios en la Historia es presencia en la historia de cada ser humano, con lo que se rompió definitivamente el antiguo velo que parcializaba la Revelación: *la Buena Nueva es tal para todos y en todo lugar*.

De aquí se deriva la esencia de la catolicidad de la Iglesia. Su condición católica implica que su mensaje sea integrador por naturaleza y que se proponga por encima de todos los mecanismos fragmentadores que han dividido la historia de la sociedad humana. La convicción de san Pablo de que el hombre nuevo, redimido, ya no es ni griego ni judío, ni circunciso ni incircunciso, ni bárbaro ni escita, ni libre ni esclavo, sino que Cristo es todo en todo (Col 3,11), muestra con claridad que la misión del Evangelio trasciende todas las fronteras accidentales creadas en siglos de exclusión e intolerancia. El origen étnico, la condición cultural, las diferencias rituales o el lugar ocupado en un orden socioeconómico específico, no dividen en Cristo a los por Él redimidos, no quiebran la comunión creada y querida por Dios de la humanidad reconciliada. Como tampoco lo hace la ideología, aunque por momentos parezca más insuperable que las diferencias

anteriores, y haya causado mayores horrores. En efecto, el mensaje evangélico que la Iglesia custodia en humildes vasos de barro, le permite comprender el valor del camino de reconciliación mediante el diálogo y el encuentro, a pesar de la ideología, que en algunos momentos ha llegado –incluso- a dominar a la misma. Es este depósito de fe viva y transformadora la principal calificación para facilitar nuestra pérdida, o quizás nunca hallada todavía, comunión nacional.

La presencia de la Iglesia Católica en la historia nacional cubana ha estado marcada por la tensión entre la urgencia de promover las actitudes anteriores y las realizaciones históricas, limitadas por la fragilidad y la insuficiencia de lo humano frente a las radicales exigencias del Evangelio. Lo anterior estuvo sin dudas condicionado también por el cambiante y convulso contexto histórico insular.

Así, en los momentos en que se pensaba la nación, la Iglesia tuvo un significativo aporte en la generación nucleada alrededor del Real y Conciliar Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Tras el impacto del poder liberal en España, la Iglesia se enajenó de los procesos nacionales y recibió a la República independiente con una dolorosa extrañeza, que se fue superando en un importante proceso de inserción en las nuevas realidades que llevó a la Institución a reaccionar activamente frente los dramáticos acontecimientos de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Sin embargo, es en el accionar de la Iglesia en nuestra historia más contemporánea donde, a pesar de todas las insuficiencias, se pueden encontrar al menos tres momentos o circunstancias en las que ha podido tener una acción significativa de promover el diálogo y el encuentro.

La profunda reflexión sobre su misión, y las características de esta en el contexto particular de una sociedad socialista que significó para la Iglesia la Reflexión Eclesial Cubana y que condujo al Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC) de 1986; es un primer momento a considerar. En el ENEC, el acontecimiento eclesial más significativo en su historia reciente, la Iglesia abrió sus puertas al reconocimiento de una realidad que hasta entonces había considerado ajena, y ofreció nuevamente el camino del diálogo reconciliador como única vía para el aporte cristiano a su sociedad y para el mejoramiento de toda ella en su conjunto. El ENEC representó el regreso de la Iglesia al ámbito social en Cuba.

Un ámbito al que ya no renunciaría, a pesar de las más dolorosas circunstancias, como las que tuvieron lugar en los años más difíciles del llamado Período Especial. En unas horas verdaderamente duras para la nación, el episcopado cubano relanzó la antigua y siempre nueva solución última a los males sociales y de todo tipo: la necesidad del amor. El histórico mensaje *El amor todo lo espera*, de septiembre de 1993, recordó la urgencia del diálogo entre cubanos, sin exclusiones ni presiones, como salida justa y duradera de la crisis. Se intuía, aún más, que era ésta la salida definitiva de toda crisis y el mejor camino para reconciliarnos con los desafíos futuros que nos imponía el nuevo contexto nacional e internacional. Este constituyó el segundo momento. Sin embargo, lamentablemente las circunstancias en el que se publicó este mensaje –primer pronunciamiento público de la Iglesia en mucho tiempo- aún no permitió entenderlo como un resultado de la misión específicamente eclesial, promotora de un encuentro reconciliador más allá de la ideología y los intereses particulares. La reacción una vez publicado fue muestra clara de ello.

En medio de estos grandes hitos, la Iglesia en la Cuba contemporánea ha impulsado otros esfuerzos reconciliadores y de diálogo, que no han dejado de dar frutos. Éstos pueden ser considerados con justeza un tercer momento en tal sentido. El interés por servir a necesitados de toda índole, incluyendo la atención a presos por motivos políticos y la intercesión por el cese de penosos actos de repudio, son ejemplos evidentes de esto. Públicas unas, discretas otras, estas gestiones han mostrado una voluntad que la Iglesia ha ofrecido sin reservas.

Por tanto, la Iglesia cuenta con dos instrumentos fundamentales que validan su interés en facilitar las vías para el encuentro entre los cubanos: un mensaje de amor inclusivo y reconciliador que ofrecer y una experiencia, sencilla pero probada, en ofrecerlo, sin olvidar, por supuesto, sus propias limitaciones. También

posee otro conjunto de condiciones llamadas a sostener esta gestión, entre las cuales se encuentran: una presencia institucional de siglos en nuestra Isla; redes asociativas que abarcan todo lo largo y ancho del país; un discurso articulado sobre la persona humana, la nación y el Cosmos; es pequeña y pobre, pero a la vez unida y libre como nunca antes en su historia (porque no posee vínculos estructurales con ningún centro de poder, dentro y fuera de Cuba).

Para desempeñar esta labor, debe tener en cuenta las circunstancias históricas que condujeron a este momento presente y las exigencias que pueden llevar a un encuentro en el futuro inmediato.

II-El conflicto entre componentes de la nación cubana

El triunfo revolucionario de enero de 1959 desencadenó una transformación radical del orden social, económico y político que regía el país y del sistema de relaciones existentes entre Cuba y Estados Unidos. Una mayoría jubilosa, integrada por más del 95 por ciento de la población cubana, apoyó dicho triunfo, en tanto reivindicaba y potenciaba importantes y legítimos anhelos nacionales. En la lucha revolucionaria se involucraron fuerzas heterogéneas y sus principales líderes provenían de la clase media cubana. Para muchos de ellos el curso natural que debía seguir el proceso revolucionario consistía, esencialmente, en la restitución de la Constitución de 1940 y en la celebración de elecciones generales. Sin embargo, la profundidad y radicalidad de las medidas tomadas por la dirección de la Revolución (que se irradiaron hacia todos los ámbitos de la vida nacional, con las consecuentes implicaciones económicas para importantes grupos de poder), así como la desarticulación radical de los mecanismos de dominación que ejercía Estados Unidos sobre Cuba, el papel cada vez más activo del Partido Socialista Popular en la nueva coyuntura, y la mentalidad anticomunista hegemónica en la época, etc., propició que se gestara un proceso de fractura política en el seno de las principales fuerzas revolucionarias.

Es así como al interior del Movimiento 26 de Julio, del Directorio Revolucionario, en las filas del Ejército Rebelde, en la prensa revolucionaria, en las principales organizaciones católicas de la época, y en otros sectores, se vivió intensamente el debate sobre los destinos del país. El drama vivido por aquellos jóvenes que juntos habían conquistado el poder, y ahora se veían separados en dos partes contendientes afirmando ambas por igual –al menos en los inicios- que debían “salvar la Revolución”, ha marcado dolorosa y largamente la historia reciente de la nación. Entre los años 1959 y 1965 asistimos a un conflicto que movilizó a miles de jóvenes en uno y otro bando y tuvo como escenario la lucha urbana y de guerrillas en casi todo el país. Además, insertó a los implicados en la dinámica de la Guerra Fría, los cuales concertaron alianzas con las potencias enfrentadas, colocando nuestro conflicto interno en el tablero geopolítico mundial. El sur del Estado de Florida se convirtió en la principal plataforma de operaciones de los grupos opositores fuera de Cuba, quienes obtuvieron el apoyo del gobierno de Estados Unidos y de sus agencias especializadas. Amplios sectores del laicado católico tomaron parte importante en este conflicto, entre ellos la Agrupación Católica Universitaria y la Acción Católica. El laicado católico se constituyó en uno de los actores decisivos del mismo. Este proceso arrojó el dramático saldo de entre 15.000 y 20.000 presos políticos y cientos de muertos, mutilados y desaparecidos.

Es al finalizar esta etapa cuando queda claramente configurado un cuadro del diferendo radical entre cubanos. Aquellos jóvenes que, en llanos y montañas, derrocaron la dictadura batistiana, y luego pelearon entre ellos para “salvar la Revolución”, son muchos de los mismos que ocupan altos cargo de dirección en el gobierno de La Habana y en las organizaciones del exilio cubano. Ambos sectores, desde entonces, se han prometido el aniquilamiento, y han cerrado la posibilidad a una vía negociada para lograr un futuro nacional inclusivo. El núcleo profundo de este desencuentro, y que ha constituido nuestro verdadero dilema nacional, radica en la pugna excluyente entre proyectos disímiles de país y en la sucesiva incapacidad para articular, de forma complementaria, toda la diversidad política de la nación.

Medio siglo después de aquel desencuentro radical, los actores enfrentados en la década del sesenta del pasado siglo siguen teniendo un peso político importante, cuya actitud de intransigencia aun influye en herederos políticos que forman parte de posteriores generaciones, tanto en las filas de la Revolución, como del exilio y de la oposición interna. Estos dos últimos, en no pocos casos, implicados orgánicamente con la política de Washington hacia Cuba.

No obstante, nuevos discursos comienzan a emanar desde ámbitos no polarizados de la nación, dentro y fuera de Cuba. Los grupos pro-diálogo en el exilio cubano han ganado terreno ante un cambio demográfico indetenible. El gobierno cubano tampoco es un ente monolítico, sino un espacio dinámico donde ahora mismo se rearticulan posiciones, que abarcan un abanico plural: desde el inmovilismo de matriz estalinista, pasando por sectores proclives a una reforma sustancial en los marcos del socialismo, hasta las aspiraciones de la tecnocracia militar-empresarial que anhela reformas económicas al estilo chino.

En los márgenes de los marcos estatales y de su institucionalidad afín, proliferan grupos sociales disímiles, donde una joven izquierda democrática constituye hoy uno de los polos más articulados e interesantes de la nación. Sin renunciar al legado social y político de la Revolución cubana, estos jóvenes aspiran a su democratización.

III-El diálogo y el encuentro, un camino nuevo

Esta historia de empeños por construir el país desde la confrontación ha generado un desequilibrio que en gran medida limita, fractura y empobrece a la nación. La realidad que hemos vivido hace evidente que será muy difícil desatar la creatividad de todos los cubanos, así como intentar la armonía imprescindible para hacer converger la generalidad de los esfuerzos en la concreción de un próspero y equilibrado bien común, si antes estos nuevos actores emergentes, y los anteriores que posean el suficiente sentido de responsabilidad y patriotismo, no se imponen el desempeño social desde una lógica distinta, signada por la disposición al diálogo, a la comprensión, al respeto, al consenso, incluso a la fraternidad.

Para ello será necesario que todos pongamos el bien común por encima de prejuicios, pasiones e interpretaciones parciales y lo constituyamos en el referente que debe guiar el quehacer diverso de la sociedad. Es conveniente precisar que cuando hablamos de bien común nos referimos al conjunto de condiciones que debe garantizar el desarrollo pleno de las personas, de las familias y de la sociedad toda. También hemos de aclarar que entendemos dicho conjunto de condiciones como la garantía verdadera de todo el universo de derechos, tanto individuales como sociales, ya sean familiares, culturales, económicos, laborales y políticos, entre otros.

Algunos sostienen el principio de que será difícil alcanzar la debida disposición al diálogo, a la comprensión, al respeto y al consenso, si antes no logramos ejercer los derechos que poseemos formalmente, así como alcanzar una mejor formulación de algunos e incluso incluir otros que pueden faltar en nuestro universo de garantías para realizar el bien común. Afirman esto a partir del criterio de que todo el universo de derechos es constitutivo de la naturaleza humana y por tanto nadie tiene que concederlo. Esto, por supuesto, es sólo una verdad a medias.

Es cierto que los derechos son inalienables a cada individuo, pero resulta que por naturaleza también somos seres sociales y por tanto estos derechos no consiguen realizarse si no se reconocen recíprocamente entre todos los miembros de la sociedad, o entre sectores importantes de la misma. De ahí que sea imprescindible comenzar por un camino de acercamiento, de encuentro y de confianza entre todos los que pensamos de manera diferente, si es que deseamos poder llegar a cincelar, de forma verdadera y efectiva, el mejor universo de derechos para los cubanos, así como hacer posible que pueda desempeñarse plenamente.

Esto, a su vez, no implica abdicar de los derechos en virtud del diálogo y de la reconciliación. Todo lo contrario. Pues encaminarnos hacia el encuentro exigirá la valentía de ejercer, por ejemplo, nuestros derechos a perdonar, a ofrecer confianza, a poner nuestros criterios en común y a intentar lograr consensos. Sería iluso desconocer que sólo en la medida en que vayamos alcanzando mayor confianza entre todos los cubanos, y sobre todo entre las partes con recelos o hasta enfrentadas, se podrá ir aumentando el reconocimiento de un universo cada vez más amplio de libertades y derechos.

IV-Actitudes necesarias para el diálogo y el encuentro

Para esto se hace imprescindible promover y asumir un conjunto de actitudes que ya son vividas, al menos en cierta proporción, por un número significativo de cubanos, lo cual alienta la esperanza. Se hace imperioso reconocer la dignidad del otro, aunque piense de manera diferente, sea un adversario o hasta haya atentado contra el prójimo. Es necesario hacer un esfuerzo para comprender los criterios diversos, así como las razones que pudieron estimular a alguien a cometer un error y hasta cuánta culpa podemos tener en su consecución. Resulta obligatorio interiorizar que cada cual, o cada grupo, sólo posee elementos y momentos de la verdad, y por ende ha de presentar sus opiniones y propuestas con extrema humildad, siempre dispuesto a comprender los auténticos componentes e instantes de la verdad que poseen los criterios y proyectos ajenos. Todo ello presupone que también estemos dispuestos a arrepentirnos de cuanto hayamos hecho mal o de manera deficiente, así como a perdonar a quienes nos han dañado. Estas, entre otras actitudes, facilitarían nuestra disposición para asumir juntos el presente y el futuro de la patria.

La cuestión del perdón resulta sumamente espinosa para muchos cubanos. Por ello, se hace imprescindible concienciar acerca de su necesidad. El país, la nación, están en una encrucijada que definirá su futuro. De lo que hagamos ahora dependerá la Cuba que tendremos, la que legaremos a nuestros hijos –y muy posiblemente también la de los hijos de estos. O logramos un entramado de relaciones nacionales donde todas las tensiones estén dispuestas a tributar a la armonía y al compromiso con lo común, o el país será por muchísimo tiempo una víctima segura de la disgregación, del desconcierto, del oportunismo de algunos (tanto nacionales como extranjeros), de la pobreza de muchos y del desequilibrio extremo, por sólo citar algunas de las calamidades que nos amenazan o aquejan.

Si renunciamos al perdón será imposible lograr el debido consenso acerca de que todas las tensiones tributen a la armonía y al compromiso con lo común. Tenemos que escoger entre el resentimiento y el amor. Nos pasamos las cuentas por todo el daño que podamos habernos hecho, y por toda la desconfianza que hemos podido ir acumulando, lo cual generaría una ola intensa de enfrentamiento y pobreza; o ventilamos nuestras culpas, pero poniendo su resarcimiento en función del logro de la concordia necesaria.

Esta última opción sería la que más contribuya a la justicia. Simplificar la justicia al mero castigo es poseer una visión reducida de la misma. La esencia de la justicia es mucho más amplia, se constituye en el restablecimiento de la armonía y no en el mero castigo, por importante que éste pueda ser en determinados casos.

La responsabilidad para con la culpa se realiza de una manera mucho más plena y efectiva, trabajando con ahínco y sinceridad para construir una nueva relación sana y corregir, hasta donde lo permita la realidad, todas las faltas cometidas. Siempre que un implicado esté dispuesto y sea competente para realizar este quehacer, y lo emprenda sinceramente, estará resarciendo ampliamente su responsabilidad, sin que haga falta una sanción, al menos como la hemos concebido hasta ahora. Por otra parte, esta sería la mejor manera de realizar esa otra gran exigencia de la justicia: la reivindicación del culpable, lo cual no se ha logrado de manera suficiente por medio de los sistemas penitenciarios que hemos creado hasta hoy. Es cierto que muchas veces se hace imprescindible el castigo penal, pero éste ha de reducirse únicamente a los casos que impliquen grave peligro e incapacidad para actuar de forma redentora. Por ello, el papa Juan Pablo II pidió

que se trabajara para hacer del perdón una conducta moral y social, un elemento de la cultura, una gestión política y hasta un instrumento jurídico –tanto para el acontecer nacional como internacional.

En tal sentido, tampoco hemos de exigirnos expresar nuestra disposición al arrepentimiento y al perdón, por medio de una especie de espectáculo público. Esto, en cualquier caso, podría ser superfluo, y algunos hasta llegarían a considerarlo una especie de humillación. Lo importante, lo esencial, y por ende lo que debemos procurar, es que nos apropiemos de una conducta positiva, que dignifique a todos y se encamine a enmendar –hasta donde sea posible- los daños que nos hemos causado.

V-Ámbitos a reconciliar por medio del diálogo y del encuentro

Tanto el diálogo y el encuentro, como el perdón, tendrían, por supuesto, el propósito de aumentar las cuotas de reconciliación que desde hace tiempo se vienen dando en la nación cubana, al menos en los ámbitos de la familia, la academia y el arte. Esto constituye un signo alentador, pero –no cabe dudas- debe ser mucho más intenso allí donde ya se da y debe extenderse a otros ámbitos, más antropológicos y políticos, sin los cuales todo intento podría carecer de fundamentos sólidos y de posibilidades amplias de realización.

Podemos comenzar a respetarnos y a conversar, pero eso no sería una garantía segura de que lo estemos haciendo con la suficiente sinceridad y desde sólidos argumentos, ni que ello redunde en un beneficio real para todos. Esto dependerá de que eso ocurra desde los mejores presupuestos, desde un humanismo lo más integral posible, y se encamine a facilitarnos un orden capaz de promover de manera ascendente el desarrollo pleno de la dignidad humana de todos y de cada uno.

Para lograrlo habrá que trabajar con el propósito de que el cubano se reconcilie con Dios. Es justo reconocer que han ido creciendo progresivamente las posibilidades de la Iglesia para trabajar en ese sentido, si bien no ha sido al ritmo ni en la medida que hubiéramos preferido. Esto ha venido ocurriendo, sobre todo, a partir del reconocimiento del Estado laico al ser reformada la Constitución de la República en 1992, del proceso de encuentro entre la Iglesia y el Estado que se vigorizó con la visita a Cuba del papa Juan Pablo II en enero de 1998, así como del respeto y de la comprensión que se han ido generando entre las autoridades de ambas instituciones.

El encuentro con Dios podría contribuir a esa otra necesaria reconciliación: la de cada cual consigo mismo y con una debida antropología. Sin esto, todo diálogo y encuentro podría ser falso, o hipócrita, u oportunista, y no encaminarse desde sólidos fundamentos hacia soluciones reales que beneficien a todos.

Igualmente habrán de potenciarse los lazos familiares. Esto implica estudiar, discernir y rearticular el consenso acerca de los valores que deben cimentar la familia (célula fundamental de cualquier sociedad), tan dañada en Cuba por deficiencias antropológicas, matrimoniales, económicas y sociales, entre otras. Será necesario un gran esfuerzo para promover tales valores y un quehacer intenso para intentar curar o aliviar las heridas que en alguna medida dañan a muchísimas, o a todas, las familias cubanas.

Lograr que nuestra diáspora se constituya en una verdadera emigración, algo tan relacionado con la armonía a conseguir en el ámbito de la familia, es también clave para sanear las relaciones nacionales, así como para encaminar al país hacia el progreso y el equilibrio. Los cubanos residentes en el extranjero podrán ser considerados como verdaderos emigrados –y no como exiliados, lo cual implica una especie de destierro- cuando la generalidad de ellos pueda gozar de todos los derechos en Cuba; ya sean familiares, patrimoniales, económicos, culturales, sociales, jurídicos y políticos. Únicamente cuando esto ocurra ellos estarán auténticamente en condiciones de contribuir a la estabilidad y al enriquecimiento del país, así como a beneficiarse de tal logro.

El goce de todos los derechos en Cuba no es un asunto que exige de estudio, de diálogo y de consenso, sólo en relación con quienes emigran. Es una urgencia también para el bienestar de aquellos que residimos en el Archipiélago. Para lograrlo es necesario promover el estudio de toda la realidad cubana y la confianza entre todos aquellos que poseen maneras disímiles de entender cómo debe ser la vida en cada ámbito de la nación: la economía, el trabajo, la educación, la información, el derecho y la política, por solo citar algunos ejemplos.

También se hace imprescindible potenciar cada vez más, desde todos los ámbitos y dimensiones de la vida nacional, un proceso sistemático de diálogo y de reconciliación (esto último, donde haga falta) con todos los países del planeta, para intentar así beneficiarnos de lo mejor del mundo, así como ejercer de manera siempre creciente nuestra responsabilidad para con cada uno de los habitantes del orbe.

En este empeño no podrá faltar la faena reconciliadora con Estados Unidos. Esto deberá asumirse por muchas razones, por ejemplo: allí reside la inmensa mayoría de la emigración cubana, ha de ser por naturaleza nuestro más cercano e intenso socio comercial y, hasta ahora, constituye la potencia más importante del mundo.

VI-Facilitadores de la reconciliación

El diálogo y el encuentro necesario para reconciliarnos en todo el universo de lo cubano -no sólo en los aspectos mencionados: con Dios, la persona consigo misma y con una adecuada antropología, con un debido conjunto de valores familiares, con la emigración, con las verdades de la economía, con las necesidades del trabajo, con las exigencia de una buena educación, con la necesaria información y con el quehacer político, etcétera- tendrá que hacerse en medio de un contexto complicado.

Es conocido por todos el enfrentamiento entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos, la hostilidad entre la oficialidad cubana y quienes sostienen proyectos de oposición, la rivalidad acérrima entre las élites que intentan monopolizar la expresión de la opinión y de la voluntad política de la emigración y las instituciones del país, la cuestionada relación de la disidencia interna con la oligarquía política de la emigración y de ambas con la política del Estado norteamericano para con Cuba, la indiferencia de tantos ante el desafío de refundar el modelo cubano, el disgusto que podría generar en una amplísima cantidad de personas -que quedarían aún más al margen- si el gobierno decide hacer las reformas económicas que exige la realidad social, y las discrepancias que se podrían exacerbar dentro de las filas de la Revolución y del Estado si su alta dirigencia decide emprender tan engorroso pero necesario camino.

El diálogo y la reconciliación, en medio de este espinoso contexto, demandará el despliegue de una labor facilitadora por parte de sectores llamados a garantizar que esto ocurra, para bien de todos. Esta labor, quizá deban imponérsela: los intelectuales que deben ayudar al pueblo en esa obligatoria responsabilidad de soñar un país mejor; las Fuerzas Armadas Revolucionarias en tanto deben ser garantes del orden; el Estado en la medida que logre moverse desde una posición de parte hacia una de moderador y garante de toda la diversidad; así como la Iglesia Católica porque a ella le compete la misión de procurar el sentido de responsabilidad de cada persona y la concordia entre todos.

VII-La Iglesia Católica, facilitadora del encuentro entre cubanos

La primera tarea de la Iglesia para promover el encuentro reconciliador entre los cubanos consiste en sistematizar y profundizar un aspecto que dimana de su misión evangelizadora: *la formación espiritual y antropológica de los cristianos*. En efecto, el Evangelio no constituye únicamente una revelación de verdades religiosas o sobrenaturales, sino que por el propio mensaje contenido en éstas, anuncia un camino

de redención de toda la condición humana. Es el ser humano entero, en su cuerpo y en su alma, en su ser material y su espiritualidad, quien se salva y quien camina en su propia vocación hacia Dios mismo. Por dicha razón, la evangelización es en primer lugar una humanización, un rescate de la verdadera naturaleza humana oscurecida, disminuida por el mal, que limpia el corazón y permite ver a Dios, y verlo por amor en el rostro del prójimo. Si el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios, y Dios es amor, entonces lo específicamente humano está en la comunión en el amor. Ser cristiano es ser, ante todo, humano, y amar.

De esta forma, la primera responsabilidad de la Iglesia consiste en profundizar esta verdad y consolidarla como núcleo rector de la vida de los cristianos. Para ello, necesita apoyarse ante todo en la riqueza de la Palabra de Dios, pues es en ella donde Dios revela su designio de salvación en el amor. Por esto, es fundamental para la Iglesia la ampliación de su estudio, tanto individual como comunitario. En este sentido, un deber importante tienen los ministros de la Palabra, en las asambleas litúrgicas y fuera de ellas, de insistir en la naturaleza de la reconciliación y sus exigencias, en las actitudes de acogida y comprensión mostradas por Jesús en los Evangelios, en las afirmaciones bíblicas sobre la exigencia del amor en la humanidad renacida por el bautismo, y en toda la tradición comunitaria presente en las Sagradas Escrituras. Por otra parte, y estrechamente relacionado con lo anterior, en la catequesis a impartir a los que se preparan para recibir los sacramentos de la iniciación cristiana, y en la formación constante que debe constituir la catequesis permanente en las comunidades cristianas, existen amplias posibilidades de recordar las demandas de la fe en cuanto a la acogida y el encuentro. Sólo con comunidades conscientes de la riqueza de la que son depositarias y que están llamadas a difundir, se podrá realmente constituir un fermento en los numerosos ambientes de la sociedad. Por último, una aguda dirección espiritual, respetuosa de la libertad y promotora de la responsabilidad, resulta imprescindible ante las complejidades de la vida personal y social, particularmente en las inevitables situaciones de conflicto.

Algunos instrumentos pueden ser de valiosa ayuda. La creación de publicaciones de alcance y difusión variada según las posibilidades, que logren una cierta especialización en temáticas de antropología y espiritualidad según la perspectiva cristiana; y la inclusión o fortalecimiento (según el caso) de estas temáticas en los planes de formación de los agentes de pastoral, contribuirían a la consolidación de una cultura de diálogo y encuentro entre los católicos. Con todo lo mencionado aquí no sólo se alcanza una instrucción intelectual, sin dudas importante, sino que se dan pasos para una fundamental formación cristiana que es la mejor defensa frente a la perenne tentación y peligro de ideologizar la fe, lo que lamentablemente ha ocurrido en numerosas ocasiones.

Los cristianos formados de la manera antes descrita y convencidos de la exigencia redentora de su fe, deben integrar la gestión facilitadora del encuentro y de la confianza, del diálogo y del consenso, de la reconciliación y de la fraternidad, a toda la pastoral de la Iglesia, a todo el quehacer de la institución.

Mucho pueden contribuir en dicho desempeño las publicaciones católicas, ya sea por medio del anuncio del mensaje cristiano y del análisis de la realidad desde perspectivas evangélicas, como ofreciendo las posibilidades para que se pongan en común los diversos criterios de la nación. Esto último, o sea, permitir que se pongan en común los diversos criterios de la nación ha de ser, para una publicación católica, mucho más que la mera expresión de las ideas. Debe constituir una gestión que parta de ahí, de la expresión de las ideas, pero que se ponga en función de estimular la confianza y de lograr consensos que representen un beneficio real para todos.

En tal sentido, deseamos ofrecer aquí para este servicio a nuestra revista: *Espacio Laical*, órgano del Consejo de Laicos de la Arquidiócesis de La Habana. La publicación se ha propuesto, con humildad, contribuir a la promoción de ese diálogo entre cubanos (honesto, pero respetuoso, prudente y bondadoso, que cuando cuestione siempre lo haga de forma que el cuestionado pueda responder de manera positiva); un diálogo entre cubanos residentes en la Isla o en el extranjero, con el propósito de contribuir a la edificación de la Casa Cuba –esa bella metáfora de monseñor Carlos Manuel de Céspedes, vicario en la Arquidiócesis de La Habana e importante intelectual.

Sin embargo, es necesario reconocer que facilitar el estudio de Cuba y de sus posibilidades, demanda una labor que supera la gestión de las publicaciones católicas. También será necesario al menos: estudiar la posibilidad de constituir una entidad, o una red de entidades, abierta a todos, para juntos poder hacer tal investigación; así como estimular la creación de diversos foros, siempre abiertos, para debatir acerca de la realidad cubana y de sus desafíos. Claro, debemos sentirnos obligados a procurar que esta labor se realice desde las actitudes que proponemos anteriormente y en virtud de la concordia general. Por otra parte, también hemos de cuidar no sustituir el desempeño de ninguna institución o sector social, pues eso no corresponde a la naturaleza de la Iglesia, sino sólo facilitar que en estos pueda darse el encuentro y siempre se procure el bien de todos.

Para lograrlo, será importante también que la Iglesia esté en condiciones de poder desempeñar una gestión mediadora en aquellos momentos de desencuentros, tanto en las investigaciones y diálogos auspiciados por ella, como en el quehacer cotidiano de la sociedad. Para eso debe preparar adecuadamente a todos sus agentes de pastoral, así como cualificar de manera especial a diversas personas y equipos de personas.

VIII-Conclusiones

Cuba se encuentra viviendo un momento de singular importancia en su historia nacional. Medio siglo después del triunfo revolucionario de 1959, y a dos años del ascenso al poder del presidente Raúl Castro, parece clara la existencia de un consenso nacional que aboga por transformaciones sustanciales en áreas que resultan claves para el país. Estas confluencias han sido el resultado de un proceso de reflexión crítica sobre los destinos de Cuba. El reconocimiento de la existencia de un país política y culturalmente plural, y la necesidad de rearticular el consenso político entre los cubanos, se alzan como dos pilares fundamentales para garantizar la estabilidad mínima de la nación en el futuro próximo. Esta nueva concertación, demanda, necesariamente, del diálogo entre actores diversos, algunas veces antagónicos. Asumir la necesidad de desplegar en Cuba una agenda que permita una interacción equilibrada entre dichos actores, exige que la Iglesia Católica asuma cada vez más una gestión facilitadora efectiva, a la cual no puede renunciar por amor a Cristo y a Cuba.

Muchas gracias.

La Habana, 19 de junio de 2010.

Autores:

1. Roberto Veiga González.
2. Lenier González Mederos.
3. Alexis Pestano Fernández.

1- Hace varios años que *Espacio Laical* se ha convertido en un referente (a mi juicio el más importante hecho dentro de la Isla) para comprender la sociedad cubana y sus nexos con el mundo. ¿Que motivos animaron la creación de este proyecto, que parece tener una filosofía propia y rebasar lo meramente editorial? ¿Como se integra Roberto al mismo y en que medida lo “realiza” como persona y como ciudadano?

La revista *Espacio Laical* era un proyecto muy joven y yo me desempeñaba como miembro del Consejo Editorial de la revista *Palabra Nueva*, razón por la cual había colaborado poco con ella, cuando un amigo, Francisco Almagro, el editor que comenzó a querer convertirla en una publicación respetable, me pidió que integrara el equipo de dirección para ayudarlo como editor asistente. Enseguida tuve conciencia de que acceder a su pedido implicaba un compromiso importante que, incluso, limitaría la posibilidad de dedicarme a otras cuestiones de interés para mí. No obstante, después de meditar un poco, acepté y se gestionó la aprobación necesaria. De esta manera, el 29 de junio de 2005, comencé a trabajar, de manera sistemática –aunque no a tiempo completo, pues tengo mi trabajo-, para el proyecto. Muy pronto Almagro se vio obligado a retirarse de sus funciones como editor y de forma casi inexplicable, el 21 de diciembre de 2005, me convertí en editor de la revista.

Así, de esa manera, me fui implicando cada vez más en el proyecto, con el compromiso de que la revista debía tributar –desde la Iglesia y como Iglesia- al bienestar de Cuba. Costó algún esfuerzo y cierto tiempo de experiencia en el trabajo para ir perfilando qué debíamos anhelar y cómo procurarlo. En este sentido ya hemos logrado algo, no debe darme pena reconocerlo; y ha sido gracias al equipo de dirección, que es lo mejor que tiene el proyecto. No puedo dejar de mencionar aquí, entre otros, a Lenier González, Vice-editor y mi amigo, con quien trabajo continuamente y de manera muy armónica, así como a Jorge Domingo, Jefe de redacción, quien trabaja mucho y de forma muy profesional, a Habey Hechavarría y a Alexis Pestano, miembros imprescindibles del Consejo Editorial.

El proyecto que hemos erigido está animado por una fe en Jesucristo –que intenta ser madura-, y por un compromiso para con Cuba –que pretende ser profundo-. También está animado, -y esto es muy importante para nosotros- en el compromiso que entendemos ha de tener la Iglesia Católica en este momento de la historia nacional. En tal sentido, y como la Iglesia debe poder ser para todos, rechazamos que la revista se convierta en la plataforma de una única visión de la cosas, aunque esta emane del Evangelio y, por ende, la abrimos a la exposición de los criterios más disímiles, siempre que estos sean lógicos y profundos y se expresen a través de metodologías que no contradigan los valores de la fe cristiana.

Damos gracias a Dios por el privilegio de poner en nuestras manos este proyecto, pues así nos ofrece la oportunidad –difícil para muchos- de realizarnos como ciudadanos, en tanto podemos intervenir en la esfera pública con criterios acerca de diversos ámbitos sociales, incluso políticos. Pero también, y sobre todo, porque nos permite realizarnos como cristianos, en tanto promovemos al prójimo y trabajamos por hermanar a las personas, elevamos el sentido de responsabilidad y de fraternidad, propiciamos el diálogo y aportamos elementos para el consenso. Hoy en Cuba una gestión de este tipo es una oportunidad y una responsabilidad enorme que, gracias a Dios, se realiza por medio de la participación de muchísimos cubanos –honestos, inteligentes y comprometidos con la nación- que colaboran con nuestra revista.

2- En el análisis sobre la realidad cubana *Espacio Laical* combina una profusa reflexión académica, un necesario estilo periodístico y una pluralidad de miradas que se hecha de menos en otros espacios. ¿A que elementos se debe este estilo *sui géneris*? ¿Que desafíos han enfrentado al impulsarlo?

La nación cubana demanda, con urgencia, hermanar a sus miembros, y para ello se hace imprescindible rearticular el consenso y fraguar un nuevo pacto social. Esto es uno de los umbrales de la Casa Cuba, esa bella metáfora que hemos convocado a construir, y que puede tener un conjunto amplio de significados y hacia la cual pueden emanar un sinnúmero de propuestas. Sin embargo, a nosotros, como Iglesia, nos corresponde hacerle un aporte esencial: hermanar personas, y para lograrlo ofrecemos la contribución de la revista, que se suma a un quehacer más universal de la Iglesia encaminado hacia ese objetivo. Este aporte nuestro, desde la particularidad de la revista, debe consistir en intentar promover toda la diversidad de la nación, así como –y esto es muy importante- procurar una relación fraterna entre toda esa pluralidad; pues sólo así se contribuye verdaderamente a la unidad en la diversidad, a la comunión nacional. Este es el fundamento de ese estilo que calificas como *sui géneris*.

Esta gestión que puede parecer tan simple, por obvia y noble, encuentra no pocos desafíos. El primero de ellos es encontrar personas capaces de presentar un trabajo suficientemente lógico y fundamentado. Aunque esto, en Cuba, no es un gran problema. La cuestión mayor, y constituye nuestro segundo desafío, es que las lógicas y los fundamentos representen –en la medida de lo posible- a toda la diversidad nacional, y que los criterios de todos sean presentados desde un espíritu de diálogo, no de deslegitimación ni de confrontación. Esta meta no la podemos lograr muchas veces, al menos en la proporción debida, pues hay sectores –en todos los lados del espectro político cubano- que poseen criterios tal vez justos, pero carecen de la capacidad de fundamentarlos de forma suficiente o lo hacen con una violencia que los incapacita para el diálogo y el consenso. Y no faltan algunos que consideran dicho lenguaje de diálogo como una claudicación y hasta enjuician la integridad personal de quienes lo procuran. Todos estos deben tener un espacio en la Iglesia, pues como ya afirmé ella ha de ser madre de todos, pero no pueden participar en un proyecto que pretende promover puentes –pienso que esto debe ser comprendido con facilidad-.

Sin embargo, esto nos trae muchas críticas, incluso de personas cercanas, quienes opinan que debemos darle un espacio también a quienes no trabajan para el diálogo. Igualmente, otros cuestionan que la revista sea un espacio plural cuando debería dedicarse a presentar un pensamiento netamente católico o que emane del catolicismo. Todo esto puede ser lícito, pero no constituye la identidad de la publicación y, por tanto, no deben pedírselo, sino más bien crear proyectos que concreten esas aspiraciones.

Asimismo, algunos nos acusan de poseer un optimismo infundado y por ende de presentar una falsa realidad. Entre estos cuestionamientos, por poner solo un ejemplo, valoran que presentamos una realidad de diálogo que realmente no existe en Cuba. Es cierto que el diálogo que se da entre cubanos no constituye un escenario ideal y ni siquiera se realiza de una manera suficiente. Pero sería injusto no reconocer cuanto se ha avanzado en los últimos años. Podríamos poner algunos ejemplos que testifican cómo se ha ido dinamizando este diálogo en los últimos años: ahí está la Red Protagónica Observatorio Crítico y la gran cantidad de proyectos autónomos que aglutina, el evento independiente Estado de Sats (que constituyó un muestrario impresionante de proyectos de la sociedad civil), la creciente reflexión entre numerosos intelectuales que representan los más disimiles ámbitos, muchas conversaciones entre amigos, vecinos y compañeros de trabajo, así como los intercambios que se realizan en el seno de las familias cubanas. Y nosotros, como cristianos, estamos llamados a proponer la esperanza, y una de las maneras de hacerlo es identificando y promoviendo los signos de esa esperanza.

También hemos enfrentado otro desafío, que podría ser el tercero. Sobre todo en los inicios del proyecto, las instituciones que podemos llamar oficiales temían que sus expertos escribieran para la revista. Esto, gracias a Dios, se ha ido resolviendo, aunque aún quedan algunos que tratan de infundir miedo a los intelectuales dispuestos a colaborar con nosotros, con argumentos muchas veces ridículos.

En el fondo de muchos de estos prejuicios está presente el dolor y la desconfianza. Hay razones para sentir dolor, pero estaríamos incapacitados para construir un país mejor sino transformamos ese dolor en amor. No puede ser el dolor quien prefigure nuestros anhelos de cambios, pues nos conduciría hacia un nuevo status de injusticia. En este aspecto, Jesucristo –al menos para quienes tenemos fe en Él- nos dejó el listón bien alto y hemos de procurar acercarnos al mismo si es que deseamos ser consecuentes.

3- *Espacio Laical* ha acompañado el proceso de mediación desarrollado por la Iglesia Católica para la excarcelación de los presos políticos. En otro momento señalamos que dicho compromiso, si se asumía, debía conducir a una liberación sin ambages, no condicionada a formas asimilables al destierro... y que el fracaso del proceso afectaría no sólo a la imagen de la Iglesia y el Gobierno, sino las personas concretas. ¿Como evalúas el proceso, que ha tenido altibajos y parálisis, y su decurso actual? ¿Que evolución esperar después que culminen todas las excarcelaciones?

El proceso se ha dado y ha tenido resultados positivos. Ya están libres casi todos los presos del denominado Grupo de los 75 y los que faltan saldrán muy pronto, y los que no han deseado marcharse del país se quedan en la Isla. También ha servido para que se inicie la excarcelación de muchos otros presos por motivos políticos o cercanos a la política. Es cierto que no ha sido un proceso ideal –pero quizá jamás, en ninguna parte, pueda haber algo ideal-.

Quiero precisar, como ya he señalado otras veces y ha desagradado a algunos, que la salida del país de los excarcelados no puede homologarse a una deportación, porque –si bien le ha convenido mucho al gobierno- la propuesta de salir del país fue realizada por las Damas de Blanco, no por el gobierno ni por la Iglesia. Incluso, como excepción en los casos de salida del país, ellos conservarán sus propiedades en Cuba. Aunque algunos cuestionan esta última disposición de las autoridades, alegando que se ha realizado sin cambiar la ley y esto afecta la primacía que ha de tener el Derecho.

Ahora, los liberados, sobre todos los que se quedan en Cuba y desean continuar en faenas políticas, están llamados a encontrar una manera positiva de hacerlo. Por otro lado, el gobierno debe procurar un trato delicado para con estos, aun cuando las circunstancias puedan parecerle difíciles, así como desterrar esos llamados Actos de Repudios porque –en cualquier caso- constituyen una afrenta que desdice de nuestra humanidad, de nuestra civilidad.

4- Ustedes, en sintonía con la metáfora de Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, han impulsado la idea de una Casa Cuba, como espacio de encuentro y convivencia de las civilidades y sociabilidades que conforman la nación cubana, convocadas bajo la idea de la reconciliación. En un artículo reciente, el ensayista Arturo Arango ha definido esta propuesta como un «nacionalismo amable», fundamentado en una especie de mesianismo nacional, en el cual parecen imposibles los acuerdos o estos se establecerían (de forma parcial y precaria) con cada parte calculando su posesión del poder. ¿Que opinión le merece esta valoración del proyecto y como visualizan las circunstancias de su implementación?

La propuesta de la Casa Cuba, como es lógico y me parece que debe ser la intención de cualquier proposición para el país, espera aportar una cuota a la prosperidad humana de los cubanos (lo cual puede entenderse como salvación) y en este sentido puede tener algo de mesiánica –en el mejor sentido del término-. Pienso que así sea como la ve Arango. Percibirla de otra manera, como un proyecto que piensa ser la única salvación, sería un error; porque en nosotros la Casa Cuba no es tanto un conjunto de propuestas sobre como ordenar las cosas, sino una metodología para que todas las propuestas aporten a dicha salvación. En tal sentido, sería injusto adjudicarnos una pretensión que no tenemos.

En cuanto al calificativo de “amable” para nuestro nacionalismo, también prefiero hacer una lectura positiva. No obstante, preciso, por si alguien mal entiende, que la dinámica de fraternidad que proponemos para vivir nuestro nacionalismo puede ser considerada como algo tan amable que es difícil de realizar, pero jamás como un ideal ingenuo. No es posible confundir lo difícil, incluso lo que parece imposible, con la ingenuidad. Eso partiría únicamente de espíritus derrotados y resignados, faltos de voluntad y confianza. Y nosotros, los cubanos, no podemos darnos el lujo de postergar los esfuerzos por conseguir la fraternidad en la diversidad, pues de ello depende nuestra sobrevivencia como nación. Como siempre afirma mi amigo Alexis Pestano, también del equipo de la revista: *el pecado original de nuestra historia nacional es que los distintos proyectos de Cuba no encontraron espacio común y siempre se impuso una sola forma de entender el país y su futuro. Y esto hemos de cambiarlo, si queremos salir de la crisis y no transitar de una dificultad a otra.*

Por otro lado, y como estamos conciente de las dificultades para implementar esta dinámica, comprendo muy bien sus preocupaciones acerca de la viabilidad de esta propuesta. En la segunda parte de mi respuesta a la segunda pregunta reconozco la existencia de actitudes –algo extendidas- que atentan contra este ideal. Sabemos que la persona, por mucha magnanimidad que posea, también se mueve a partir de otros intereses, en algunos casos muy particulares o de grupos –y esto es lícito-. La cuestión está en socializar los análisis acerca de cómo beneficiarnos mutuamente –aunque sea de forma parcial y precaria e incluya el beneficio particular o de grupo y hasta la posesión de cuotas de poder-, dialogar sobre todas las propuestas e intentar acuerdos.

Es cierto que algunos no consideran la posibilidad de beneficiar a otros, mucho menos si son considerados como adversarios, y esto podría ser un obstáculo. Sin embargo, si quienes están dispuestos a compartir el país potencian y cohesionan su quehacer y ello trae consecuencias positivas para todos, incluso para quienes excluyen, también estos últimos podrían sentirse estimulados a conducirse de manera más moderada e inclusiva, ya sea por bondad o por otros intereses.

No obstante, debo aclarar, sabemos que esto no es una tarea sencilla y que depende, en gran medida, de que el Estado deje de ser parte y se convierta en moderador y garante de toda la diversidad, abra el espacio público y canalice los mejores consensos. Este es un desafío, muy delicado, que cae sobre las espaldas de las autoridades cubanas. De su capacidad para implementarlo depende que no caigamos al precipicio y podamos construir un país mejor, sin nuevos y distintos desequilibrios –evitables- que pudieran enquistarse durante un largo tiempo.

Nos hemos dedicado a promover las actitudes para esta tarea, sabiendo que sólo hacemos un aporte, y estamos consientes que muchos nos pasarán por encima, porque ese es el destino de quienes deciden constituirse en puentes para que otros, o todos, transiten y se encuentren. Qué Dios nos ayude.

1. En opinión de algunos participantes, tuviste un papel protagónico en la organización de la X Semana Social Católica de Cuba. ¿Consideras que la Semana fue un éxito? ¿Por qué?

Las Semanas Sociales de la Iglesia Católica son eventos convocados por la Comisión Nacional de Justicia y Paz, aunque en cada caso es auspiciado por una Diócesis en particular. Nuestra Comisión Nacional de Justicia y Paz tiene entre sus objetivos la promoción de la dignidad de la persona humana en su condición de hija de Dios, la animación y promoción de la comunión entre todos los cubanos como expresión de amor fraterno, así como el fomento de la verdad, la justicia, el amor, la libertad y la reconciliación entre todos los cubanos. Las Semanas Sociales constituyen un espacio destacado para promover estos objetivos y se realizan cada cierto tiempo –que pueden ser dos años, cuatro años, seis años, etcétera-, en dependencia de que las circunstancias aconsejen su realización.

En esta ocasión le correspondió la sede a la Arquidiócesis de La Habana. Y como desde finales de 2008 fui nombrado responsable de la Comisión de Justicia y Paz en dicho territorio eclesiástico, tuve que asumir la coordinación del evento. Sin embargo, debo destacar, todo el quehacer organizativo estuvo compartido con la rectoría del cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, y por tanto máximo responsable del encuentro, así como con un equipo muy eficiente de hermanos, de amigos, que colaboraron mucho y bien.

Debo reconocer que, en mi opinión, la X Semana Social Católica fue un éxito. Todo funcionó según estaba previsto, los análisis y debates de los delegados de todas las diócesis del país pudieron hacer gala de la formación requerida y del imprescindible compromiso para con Cuba y con la Iglesia, las exposiciones de todos los panelistas gozaron de altura intelectual y presentaron variadas perspectivas encaminadas a iluminar el futuro inmediato de la nación cubana. Y lo más importante, todo esto se desarrolló dentro de un clima muy positivo, pues muchos de ellos aceptaron fraternalmente las diferencias, intentaron descubrir el bien en el criterio del otro, y se impuso el diálogo como camino para encontrarnos y marchar juntos –claro, desde la diversidad.

2. ¿De qué manera la Semana se inserta en el debate que actualmente tiene lugar en Cuba?

Me consta que desde hace algún tiempo en Cuba se viene desarrollando un debate nacional, encaminado a perfilar, a renovar, o a refundar –como se prefiera decir-, nuestro desempeño comunitario, nacional. Por supuesto, este debate tiene límites, pero también vitalidades.

Por lo general, cada cual es escuchado únicamente en aquellos ámbitos en los que actúa de manera directa, ya sea en la cola del pan, con los vecinos más cercanos, con los compañeros del centro laboral, en pequeños grupos, y algunos pocos que sí logran expresarse a través de medios de comunicación (como por ejemplo: e-mails, publicaciones digitales, y selectivamente en algunos espacios de la radio y la prensa escrita).

No suele canalizarse todo el debate por medio de la prensa, la radio y la televisión. Esto sería imprescindible para conseguir que cada cual conozca el criterio de los otros, se enriquezca con ellos, pueda interactuar, así como llegar a consensos y proponerse acciones personales, grupales y comunitarias que se encaminen al bien

de todos. También sería importante que los criterios y propuestas que se expresen de manera compartida por la generalidad de la sociedad puedan traducirse –de manera expedita- en políticas nacionales. Esto último demandaría un replanteamiento de muchos aspectos de la democracia en Cuba.

En cuanto a las vitalidades del debate nacional, puedo señalar su amplitud e intensidad, así como su profundidad y espíritu de cubanía. En este sentido, la X Semana Social Católica hizo su aporte. Ella logró contribuir al debate nacional, institucionalizando aun más -al menos eclesialmente- ese responsable espíritu de cubanía, así como varios de los serios análisis y propuestas concretas que hoy emanan del tejido nacional cubano. Y lo más importante, o sea, su más grande aporte –aunque tampoco es exclusivo de la Semana Social-, ofreció una nueva metodología para tratar la cuestión cubana y su futuro: *el encuentro entre todos los cubanos y el diálogo como vía para conseguir el equilibrio nacional, el perdón entre todos los que se hayan hecho daño y el amor constructivo que tanto nos propusiera Jesucristo y José Martí.*

3. En los debates no sólo participaron representantes de la Iglesia Católica. ¿Qué sentido tuvo invitar a personalidades del ámbito “secular”?

Las Semanas Sociales son foros para estudiar la realidad social desde perspectivas cristianas, así como para escrutar acerca de la manera en que deben participar los cristianos. No obstante, debo aclarar, los postulados que resulten de las mismas no pretenden obligar a los católicos, sino sólo constituirse en posible referencia para aquellos que entiendan conveniente tenerlos en cuenta.

En el caso de la X Semana Social Católica, para lograr el primer aspecto, o sea, estudiar la realidad social desde perspectivas cristianas y escrutar acerca de la manera en que deben participar los cristianos, decidimos apoyarnos en el alto conocimiento que pudieran brindarnos otros hermanos, no católicos, que comparten con nosotros el destino de la nación. Por ello, fueron invitados intelectuales y académicos cubanos de diversas tendencias, residentes en la Isla y en el extranjero.

Podría ser un error, sobre todo en el momento histórico en que vive nuestra nación, que los católicos cubanos pretendiéramos encapsularnos, y hacernos de una visión muy particular sobre cuál debe ser el desempeño nacional. Eso no sería inteligente, ni patriótico, ni evangélico. Integramos esta nación un grupo amplísimo de hermanos que, aunque pensamos de manera diferente y tenemos o no religiones diversas, compartimos un destino común, y por ende sólo juntos podremos lograr un presente y un futuro más grato.

4. Habla un poco sobre tu labor en la revista *Espacio Laical* y en la Comisión de Justicia y Paz.

Soy editor de *Espacio Laical*, una publicación del laicado católico habanero. Me encargo de coordinar todas las labores de la revista. No obstante, lo hago con el concurso de un equipo muy especial de miembros del Consejo Editorial. Lo más grande que tiene *Espacio Laical* es su equipo organizador. Gracias a él existe y logra cierta acogida, al menos en un sector importante e interesante de la población.

Nuestra publicación aspira en cada número a presentar una visión católica de la realidad, así como la promoción de un diálogo entre cubanos (honesto, pero respetuoso, prudente y bondadoso, que cuando cuestione siempre lo haga de forma que el cuestionado pueda responder de manera positiva). Un diálogo entre cubanos residentes en la Isla o en el extranjero, con el propósito de contribuir a la edificación de la Casa Cuba, esa bella metáfora que pretende exaltar el ansia de integrarse a lo mejor del mundo pero desde una identidad cubana cada vez más sólida, así como de brindar unos marcos bien amplios para que se realice toda la diversidad nacional pero desde una metodología de la fraternidad.

Por otro lado, en cuanto a mi desempeño en la Comisión de Justicia y Paz, todavía no tengo mucho que decir. Como ya señalé, fui nombrado responsable de la misma en la Arquidiócesis de La Habana en noviembre de 2008, momento en que se reestructuraba la Comisión Nacional. Dicha reestructuración implicó un proceso de análisis acerca de sus objetivos y funciones, que concluyó en una nueva redacción de los Estatutos. Personalmente estuve muy implicado en ese quehacer, lo cual imposibilitó que realizara lo que debería ser mi primera prioridad: organizar la labor de la Comisión en La Habana. Una vez concluido ese proceso de análisis, se comenzó a discernir sobre la X Semana Social Católica que debería organizarse por la Arquidiócesis habanera, lo cual absorbió todo el tiempo que podía dedicarle a institucionalizar dicha Comisión. Espero que ahora, con la ayuda de Dios, pueda comenzar a definir y a encauzar -en el territorio habanero- un quehacer encaminado a promover la Justicia y la Paz, de la única forma posible para hacerlo verdaderamente: *implicando a todos, como hermanos, en un análisis y en un accionar, que procure siempre el bien por medio del bien.*

5. En tu opinión, ¿cuál es la contribución de la Semana Social Católica al futuro de Cuba? ¿Qué rol debe jugar la Iglesia en ese futuro?

El futuro de Cuba debe ser mucho más prospero y equilibrado, inclusivo y participativo. Y esto será difícil si no institucionalizamos el diálogo y la conciliación o reconciliación –según sea el caso-. En este sentido, como ya precisé, la X Semana Social aportó una cuota de institucionalización de ese camino, y ofreció también una nueva metodología para tratar la cuestión cubana y su futuro: el encuentro y el diálogo, el perdón y el consenso. Ahora queda promover de manera pluriforme dicha dinámica y dicha metodología, por medio de las entidades eclesiales. Por su naturaleza, las Comisiones Diocesanas de Justicia y Paz muy bien pudieran hacerse cargo de muchas de esas gestiones.

Sin embargo, el rol de la Iglesia Católica en la construcción de ese futuro puede ser mucho más amplio y delicado. Dado su mensaje religioso y antropológico, su lectura de las perspectivas de la realidad cubana, su presencia durante toda la historia a lo largo de todo el país, el entramado de redes que posee por toda la Isla, así como la limpieza e independencia política que ha alcanzado –sobre todo su jerarquía-, le ha valido para poderse constituir en facilitadora de un proceso de ajustes de las relaciones entre los nacionales, con el propósito de contribuir a la debida comunión entre todos los cubanos.

Es conocido por muchos que el Gobierno cubano ha aceptado a la Iglesia como interlocutora para resolver la cuestión relacionada con las Damas de Blanco y los presos por motivos políticos. En este mismo sentido, tal vez fuera posible que la Iglesia también facilitara una mayor armonía en otros ámbitos, como pueden ser: encontrar la mejor manera para que cada cubano pueda plantear sus opiniones y conseguir el consenso entre todos, renovar las estructuras económicas, y lograr las mejores relaciones con todo el mundo –de forma muy particular con Estados Unidos-.

En mi opinión, la Iglesia Católica en Cuba debería asumir tal reto desde una actitud de facilitadora, más que como mediadora, aunque también pueda ejercer la mediación en determinados casos. Dada nuestra realidad, la Iglesia tendría más bien que ayudar a cada cubano, a cada grupo, a cada parte, para que llegue a ser capaz de aceptar al otro y concederle el espacio que merece, así como auxiliar a todos para que logren una reflexión compartida y cincelen la mejor forma de ir integrándose gradualmente de manera inclusiva y armónica. Para ello habrá de procurar la confianza de todos; la seguridad de que cada cubano, cada grupo, cada parte, puede tenerla como madre que está dispuesta a ser fiel a todos y procurar la fraternidad entre ellos.

Por supuesto que siempre habrá quienes no acepten depositar dicha confianza en la Iglesia. Hoy escuchamos algunas críticas, muchas veces ofensivas, por el rol que parece puede comenzar a desempeñar. Esas críticas provienen de sectores muy dañados, por razones que pueden comprenderse, en los cuales abunda el odio y el resentimiento. Ellos necesitan ser sanados, ojalá sean capaces de poner de su parte. Pero bueno, ese será siempre el camino de la Iglesia, de los cristianos, cuando procure la redención de todos, incluso de quienes la agraden. La Iglesia es mucho más fiel a Jesucristo cada vez que transita un camino lleno de cruces y de voces que le gritan como a su Maestro y Señor: *¡crucifiquenlo!*

Habana Times, julio de 2010

- 1. Desde que surgió la posibilidad de entrevistarle, imaginé el título como “El espacio de ESPACIO LAICAL”. Y es que la publicación que usted dirige existe en un equilibrio de ideologías, políticas y líneas editoriales. Por un lado la avecinan en el espacio crítico/teórico algunas publicaciones con la etiqueta de “official review”, por otro, publicaciones de la propia Iglesia como PALABRA NUEVA, que es la voz del Arzobispado de La Habana. Respecto a esta, me gustaría que abundara en las continuidades y diferencias. Ustedes son la voz laica, pero usan como autoridad, por ejemplo, metáforas conceptuales de Mons. Céspedes. ¿Cómo llevan esto?**

En la revista *Espacio Laical*, como usted advierte, concurren diferentes ideologías, políticas y líneas editoriales. Pero además, como también usted señala, lo hacen de manera equilibrada. Deseamos presentar los diagnósticos y las propuestas del universo cubano (de todos los sectores y ámbitos, tanto de la Isla como de la diáspora), pero igualmente procuramos que esta pluralidad se exprese de manera proporcional, lo más de acuerdo posible a su representatividad nacional.

Lamentablemente, esto no quiere decir que los trabajos publicados en la revista expresan, de forma directa y armónica, el sentir de toda la pluralidad de cubanos. Atenta contra esto la metodología que nos hemos impuesto. Nuestro perfil editorial exige que sean trabajos bien escritos, bastante analíticos, posean una tesis –por sencilla que sea-, gocen de un espíritu de diálogo, y procuren ser honestos, pero a su vez respetuosos y hasta bondadosos con quienes puedan resultar criticados, entre otros requisitos.

Esto, como es lógico, reduce la posibilidad de estar representado en *Espacio Laical* sólo a aquellos sectores capaces de asumir un quehacer intelectual que posea dichas exigencias. Ello pudiera ser considerado como un déficit de la revista; sin embargo, todos los que hemos tenido que ver con la definición de la identidad de la publicación preferimos que así sea. Consideramos que si bien es muy importante la expresión de toda la pluralidad de criterios de la nación, lo más apremiante hoy es facilitar la divulgación de las opiniones que sean capaces de manifestarse de forma positiva y procuren el encuentro y el diálogo con quienes piensan de manera diferente. Estamos seguros que preferentemente estos podrán aportar de forma efectiva a la construcción de un presente y un futuro cada vez mejor. Este es el criterio que seguimos para avalar los trabajos (y, por supuesto, a los autores) que publicamos.

Espacio Laical es una publicación católica y laica. En tal sentido, pertenece a la Iglesia y se fundamenta en el Evangelio, pero no es religiosa, aunque puede presentar temas religiosos, en tanto es un ámbito importantísimo de la vida. Ahora bien, por ser laica -o sea, por ser un espacio de los civiles, de los no consagrados que militan en la Iglesia-, tampoco se reduce a expresar los criterios de este sector. Esto último sólo sería posible desde una visión reductiva de la catolicidad de la Iglesia y de las exigencias de nuestro presente nacional. La Iglesia siempre, en todo momento y lugar, debe acoger a todos los laicos –con quienes ha de tener un vínculo de madre, según el mandato que le ha dado su fundador: Jesucristo-, militen o no en su seno, para ayudarlos a transitar por los caminos de la vida. Esto ha de hacerlo con sumo respeto a las identidades y preferencias de quienes no profesan su fe, mientras le muestra senderos ciertos para promover la dignidad humana y la fraternidad comunitaria. Y esto es lo que hace nuestra publicación. Aunque, como es de suponer, hacemos solo un aporte muy modesto, que además se reduce al quehacer de la ideas en los sectores intelectuales de nuestra nación.

En el país existen actualmente varias publicaciones importantísimas, de mucha altura y calidad. Entre ellas se destacan *Temas* y *La Gaceta de Cuba*. Todas tienen como objetivo la promoción del cubano y el desarrollo de la nación. Sin embargo, cada una tiene su propia identidad. Dentro de ese abanico de publicaciones cubanas nos encontramos nosotros, con nuestras características particulares, pues somos una publicación **católica y laica**, con un sentido muy universal de ambos términos. La revista *Palabra Nueva*, órgano oficial del Arzobispado de La Habana, es la madre de las publicaciones católicas cubanas y ha constituido una verdadera escuela de formación del laicado insular; en este sentido ha tenido y tiene una proyección diferente a la nuestra, la cual apreciamos mucho.

- 2. Me dijeron (no lo he podido confirmar), que al terminar el evento “Los futuros de Cuba” en New York, usted asistió a una conferencia en Washington DC, donde habría compartido un panel con el profesor Eusebio Mujal León, Georgetown Univ. Siendo usted hijo de un dirigente sindical de la Revolución, y el profesor de un dirigente sindical de la República, ese dúo contiene un gran simbolismo ¿Le parece lo mismo o se lo toma como una simple coincidencia organizativa?**

No compartimos un panel en Washington DC. El profesor Eusebio Mujal León iba a asistir a un encuentro que organizó el Diálogo Interamericano con el profesor Arturo López-Levy y conmigo, pero no le fue posible hacerlo. No obstante, pudimos conversar, gracias al amigo López-Levy, que tuvo a bien ponernos en contacto.

Fue una buena conversación, que transcurrió en un clima de mucha consideración y de anhelo por encontrar modos de integrarnos, e integrar a otros, en esa búsqueda de espacios, métodos y criterios que puedan ayudar a la nación cubana.

En cuanto al posible valor simbólico de la conversación, quiero decirle que no puedo llegar a verla de esa manera, pues sería darle demasiada valía a nuestras personas, que se reducen a meros cubanos que desean vivir –en el ámbito de las ideas y de forma diversa- un compromiso con nuestra nación, mientras compartimos ascendientes que tuvieron el mismo cargo (secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba) en épocas diferentes: uno durante una etapa de la República y el otro durante una etapa de la Revolución. Ahora bien, sí puedo aceptar que nuestra conversación es una expresión más de esa necesidad que tiene Cuba y de ese empeño que tenemos muchos cubanos, de encontrarnos, de dialogar y de llegar a consensos, con independencia de nuestras diferencias de criterios y de nuestras historias personales y familiares.

- 3. Varias personas han observado que en el discurso de Raúl Castro el inaugurar el VI Congreso del Partido hay referencias explícitas a asuntos tratados y respondidos en las páginas de ESPACIOLAICAL ¿Le parece a usted lo mismo? ¿Cree usted que ESPACIO LAICAL sea un referente, o al menos una “lectura” de las autoridades cubanas?**

Espacio Laical es leída por muchos cubanos, incluso autoridades, y por ello, como ocurre con cualquier medio de comunicación, tal vez pueda ejercer alguna influencia en la opinión y en la proyección de diferentes personas. Sin embargo, pienso que las coincidencias entre nuestra publicación y los criterios de muchos, también de autoridades y hasta de Raúl Castro, se fundamentan en que el Consejo Editorial ha hecho un esfuerzo grande por recopilar las opiniones y los consensos que ya existen en el país. En este sentido, es posible ver una coincidencia, pero no porque la revista haya sido la creadora de esos criterios y acuerdos, y haya resultado determinante en la creación de la opinión, sino más bien porque ha caminado junto con los cubanos en la formulación y expresión de sus anhelos posibles.

4. También me he enterado de que ha estado en Miami. De cierto modo de paso, ha visitado amistades pero también discutido ideas... ¿No ha llegado el momento de un aporte público en los medios de la ciudad?

Ha sido muy importante dialogar sobre las ideas con familiares y amigos en Miami. Existe en el sur de Florida un universo de criterios y sensibilidades que resulta necesario conocer, en primer lugar porque provienen de personas que queremos y que estamos llamadas a ayudarnos, y en segundo lugar porque estas personas son parte importante de la nación cubana y por ende de la solución que logremos para mejorar la vida nacional.

Pienso que hay mucho que dialogar entre todos los cubanos, y por tanto entre quienes residimos en la Isla y aquellos que residen en la diáspora, en particular en Miami. Por eso siempre hemos procurado abrirles las puertas de nuestra revista a los cubanos que, desde la emigración, están preparados para participar en nuestras páginas, y por tanto también debemos estar dispuestos a colaborar en publicaciones a las cuales puedan acceder con facilidad estos cubanos, en especial los de Florida. Si una publicación responsable me abriera sus puertas, estaría dispuesto a colaborar con la misma, conciente de que sólo sería un pequeño aporte, pero también convencido de que estaría contribuyendo a clarificar el entendimiento entre los cubanos y a la fraternidad nacional.

Blog personal de Ichikawa, mayo de 2011

Roberto Veiga González (Matanzas, 1964), jurista de profesión, comenzó a colaborar en el proyecto de la revista *Espacio Laical* el 29 de junio de 2005, y el 21 de diciembre del mismo año se convirtió en su editor. Es profesor del Seminario San Carlos y San Ambrosio de La Habana. Dado que *Espacio Laical* está protagonizando buena parte del debate teórico que se está produciendo en la Isla en este momento de inflexión de su historia, y al renovado papel de la Iglesia Católica en ese debate, le hemos propuesto un cuestionario que toca varios temas clave para el destino de la nación.

Estimado Roberto, uno de los sucesos posiblemente más dañinos para la nación cubana fue la abolición de la diversidad en la prensa ocurrida a inicios de los 60. Ello suprimió un importante observatorio crítico del devenir insular que, a los efectos sociales, juega el mismo papel que las llamadas células avisadoras en el organismo. Salvo contadas excepciones en ciertos momentos del último medio siglo, la prensa oficial cubana se ha comportado como un buró de agitación y propaganda. En ese clima, todavía imperante, aparecen algunas revistas católicas como *Palabra Nueva*, *Vitral* y *Vivarium*, de mediados de los 90, y *Espacio Laical* (2005), por citar algunas. Obviamente, ellas no existirían sin la feliz conjunción entre el interés y la profesionalidad de sus editores y el apoyo de la Iglesia Católica. ¿En qué medida ha sido un proyecto de sus editores que ha recibido el apoyo de la Iglesia, o una política de la Iglesia que ha convocado a los editores? ¿En qué medida esta nueva prensa y su implicación en los temas sociales ha sido aceptada por el gobierno y qué obstáculos ha tenido que sortear?

Roberto Veiga González (RVG): La diversidad de análisis, de criterios y de propuestas siempre enriquece la vida nacional, pues constituye una posibilidad para advertir las fallas que dañan el devenir social y encauzar nuevos rumbos que puedan conducir al país hacia una mayor prosperidad y un mayor equilibrio. Esto es posible, únicamente, cuando existe un potente y responsable entramado de entidades ciudadanas que constituyen la sociedad civil –sindicatos, y otras asociaciones de profesionales, de estudiantes, de campesinos, de vecinos, entre otras (siempre autónomas y democráticas)–, y la sociedad política –una pluralidad de partidos políticos, así como mecanismos para que los ciudadanos controlen el cumplimiento de la constitución, el desempeño del parlamento y la gestión del gobierno, entre otras maneras–. Y la prensa resulta un medio indispensable para socializar los análisis, los criterios y las propuestas, así como las gestiones de toda esa diversidad. En tal sentido, los medios de comunicación tienen que ser tan plurales como plural sea cada sociedad.

En Cuba no ha sido así en los últimos cincuenta años. Hemos vivido en un sistema socio-político que se fundamenta en la dirección de una “vanguardia”. Y esta, como un resultado de esa lógica, es quien asume el derecho único de pensar el país –aun cuando tolere otras opiniones y en algunos momentos haya efectuado ciertas consultas a la ciudadanía–. Esta premisa de los ideólogos del socialismo de Estado –ya fracasado históricamente– ha empobrecido las potencialidades de nuestra sociedad y, por supuesto, el desempeño de la prensa. Si bien es cierto que, en determinados momentos, ha sido posible encontrar en alguna prensa escrita (*Juventud Rebelde*, por ejemplo) y en ciertos espacios de la radio –en muy escasas ocasiones a través de la televisión– algunas expresiones autónomas del sentir de los ciudadanos. También se hace necesario destacar el surgimiento, en la década de los 90, de publicaciones importantes que disfrutaban de una juiciosa autonomía en relación con los preceptos ideológicos imperantes, como son las revistas *Temas*, *La Gaceta de*

Cuba y Criterios. Y, más recientemente, la llegada de Internet, el correo electrónico y la memoria flash han contribuido –enormemente, aunque sólo en un sector de la población– a ampliar y a democratizar el acceso a la información y el espacio de debate.

En medio de esa realidad, y de manera muy especial en el brevemente esbozado contexto de los años 90 y de los 2000, han ido surgiendo y consolidándose las publicaciones de la Iglesia Católica. Con ello, la Iglesia pretende poseer sus propios medios para desarrollar la misión evangelizadora, en la cual se integran todos los temas: espirituales, culturales, familiares, sociales, económicos y hasta políticos, pues todos los ámbitos de la vida son constitutivos de la naturaleza humana y comprometen la realización de cada persona –criatura de Dios, por quien debe velar la institución religiosa.

Por lo general, las publicaciones –entre las cuales se encuentran las que mencionas– no surgieron por una disposición que emanara solamente de una iniciativa estratégica de la correspondiente jerarquía eclesiástica (el Arzobispo de La Habana en los casos de *Palabra Nueva*, *Vivarium* y *Espacio Laical*, y el Obispo de Pinar del Río en el caso de *Vitral*). Más bien, los pastores convocaron a la búsqueda de nuevos medios para la acción de la Iglesia en la sociedad cubana y fueron apoyando los proyectos que lograron surgir, allí donde germinaron ciertas condiciones que lo favorecían.

Esta nueva prensa, en sus inicios, fue vista como un peligro, pues para algunos podía constituir una competencia desestabilizadora. Así pensaron muchísimas de las autoridades, y algunos que no poseían cargos políticos, estatales o gubernativos, sino ciudadanos medios –llamados revolucionarios– que concebían el devenir social desde una ortodoxia estalinista muy poco abierta a lo diverso. Esto, como es obvio, ha provocado inconvenientes, entre los cuales se encuentran: la suspicacia y el disgusto ante diferentes opiniones aparecidas en estos medios y la amonestación a algunos colaboradores por los criterios vertidos, así como la advertencia a intelectuales que se desempeñan en instituciones oficiales para que no escriban en nuestros medios. Sin embargo, esta realidad ha ido cambiando gracias a la apertura por parte de muchos y a la labor transparente y constructiva –nada desestabilizadora– que ha marcado el desempeño de la generalidad de estas publicaciones.

Hoy, *Espacio Laical* es un referente imprescindible para comprender la sociedad cubana y su devenir, los conflictos más candentes y los debates que prefiguran el destino de la nación. Observo una paulatina transición, desde sus comienzos hasta hoy, en el énfasis: desde los temas inherentes a la comunidad católica cubana, hacia los temas que atañen a toda la nación y su destino. Al mismo tiempo, es evidente, desde el diseño hasta los contenidos, así como el nivel de los colaboradores, una acentuada profesionalización. ¿Qué factores humanos y materiales han propiciado ese cambio? ¿Cómo ha repercutido todo ello en el alcance de la publicación, su distribución en la Isla, la ganancia de nuevos lectores, no obligatoriamente dentro de la comunidad católica, y las relaciones con el Estado?

RVG: Los católicos debemos servir al prójimo y nuestro prójimo más cercano es el cubano que sufre y que para conseguir sus anhelos necesita sanarse y reconciliarse consigo mismo y con el otro. En tal sentido, la revista debe ofrecer a Jesucristo, para que todo aquel que alcance a tener fe pueda renovarse humanamente. Por ello estamos obligados a dedicar un bloque de la publicación a temas espirituales, teológicos y filosóficos-religiosos. Sin embargo, no hemos conseguido articular debidamente este espacio; lo cual constituye un reto.

Por otro lado, nos percatamos muy pronto de que también debíamos trabajar en otra dimensión de la reconciliación. Para hacerlo consensuamos promover el encuentro, el diálogo y el consenso entre cubanos. En este ámbito, con la ayuda de Dios –pues muchísimas circunstancias parecían hacer imposible dicho propósito–, hemos tenido más suerte. La revista se propuso ser un espacio para la comunión entre los más diversos criterios que laten en la nación cubana, siempre que se formulen con fundamentos y por medio

de un lenguaje de diálogo, capaz de tender puentes y no construir trincheras de combate. Esto ha sido muy bien acogido por el público, pues los cubanos demandan —con urgencia y ansiedad— mucha serenidad para tratar los asuntos del país y espacios para expresar, o ver reflejadas, sus preocupaciones y expectativas. Por esta misma razón ha ido aumentando la cantidad de nacionales —residentes en la Isla y en la diáspora, con diversos credos ideológicos, políticos, filosóficos y religiosos— que ofrecen su contribución, con el deseo de brindar un pequeño aporte al bien de Cuba, de cada cubano. Esta identificación de la revista con la suerte de las más plurales preocupaciones y expectativas que agobian a nuestros compatriotas ha intensificado la relación de la publicación y de la Iglesia —institución a la cual pertenece— con la nación cubana.

En cuanto a mi valoración acerca de la relación de la revista con el Estado, todo depende de qué entendemos por Estado. Si lo reducimos a las autoridades y funcionarios que rigen el país, entonces debo decir que pueden admitirse distintas interpretaciones. Algunos han expresado que no les gusta la publicación y hasta han hecho algún esfuerzo por entorpecerla, pero otros —que constituyen un sector significativo— la siguen y la valoran. Esto ya es un paso positivo en la relación del Estado con la revista y con la Iglesia, pero sobre todo con los criterios que se expresan en la misma.

Has mencionado que el compromiso de la revista “desde la Iglesia y como Iglesia” es con el “bienestar de Cuba” y tu rechazo a que ella “se convierta en la plataforma de una única visión de la cosas, aunque esta emane del Evangelio y, por ende, la abrimos a la exposición de los criterios más disímiles, siempre que estos sean lógicos y profundos y se expresen a través de metodologías que no contradigan los valores de la fe cristiana”. En una sociedad transitada por medio siglo de laicismo, abolición de la enseñanza católica y ateísmo programático, y donde las posiciones mayoritarias de la sociedad en temas como el matrimonio (incluso el matrimonio gay), el aborto, la sexualidad y la educación distan mucho de la doctrina oficial de la iglesia, ¿se plantea *Espacio Laical* el debate abierto de estos temas ofreciendo espacio a criterios antagónicos, a pesar de que la revista se haga “desde la Iglesia y como Iglesia”?

RVG: Para la Iglesia, una de las maneras de realizar su catolicidad (aspiración de universalidad) es ofreciendo espacios con el propósito de que todos puedan expresarse, siempre que la intención sea procurar el bien por medio del bien. Pero, además, esto le exige asumir lo positivo de todo el abanico de criterios y deseos de la sociedad, perfilarlo desde fundamentos evangélicos y promoverlo. En tal sentido, la Iglesia debe sentirse obligada a dialogar con todas las opiniones de este mundo y tratar de alimentarse de las mismas —cuando esto sea posible y en la medida pertinente—. Nuestra revista es un instrumento de la Iglesia que, en alguna medida, la ayuda a realizar ese servicio.

Sin embargo, dada las urgencias de nuestra realidad, así como las inquietudes y angustias de los pensadores relacionados con nuestra publicación, se ha postergado el debate en relación con los temas que mencionas, por ejemplo: aborto, sexualidad y matrimonio. No obstante, opino que —llegado el momento— el Consejo Editorial aceptará concederle el espacio necesario al intercambio de ideas sobre estas materias. ¿Por qué no? Compartir los argumentos, siempre que se haga con profundidad y respeto, contribuye a la comprensión y al acercamiento entre las personas con opiniones diferentes, y esto es parte de la misión de la Iglesia.

La publicación ha insistido en que el estado actual y el futuro de la nación exige hermanar a sus miembros, rearticular consensos y fraguar un nuevo pacto social en esa Casa Cuba que reúna y acepte la diferencia alrededor de un proyecto común, “intentar promover toda la diversidad de la nación” y “procurar una relación fraterna entre toda esa pluralidad; pues solo así se contribuye verdaderamente a la unidad en la diversidad”. Has hablado de “un espíritu de diálogo, no de deslegitimación ni de confrontación”. Y creo que no de otro modo alcanzará el país una reformulación de su destino

donde quepan todos. ¿Crees que ello sea posible en la circunstancia actual o que existan indicios que permitan avizorarlo en un futuro próximo? El Partido Comunista, en su *Proyecto Documento Base de la Primera Conferencia Nacional del PCC*, insiste en equiparar Patria, Revolución y Socialismo, un monopolio de la imagen de nación que no deja demasiado margen a esa diversidad respetuosa e incluyente.

RVG: Estoy convencido de que el equilibrio y el progreso de la nación dependen de la capacidad que tengamos para encontrarnos, para dialogar, para llegar a consensos, para cincelar una sociedad renovada. Y esto es posible si quienes poseemos esta convicción –desde todo el espectro político e ideológico de la nación–, trabajamos arduamente por lograrlo. Sin embargo, en algunos momentos tengo mis dudas acerca de que –aunque sea posible– resulte verdaderamente probable. Posible y probable no son términos idénticos.

Si analizamos las circunstancias actuales que prefiguran el acontecer nacional podemos advertir fuertes –fortísimos– elementos que entorpecen la promoción de un camino de encuentro, de diálogo y de refundación. En las estructuras partidistas, estatales y gubernamentales abundan los dirigentes y funcionarios atrincherados en viejos esquemas políticos que tienden a la exclusión y al inmovilismo. No obstante, también debo resaltar que existen otros con una sólida capacidad política y con una suficiente claridad acerca de los cambios que necesita el país, aunque a veces sea difícil distinguirlos públicamente.

Por otro lado, quienes hasta ahora poseen los controles políticos de nuestra emigración rechazan de manera visceral la posibilidad de dialogar con los afines a la Revolución y se sulfuran ante la posibilidad de que se produzca en Cuba una reforma, en la que participen activamente las actuales autoridades, encaminada a lograr mayores cuotas de libertad y de justicia, así como un mayor bienestar espiritual y material. Sin embargo, también debo destacar que en nuestra emigración han ido destacándose nuevas personalidades y entidades que constituyen un signo de esperanza.

Otro sector a mencionar es la disidencia. Un segmento significativo de esta tampoco contribuye a un auténtico clima de diálogo, aunque muchas veces en su discurso se aboga por el mismo, porque el fundamento de sus propuestas y el espíritu de su quehacer político están marcados por la metodología de la confrontación y del aniquilamiento del otro. Este sector no tiene poder y posee mucha menos influencia que los dos anteriormente indicados. Sin embargo, algunas instituciones extranjeras y medios de comunicación, también foráneos, le conceden determinada relevancia y consiguen cierto influjo del mismo en sectores de la opinión pública internacional y en posiciones políticas de determinados gobiernos.

Es posible percibir que varios sectores hasta ahora muy bien instalados políticamente no favorecen –en la medida que reclaman nuestras urgencias– la constitución de un sendero de encuentro, de diálogo, de consenso, de refundación. A veces pienso, y hasta me convenzo, que el presidente Raúl Castro tiene conciencia de cuán vulnerable hace esto a la nación y que tiene previsto crear condiciones para revertir –en alguna medida– este peligro. Ciertamente, tal vez piense hacerlo de una manera diferente a la que podamos preferir unos y otros, pero –de todos modos– podría ser beneficioso para el país y colocarlo en un peldaño superior que le facilite una redefinición sistemática y un ascenso continuo. Sin embargo, en ocasiones me sorprende –muy preocupado– creyendo descubrir que no puede hacerlo, que no podrá lograrlo. Esto sería fatal, por eso se hace imprescindible ayudar a que el proceso sea probable.

En estos momentos, está circulando el *Proyecto Documento Base de la Primera Conferencia Nacional del PCC*. Lamentablemente, parece que no satisface las expectativas de la inmensa mayoría. El documento propone cambios interesantes, como los relacionados con el papel de los medios de comunicación, pero faltan muchísimos otros cambios que deberían debatirse en ese evento, y continúa colocando al PCC dentro de una concepción dogmática y de poder que lo aleja de una verdadera función política.

No es posible reconocer que existe un distanciamiento entre las ideas del PCC y del pueblo, en especial de los jóvenes, y asegurar que esto es debido a que no han funcionado los mecanismos para el trabajo

ideológico. Si fuera así, tan simple, la cuestión sería resolver la manera de que todos comprendan y asuman los criterios de quienes dirigen el Partido. Pero la cuestión es mucho más compleja. Nuestra sociedad es muy, pero muy plural, y no habrá solución si todos no procuramos entender a cada uno de nosotros. En tal sentido, más bien sería el Partido quien debe tratar de comprender los criterios de toda la diversidad nacional y establecer un diálogo con ella.

Se hace obligatorio redefinir el lugar de la ideología y la manera de emplearla. Por supuesto que siempre habrá ideología en el desempeño social de todo país. Incluso sería conveniente que en cada sociedad convivan y se proyecten varias ideologías desde una dinámica de enriquecimiento mutuo. Esto podría ser muy beneficioso. Sin embargo, un trabajo político-ideológico entendido como un universo de mensajes continuos e intensos que pretenden mostrar un conjunto de conceptos, valores y principios, así como hechos históricos que parecen confirmar la realización de los mismos, con el propósito de brindar herramientas para que los ciudadanos resistan una crisis ya larga, que puede parecer interminable, en la que se les consumen sus vidas, suele resultar un quehacer casi estéril y hasta producir hastío. Lo que debe proyectarse de manera continua e intensa es un entramado de gestiones, tan diversas y universales como sea posible, encaminadas a presentar propuestas, a dialogarlas y a lograr consensos acerca de cómo conseguir el mayor bienestar posible para nuestro presente y para nuestro futuro. En fin, hacer política en la sociedad y con toda la sociedad.

Por otro lado, el documento plantea que deben separarse las funciones partidistas de aquellas otras gubernativas y empresariales. Sin embargo, se aferra a orientar que el Partido puede reunir a las administraciones y a todos los factores (como le llaman) para que les rindan cuentas. Igualmente, y para confirmar la contradicción, propone que los dirigentes del Partido roten por cargos de dirección en el Estado y en el gobierno. No estoy en contra de que militantes y dirigentes del Partido ocupen cargos de dirección en el Estado, en el gobierno y en el empresariado; pero desearía que lo hagan porque hayan resultado ser los mejores para hacerlo y como producto de mecanismos democráticos, y no porque sean militantes del Partido y como resultado de una planeación en la dirección del mismo.

Asimismo, el documento plantea que se pueden disfrutar de todos los derechos y hasta ocupar cargos públicos, etcétera, sin discriminación racial, de género, de creencias religiosas y de orientación sexual. Esto constituye el resultado de un proceso positivo que se viene gestando desde hace años y tal vez ahora llegue a un momento importante de consolidación. No obstante, el documento no precisa si podrá participar toda la pluralidad de criterios socio-políticos que existe en cada uno de estos segmentos de la sociedad. Esto último resulta muy importante en materia de igualdad y participación ciudadana. Lamentablemente, todo el proceso de reformas está marcado y dañado por cuestiones de esta índole. Se suelen anunciar las transformaciones desde una presunta voluntad de apertura amplia y profunda y por ende efectiva, pero después –cuando se elaboran las medidas y se comienzan a implementar– resulta limitada y quebrantada dicha voluntad. Esto puede tener una explicación. Sin embargo, el país no puede esperar mucho más sin correr un alto riesgo. Se hace imprescindible asumir una robusta dosis de apertura y claridad, integralidad y celeridad.

Muchas más pueden ser las críticas a dicho documento, pero continuar desbordaría la intención de una entrevista. Realmente, desearía un Estado no confesional; sin embargo, por ahora no hubiera pretendido que se renunciara a mantener los imaginarios de Revolución y de socialismo, pero sí que los reinterpretaran –sin que ello implicase una claudicación para nadie–, de manera que hicieran al Partido más político y más democrático, y al Estado más inclusivo y más republicano.

La Iglesia Católica como institución ha jugado en Cuba diferentes papeles a lo largo de su larga historia. No hubo en las colonias inglesas o francesas una denuncia de la masacre de los nativos equivalente a la de Las Casas. Connivente con la esclavitud y con la colonia frente al movimiento independentista, a pesar de algunas figuras de alto relieve que apoyaron la causa cubana. Alineada

con los estamentos del poder durante la república. Sometida más tarde por el Estado y el gobierno revolucionarios, ha devenido recientemente una interlocutora necesaria para las liberaciones de disidentes, por ejemplo, hecho interpretado por algunos como un saludable ejercicio de mediación y por otros como una claudicación. Más allá de las distancias, los cubanos estamos condenados a entendernos si queremos sobrevivir como nación. ¿En qué medida percibe el pueblo de Cuba a la Iglesia como un factor importante de ese diálogo y de esa conciliación, y en qué medida desconfía de que su intervención esté condicionada por sus propios fines como institución y no por los intereses de la mayoría de los cubanos, creyentes o no creyentes?

RVG: Tiene usted cierta razón en esas aseveraciones que ha hecho acerca de la Iglesia en la historia de Cuba. No obstante, la realidad posee muchos matices y, por tanto, no pueden hacerse afirmaciones tan categóricas, ni en contra ni a favor. Resulta imposible hacer ahora un recuento histórico capaz de ofrecer una visión de la Iglesia más positiva que la presentada en la introducción de su pregunta. Sin embargo, daré algunas breves pinceladas que permitan demostrar que es posible.

Es cierto que la Iglesia no estuvo, en bloque —como yo hubiera preferido hoy—, en contra de la esclavitud. Pero, como usted afirma, hubo figuras de la Iglesia que abogaron en contra de la misma, y en Cuba la Iglesia hizo un esfuerzo tremendo por lograr un trato más humano para los esclavos. Hasta tal punto fue la presión que intentó hacer la institución en este sentido, que los hacendados comenzaron a traer de España los capellanes para sus haciendas, con el propósito de que no fueran sacerdotes obligados a obedecer los requerimientos de la Iglesia en la Isla en materia de atención a la esclavitud.

En cuanto a la connivencia con España en contra de la independencia, debo recordar que para lograrlo hubo que desarrollar una política de descubanización del clero. La Iglesia había asumido una labor fundadora de la nación, promoviendo la cubanidad, así como los fundamentos de las diferentes formas políticas que pretendían realizar la misma: el reformismo, el autonomismo y el independentismo. Todas las posiciones políticas, siempre que pretendieran fundar lo cubano, fueron acogidas y alimentadas por la Iglesia. Ahí está el ejemplo de la faena desarrollada por el Colegio-Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana. Esta labor fue tan importante que no pudieron dejar de beber de sus fundamentos libertarios casi ninguno de los patricios que hicieron posible la nación y la independencia, por lejanos que estuvieran de la fe católica.

En este sentido, también existen muchos argumentos que pudieran matizar sus afirmaciones acerca de una Iglesia alineada únicamente con los estamentos del poder durante la república, y sometida más tarde por el Estado y el gobierno revolucionarios. La Iglesia jamás fue sometida durante la etapa revolucionaria. Ella —como consecuencia de una lucha entre la institución eclesiástica y la Revolución, conflicto en el cual tuvieron responsabilidad ambas partes— fue estigmatizada, agredida y acorralada, pero esto no conllevó que fuera dominada. La Iglesia no se dejó dominar y asumió el confinamiento con mucha entereza y dignidad, lo cual hizo posible que resistiera, creciera, se consolidara, ganara en influjo social y consiguiera legitimarse como un actor nacional responsable. Para conocer la Iglesia de estos tiempos se hace imprescindible estudiar el Encuentro Nacional Eclesial Cubano realizado en 1986, que fue el resultado de 10 años de diálogo entre todos los miembros de la Iglesia en Cuba, donde la misma decidió ser muy, pero muy evangélica y muy, pero muy cubana, abierta a todos y dispuesta a acompañar a cada cubano, fuera quien fuera. Invito a estudiar el documento final de este proceso.

El actual papel de la Iglesia como posible interlocutora no es un rol sacado de abajo de la manga, sino el resultado de una historia que, tal vez, algunos no conozcan bien (o no quieren conocer). La historia de la Iglesia en Cuba, y en especial durante este último medio siglo, ha hecho posible que la inmensa mayoría del pueblo la perciba como un factor importante de diálogo y de conciliación. Claro, existen algunos que dudan de sus intenciones —dudar es un derecho—. Sin embargo, debo precisar que muchos de esos prejuicios acerca del actual desempeño de la Iglesia tienen origen en la campaña de un sector que no le perdona a la institución procurar un arreglo entre todos los cubanos, donde nadie resulte perdedor, y se logre un cambio ordenado

del modelo socio-político-económico que responda realmente a los deseos de la nación, del cubano medio, del cubano pobre. Ese otro sector lleva años añorando la confrontación, el aniquilamiento del otro y el caos como medios para erigirse luego en “únicos salvadores” del país. Por eso consideran la labor de la Iglesia como una claudicación motivada por intereses mezquinos y oportunismos de todo tipo. Pero esto no debe preocuparnos; ya Martí nos advirtió que es sólo el amor quien ve, que quienes aman, edifican, y quienes odian, destruyen.

Una de las grandes virtudes de *Espacio Laical* es no recluirse en “un pensamiento netamente católico o que emane del catolicismo” (te cito), sino el haber conseguido un espacio plural de debate que ha tocado muchos de los temas cruciales que inquietan (y angustian) a los cubanos. ¿Es posible mantener esa línea editorial y conservar ciertos equilibrios sin levantar los obstáculos que terminaron con una revista como *Vitral*?

RVG: Dos escenarios pudieran hacer fracasar el proyecto de *Espacio Laical*, antes de tiempo, antes de que cumpla su cometido. El primero, si los sectores intransigentes logran detener y revertir el proceso de reformas que, aunque lento y poco claro, se va realizando sin dar pasos atrás, y entre sus propósitos esté interrumpir todo empeño de participación real y de diálogo serio. El segundo, si el proceso de reformas continúa, pero con mucha lentitud, escasísima claridad, poca audacia para desatar los debates y limitada capacidad de escucha de la opinión ciudadana; porque ello podría generar una falta de confianza y una apatía que genere poca disposición para hacer públicas las opiniones y participar en la construcción de una Cuba mejor. Estos escenarios son posibles. Sin embargo, nosotros rezamos para que no ocurran y cada día sean más las posibilidades de expresar los criterios, dialogar y alcanzar consensos, a través de todo un universo de medios, entre los cuales se encuentre nuestra revista. De esta manera, como es lógico, también un día la publicación llegará a su fin, pero no de forma traumática.

Se ha hablado de que en ocasiones *Espacio Laical* y otras revistas católicas presentan una “realidad virtual”, un diálogo que es, de momento, incipiente. Yo, en cambio, soy de los que considera que ya hay que trabajar para el mañana, prefigurar el diálogo y el entendimiento entre todos los cubanos. A ello has respondido que “sería injusto no reconocer cuánto se ha avanzado en los últimos años”. ¿Puedes enumerar esos avances?

RVG: La cuestión nacional se ha convertido en tema central de muchísimos diálogos entre vecinos, compañeros de trabajo y de estudio, amigos y familiares. Dichos coloquios, a veces, sobrepasan la mera conversación y se convierten en foros de debate que van creando una opinión socializada. Estas charlas han demostrado que los cubanos pueden encontrarse e incluso ponerse de acuerdo, a pesar de las diferencias de criterios. Estos intercambios tienen hoy un espacio que los privilegia: el e-mail y, en muchos casos, han conseguido determinada institucionalización, como es el ejemplo de esta misma publicación, *Cubaencuentro*.

En la sociedad civil de la Isla existen muchos espacios de diálogo institucionalizados. Mencionaré algunos de los más destacados en La Habana: las revistas *La Gaceta de Cuba* y *Temas*, así como el espacio de debate de esta última conocido como *Último Jueves*; y los proyectos La Cofradía de la Negritud, con su boletín; el ciclo de talleres “Pensar la Revolución”, en el Centro Cultural Juan Marinello, donde participó una vigorosa juventud de izquierda; la Cátedra Haydée Santamaría; el proyecto El guardabosques, con su boletín; la Red Protagónica Observatorio Crítico, con su compendio de noticias y análisis; Estado de Sats; así como diversos espacios promovidos por la UNEAC, y numerosísimas tertulias y reuniones de personas afines.

En la Iglesia Católica, por sólo mencionar algunos espacios de diálogo institucionalizados en la Arquidiócesis de La Habana, tenemos El Aula Fray Bartolomé de Las Casas (de los padres dominicos); el Centro Cultural

Padre Félix Varela; el Centro Fe y Cultura (de los padres jesuitas); la Cátedra Razón y Fe; SIGNIS-Cuba; el Centro de Bioética Juan Pablo II; el Centro de Estudios Arquidiocesano, y las revistas *ECOS*, *Vivarium*, *Spes Habana*, *Amor y Vida*, *Bioética*, *Palabra Nueva* y *Espacio Laical*.

Las iglesias evangélicas también poseen espacios de este tipo. Citaré a dos de los más importantes: el Centro de Reflexión y Diálogo de Cárdenas, con su publicación, y el Centro Memorial Martin Luther King, con su revista *Caminos*.

Es cierto que todo esto no es suficiente, pero sería irresponsable e irrespetuoso asegurar que en Cuba no hay diálogo acerca de los problemas nacionales. No obstante, reitero, no es suficiente. Hace falta que surjan muchos más espacios de diálogo, incluso de naturaleza distinta a los mencionados. Igualmente se hace necesario abrir el gran espacio público nacional para que todos estos pequeños espacios públicos de debate puedan presentarse ante el pueblo e interactuar con el mismo, con el propósito de socializar los más diversos criterios y procurar la posible comunión entre los mismos –única manera de cincelar continuamente nuestro pacto social y hacer transitar a la nación por senderos de armonía y progreso.

La historia de Cuba está plagada de imposiciones y del diálogo de las pistolas, aunque hay excepciones memorables, como la que fraguó la Constitución de 1940. Has afirmado que percibir el proyecto que defienden la Iglesia y *Espacio Laical* “como un proyecto que piensa ser la única salvación, sería un error”. Es reconfortante esa aceptación preliminar de que el destino de Cuba pasa por muchas formulaciones posibles (y seguramente reconciliables). ¿Aceptaría la Iglesia la emergencia de un Estado laico, aconfesional, al estilo de muchos estados europeos, y donde la fe abandonara lo institucional y se circunscribiera a la esfera íntima?

RVG: La Iglesia, por supuesto, prefiere que el Estado sea laico. De esta manera no existiría ninguna religión o ideología oficial ni privilegiada, en un contexto donde se promuevan por igual todas las religiones e ideologías –aunque desde una igualdad proporcional y no numérica, pues esta última siempre es injusta–. La Iglesia desea que esté garantizada, por un lado, la libertad de las conciencias y, por otro lado, la posibilidad de socializar todo lo que emane de esa libertad de conciencia, o sea, la expresión de todo el pensamiento, así como la manera de procurar proyectarlo en la realidad. En tal sentido, la Iglesia apuesta por la no confesionalidad del Estado, pero rechaza que la fe, un atributo de la conciencia humana, sea confinada a la esfera íntima. Esto no sería consecuente con un modelo de sociedad que proclama y defiende la libertad de conciencia, la libertad para expresar las opiniones, así como la libertad para participar en la construcción del país. Exigir que la fe religiosa y que los criterios humanos que se fundamentan en esa fe sean circunscritos a la esfera íntima sería una discriminación.

Desear que la fe pueda tener una expresión pública y desarrollarse por medio de lo institucional no quiere decir que la Iglesia desee un poder para imponerse sobre el resto de la sociedad. La Iglesia debe poder expresar públicamente sus opiniones sobre todos los temas, así como enseñar –a quienes lo deseen– su doctrina y educar desde fundamentos cristianos, aunque siempre –como es lógico– sin contar con mecanismos coactivos que obliguen a quienes no lo prefieran a asumir sus criterios. De esta manera, los razonamientos de la Iglesia participarían en la conformación de lo social únicamente en la medida en que sean asumidos libremente por los ciudadanos y estos, en el ejercicio de su cuota de soberanía, participen en el diseño del Estado, de la cultura, de la economía, del derecho, etcétera.

Debo aclarar que los cristianos –y de manera muy particular los que participamos en el proyecto de *Espacio Laical*– tampoco deseamos conseguir, a toda costa, la hegemonía social del cristianismo. Sólo nos interesa ofrecer nuestras convicciones y nuestros criterios para que sean valorados y aceptados sólo cuando la mayoría de la sociedad considere que representarían un bien para todos. No deseamos prevalecer, sino acompañar y servir.

Soy de la opinión (no apoyada en estadística alguna) de que la religiosidad de los cubanos es, en su mayoría, meramente circunstancial, e incluso instrumental: el pacto con la divinidad a cambio de una dádiva, creer en Santa Bárbara cuando truena. Con la revolución, el catolicismo como una práctica habitual de la mayoría de los cubanos –fe sincera, contrato social o liturgia exenta de contenido— dio paso a un ateísmo por decreto. Desde los 90, en cambio, al caducar la fe en el futuro, las iglesias se han llenado por quienes buscan una fe sustitutoria, e incluso por quienes buscan un paliativo a sus necesidades más imperiosas. La sociedad abierta y plural a la que aspiramos, donde cada hombre pueda realizar sin cortapisas su destino en la medida de sus sabidurías y posibilidades, y sin el contrapeso de la tradición, ¿no propiciaría una sociedad más ensimismada en el éxito que en la espiritualidad, y vaciaría las iglesias a la misma velocidad que se han llenado?

RVG: Es posible que podamos llegar a presenciar el escenario esbozado por usted, sobre todo si tenemos en cuenta lo elemental de la religiosidad de muchísimos cubanos y el afán de éxito, a toda costa, que está reprimido y atormenta a muchos. No obstante, muy bien los cubanos pudieran desear el éxito y ocuparse también de acrecentar la espiritualidad. Ambos aspectos pueden ser complementarios y enriquecerse mutuamente, haciendo a la persona cada vez más humana. De hecho, en encuestas realizadas por la Iglesia Católica hemos comprobado que la espiritualidad es una de las demandas más importantes de muchos cubanos. Y esto es importante, sobre todo si tenemos en cuenta las circunstancias desde las cuales hemos de partir para construir el presente y el futuro.

El pueblo cubano es maravilloso, pero carece de una economía capaz de permitirle el bienestar, es pobre, posee escasa formación cívica, se ha fragmentado, y no cuenta con los suficientes elementos y espacios para participar en el diseño social. Y, según la apreciación de muchos, con el agravante de que estaremos sometidos cada vez más a una tecnocracia que va acumulando poder y se está convirtiendo en una clase en si y para si que, llegado el momento, podría pactar con lo peor del planeta, incluso con mafias que operan por el mundo, algunas en países muy cercanos a Cuba. Esto podría hacer de nuestra Isla un lugar donde se desate, con vigor, la impiedad. Para afrontar esto será necesario que la ciudadanía, o una buena parte de ella, estén preparada política, intelectual y espiritualmente.

Para conseguir esto último tendrán que trabajar muchos las iglesias. Y para hacerlo, será imprescindible que venzan dos grandes retos. El primero, se hace necesario que puedan comprender muy bien la complejidad – presente y futura– de la sociedad cubana, así como encontrar la manera de dialogar con la misma y ofrecerle oportunidades fascinantes para que crezcan en el espíritu. El segundo, dado que nuestro pueblo necesita de mucha espiritualidad, de una intensa mística de la libertad y de la fraternidad, sería imprescindible que las iglesias cincelen y articulen –con mucho compromiso– la espiritualidad que emana de su fe, pues para ofrecer mucho hay que poseer mucho.

Cubaencuentro, noviembre de 2011

En la tarde-noche de ayer 10 de junio de 2014, comenzaron a circular en la Red informaciones relativas a una supuesta destitución de Roberto Veiga y Lenier González como editor y vice-editor, respectivamente, de esta revista.

La mayoría de los reportes reproducían total o parcialmente el artículo publicado por Ivette Leyva en el sitio www.cafefuerte.com, elaborado a partir de la escueta nota circulada por Roberto y Lenier ayer en la tarde por correo electrónico a su amplia red de contactos.

La gravemente inexacta formulación de la noticia se basa, obviamente, en que el núcleo informativo de la nota circulada por Roberto y Lenier no se ajusta estrictamente a la verdad. En ella afirman: “hemos sido liberados de nuestras obligaciones como editor y vice-editor de la revista”, recurriendo al eufemismo habitualmente utilizado en los medios oficiales cubanos para referirse a la destitución de algún funcionario.

Roberto y Lenier no fueron “liberados de sus cargos”, en el sentido en que la expresión se emplea en Cuba, sino que renunciaron a ellos, en el sentido en que esa expresión se emplea en todas partes. Nadie los obligó a renunciar. Nadie les exigió, pidió, o siquiera les sugirió que renunciaran.

Simplemente hicieron efectiva una renuncia que habían anunciado en más de una oportunidad, incluso con un horizonte temporal muy definido. En alguna ocasión anterior dijeron categóricamente que renunciaban, y se les disuadió de hacerlo. Esta vez se les aceptó la renuncia.

En un mensaje de correo electrónico del 2 de mayo de 2014, Lenier pidió al director de la revista: “Comunícate oficialmente al Arzobispo que Roberto y yo dejamos de ser, desde el día de hoy, los editores de la revista”. No es difícil comprender que para Espacio Laical y para la Arquidiócesis la concreción de esa transición generaría una situación compleja, que tomaría tiempo asimilar. Debido a esto, y a otras situaciones coyunturales, no fue hasta ayer, 10 de junio, que se tomó una decisión definitiva y se le comunicó a Roberto Veiga que la renuncia de ambos era aceptada. Siguió la circulación de su equívoca nota de despedida, cuyos resultados están a la vista.

Siempre es duro decirlo, pero nadie es imprescindible. Espacio Laical seguirá adelante, con un nuevo equipo de realización. Tendrá defensores y detractores, igual que ahora, aunque no necesariamente las críticas y alabanzas tengan igual contenido o provengan de los mismos grupos que ahora. Sobre su calidad, sus logros o fracasos habrá, como sobre toda empresa humana, una amplia gama de opiniones. Se hará, nadie lo dude, con el empeño de servir a Cuba y a la Iglesia.

Gustavo Andújar, director de *Espacio Laical*

A todos los interesados:

Con motivo de las reacciones mediáticas causadas por un pequeño mensaje enviado a un grupo de 16 colaboradores de *Espacio Laical* queremos compartir las siguientes consideraciones:

El pasado 2 de mayo solicitamos nuestra renuncia como editores de la revista al cardenal Jaime Ortega, a través de la figura de Gustavo Andújar Robles, recién nombrado director de la publicación. Era la tercera vez, en los últimos dos años, que pedíamos nuestra dimisión. En el día de ayer se nos informó que finalmente había sido aceptada por el también Arzobispo de La Habana. Las dos peticiones anteriores nunca fueron aprobadas por el Cardenal. En ese entonces, por consideración a su persona aceptamos continuar ejerciendo nuestras funciones.

En la nota de despedida enviada a estas 16 personas (colaboradores cercanos de la publicación y amigos), y que llegó a manos de la prensa, afirmamos que “fuimos liberados de nuestras obligaciones”. Muchos medios, en un principio, expresaron que “habíamos sido destituidos”. Reconocemos que la frase se prestaba a equívocos, dando lugar a un incidente muy desagradable, pues en el contexto de la renuncia acordamos con la dirección de la revista darle bajo perfil a nuestra salida y, en un inicio, no hablar con la prensa. Reiteramos que abandonamos *Espacio Laical* por nuestra propia voluntad y no como fruto de ninguna destitución. El término “liberados de nuestras obligaciones” se refería, en efecto, a la aprobación de nuestra renuncia por parte del Cardenal.

El motivo principal que nos llevó a solicitar nuestra dimisión como editores ha estado relacionado con la polémica que genera, en determinados sectores de la comunidad eclesial, el perfil socio-político de la publicación. Esta problemática ha sido causa de tensiones que se han proyectado sobre la figura del Cardenal-Arzobispo y sobre nuestras personas. En tal sentido, creímos oportuno –y así lo seguimos pensando– que no era moralmente adecuado seguir conduciendo una publicación que provocaba divisiones dentro de la propia comunidad eclesial, donde se encuentran las posiciones de quienes piensan que la Iglesia no debe inmiscuirse “en política” y los que creen que no debe abrir sus espacios a todos los actores de la sociedad civil cubana. En tal sentido, y en concordancia con lo anteriormente expuesto, llegamos a comprender la imposibilidad de mantener el cauce editorial de la revista *Espacio Laical* tal y como ha sido hasta nuestros días.

Hasta cierto punto nos conmueve que una comunicación privada, para amigos, como fue el correo electrónico enviado a estas 16 personas, se convirtiera en motivo de preocupación para tantos hombres y mujeres, dentro y fuera de Cuba, que inmediatamente nos mostraron su cercanía y preocupación. Igualmente, lamentamos el tono agresivo y desproporcionado de la Nota de Gustavo Andújar hecha pública este miércoles.

Humildemente pedimos disculpas si hemos agraviado a alguien alguna vez en estos 10 años. Agradecemos a todos los colaboradores de *Espacio Laical*, los verdaderos protagonistas de esta aventura, sin los cuales nada hubiese sido posible. Siempre nos hemos considerado simples servidores. También hacemos pública nuestra gratitud al cardenal Jaime Ortega por apoyar nuestra gestión, hasta donde le fue posible. Igualmente, reconocemos con mucho cariño el trabajo desempeñado por el querido padre Carlos Manuel de Céspedes, por su lealtad sin fisuras y por señalarnos el camino y la serenidad de espíritu para recorrerlo.

Hacemos votos por el éxito de la gestión del nuevo equipo editorial y su director, para que sigan sirviendo a nuestro país y a la Iglesia con la impronta del Papa Francisco.

Finalmente, hacemos votos por Cuba, nuestra querida Patria, por la que seguiremos trabajando con la misma pasión de estos últimos 10 años, implorando, desde nuestra pequeñez, la gracia de Dios y de la Virgen de la Caridad del Cobre.

Roberto Veiga y Lenier González

1. AP: ¿Cuál es el origen de la idea de convertir una revista católica en espacio de discusión pública?

RV: A nosotros nos entregaron, en el año 2005, la revista *Espacio Laical* (llamada a sustituir otra publicación anterior denominada *Espacios*) con la idea de que construyéramos una revista al estilo de *Treinta Días*, de Giulio Andreotti (quien fuera primer ministro italiano). Esta revista posee una fuerte identidad católica y siempre se propone una visión católica de la cultura, la economía, la política, la sociedad. A nosotros no nos gustó mucho esa perspectiva. Intentamos comenzar a hacerlo, pero convencidos de que no debía ser así. Estábamos seguros de que en Cuba necesitábamos algo que el papa Francisco llamó ahora en su visita “amistad social”.

Por tanto, no debíamos convertir la revista en un monopolio de nuestras ideas. No era honesto. Si estábamos proponiendo la canalización de la diversidad, debíamos poner nuestro espacio en función de la diversidad. Eso nos trajo muchas alegrías y también muchos sufrimientos. Por ello, comenzamos a convertir la revista en un espacio para que se expresara la pluralidad. Nos interesaban tres cosas. Primero, que se expresara la pluralidad de cubanos que vivían y viven en la Isla y en el extranjero. Segundo, que fueran presentando sus puntos de vista sobre todos los tópicos medulares de la nación. Y tercero, que toda esa pluralidad se relacionara positivamente. En el equipo fundador de la revista estaba el historiador Alexis Pestano (que lamentablemente se fue de Cuba), muy competente, especializado en Historia de Cuba, quien nos decía que nuestro “gran pecado histórico” era que siempre las diferentes visiones de Cuba han querido imponerse y excluir a las otras, por tanto el cambio que necesitábamos era que todas las visiones compartieran el país y lo construyeran juntos.

Esto no forzó a promover una relación positiva entre diferentes cosmovisiones. Esta realidad era, por supuesto, un elemento excluyente, pues quien no lograba presentar sus criterios, sugerencias, etcétera, desde un lenguaje de diálogo, no era aceptado su trabajo, no era invitado a nuestros paneles. No rechazábamos ningún criterio, sino que exigíamos que fueran presentados con fundamentos y con un lenguaje de diálogo. Para ello nos impusimos un decálogo de máximas. Te voy a mencionar una. La primera que generamos señalaba que cuando se criticara a alguien se hiciera de manera que el cuestionado pudiera responder de forma positiva, para crear puentes y no trincheras. Te reitero, quienes no cumplían esas expectativas quedaban excluidos, lamentablemente.

2. AP: ¿Contaron con el apoyo y los recursos necesarios para hacerlo?

RV: Trabajamos en *Espacio Laical* durante diez años. Nueve años y diez meses, fue únicamente una computadora dentro de una despensa de comida, cubierta de papas, de frijoles, de arroz... Todos teníamos nuestros trabajos y no contábamos con recursos, lo cual nos exigía un gran esfuerzo, pero poseíamos el privilegio de tener un medio.

Sin embargo, el proyecto se ve mínimamente beneficiado en el año 2006, con el traspaso de poder a Raúl Castro. El nuevo Presidente llama a un diálogo nacional, que no ha sido como ninguno preferimos, pero que de alguna manera ha sido, y la revista aprovechó esa oportunidad (en el sentido positivo de la palabra aprovechar). Comenzamos a incorporar personas en el trabajo, para compartir los objetivos y las gestiones

a favor de los mismos. En los inicios nos costó trabajo, pues lo hacíamos desde la Iglesia Católica, una institución rechazada, a priori y a posteriori, por la generalidad de la intelectualidad cubana, sobre todo por parte de los más jóvenes, teniendo en cuenta la valoración de estos sobre su historia en la Isla y sobre los posicionamientos universales de la misma. Los prejuicios se exacerbaban y llegaron a la sospecha sobre nosotros, dado que la Iglesia había sido una institución que se había enfrentado fuertemente al Gobierno. Sin embargo, mientras avanzamos en el trabajo se fue creando un clima de confianza política que, además, era el centro que atravesaba nuestros objetivos. Para nosotros, la desconfianza política entre los cubanos, es el gran conflicto que nos ha conducido a la crisis.

Poco a poco, de manera progresiva, se fueron incorporando a los espacios de la revista cubanos magníficos que, en algunos casos, habían desconfiado atrozmente unos de otros. En algunos casos, de enemigos llegaron a considerarse compatriotas con pensamientos diferentes. Fue un camino muy difícil, pero conseguimos transitarlo gracias a nuestra visión de la realidad cubana, a nuestra visión de las necesidades actuales de la realidad cubana y a nuestra manera peculiar de concebir la catolicidad. Para nosotros la catolicidad no es una especie de dimensión antropológica superior que nos capacita para entender las cosas según la Verdad de Dios. Por el contrario; para nosotros la catolicidad es un compromiso que exige una relación general y horizontal con todos, para entre todos buscar un bien que, además, no se construye si no es con la participación de todos. Esa cristología nuestra, esa manera de entender e incorporar el Evangelio, fueron las convicciones y los pilares que nos llevaron a gestionar la revista de esa manera.

3. AP: ¿Consideran que *Espacio Laical*, además de ser por sí misma un espacio de debate, funcionó como ente articulador de las distintas esferas públicas existentes en la sociedad cubano de nuestros días?

RV: La revista sobrepasó el quehacer de una publicación. Después de una primera etapa comenzamos a tener espacios físicos de debate, donde nosotros invitábamos a una pluralidad amplia a exponer sus criterios. Por otro lado, siempre la participación fue libre. Sólo realizamos unos pocos eventos, muy grandes, con 150 y 180 invitados, que por obvias por razones logísticas tuvieron que ser por invitación; aunque en la mayoría de estos casos siempre procuramos, al menos, una sesión abierta, donde pudieran participar quienes no fueron invitados. También organizamos un universo de reuniones con formatos disímiles, según la naturaleza de cada encuentro.

Realmente todo esto articuló una red de relaciones que resultó en un provecho para el trabajo de nosotros, y para el trabajo de todos aquellos que, en estos contextos, crearon sinergias y compromisos compartidos. Pero esto no constituye un mérito de nosotros, pues fue posible gracias a nuestra gestión por la escasez de espacios para que la pluralidad se relacione y por la precariedad de algunos espacios que ya existen. No obstante, sería demagógico negar que *Espacio Laical* llegó a constituirse en un elemento articulador, más allá de lo que nos habíamos propuesto.

4. AP: ¿El equipo gestor de *Espacio Laical* ejerció algún liderazgo en este sentido?

La revista, reitero, se convirtió en un elemento aglutinador y gran parte de las relaciones constituidas se fortalecieron a través de la publicación y de nuestros otros espacios. Sin embargo, tal vez algunos no lo hayan percibido, pero siempre procuramos no monopolizar esa relación, que fueran enteramente libres entre ellos.

5. **AP: Con el trabajo desarrollado bajo la guía de Lenier, tuya y del Cardenal, surge algo alternativo a la concepción leninista según la cual las organizaciones sociales y de masas son poleas de transmisión entre el Estado y las bases. ¿Espacio Laical intentó convertirse en un proyecto para la conformación de la opinión pública o se integró a esas palancas y poleas de transmisión?**

RV: *Espacio Laical* intentaba, simplemente, dar oportunidades para opinar e identificar los tópicos que nos preocupaban a todos. Para ello, promovimos análisis acerca de cómo desarrollarnos en torno a esos tópicos, de procurar relaciones positivas, de generar confianza política. Sin embargo, nunca llegó a convertirse en polea de transmisión. No obstante, gracias a la participación de tantas personas que son autoridades en los temas que tratábamos sí fue tenida en cuenta por muchos, que llegaron a considerarla como un referente (en algunos casos como un referente de lo bueno, y en otros, de lo negativo), pero en todo caso un referente a seguir. Y finalmente, todo lo que se sigue, con estima o con prejuicio, siempre influye de alguna manera. En tanto, puedo asegurar que influyó, aunque sea mínimamente, en la sociedad cubana; en los que estaban a favor del gobierno, en los que estaban en contra del gobierno, en los que estaban a favor de *Espacio Laical*, en los que estaban en contra de *Espacio Laical*; entre personas dentro del gobierno, entre personas de la emigración, en el cuerpo diplomático, en gobiernos de otros países... Sin embargo, ratifico que tampoco debemos engañarnos, pues cada contribución y todas las contribuciones siempre son modestas.

6. **AP: Estamos ante un medio gestado principalmente por laicos, pero que cuenta con la participación de personas no creyentes. ¿Existe diferencia entre ser una revista católica o ser una revista de la Iglesia católica?**

RV: La revista no tenía la obligación de ser una voz oficial de la Iglesia. Ya existía *Palabra Nueva* que es la voz oficial de la Iglesia en La Habana. La revista finalmente surge como un instrumento de “frontera”, como se le llama en la Iglesia a los quehaceres de la institución encargados de relacionarse con la sociedad no católica. Por ende, llegó a ser una revista que se hacía desde la Iglesia, pero con personas de fuera de la Iglesia y, sobre todo, para personas fuera la Iglesia. Defendíamos que era católica por esa manera nuestra de concebir lo católico: servir de puente para los demás, canalizar relaciones positivas y servir de sostén para la “amistad social” (que no es la misma manera de concebir “lo católico” por otros).

7. **AP: ¿De qué catolicismos estamos hablando?**

RV: En Cuba hay muchas maneras de vivir el catolicismo. Nosotros estábamos dentro de la estructura de la Iglesia. Dentro de la misma también existe cierta diversidad, aunque alcanzan mayor esbozo dos maneras de concebirlo. Una, predominante, que tiende al convencimiento de que sus percepciones, interpretaciones y cosmovisiones, al fundamentarse en el Evangelio (la Verdad), siempre expresan la voluntad de Dios y esto la arrastra a sentirse y “colocarse” un tanto por encima de los demás y a fungir como una especie de juez sobre quienes poseen otras percepciones, interpretaciones, cosmovisiones y posicionamientos. Como ya te decía, también existe otra, pero con poco influjo en la estructura institucional, que tiende a considerar la catolicidad desde una espiritualidad evangélica que le solicita un compromiso a favor de una relación general y horizontal con todos, para entre todos buscar un bien que, además, no se construye si no es con la participación de todos.

Este último, te repito, constituye el catolicismo que intentamos vivir y encontramos referentes que de alguna manera vindican o reivindican nuestra posición. Nos alienta la vida de algunos “santos”, como Francisco de Asís, de algunos “prelados”, como el cardenal Martini, y del propio papa Francisco, quien se va convirtiendo en un símbolo del anhelo de muchas personas y pueblos.

El Papa ha contribuido a que la autoridad moral no descansa en supuestas posesiones de verdades, sino en la capacidad de acompañar a los demás y en el valor de formular, expresar y defender sus necesidades humanas. Ha mostrado que el poder no debe ser considerado como un status social privilegiado y mucho menos como una dimensión antropológica superior; sino como un servicio que no debe confundirse con el derecho a la pompa, al derroche, a la disipación, al menoscabo y a la manipulación de quienes tienen o pueden menos, a la indolencia. De esta manera el Papa comienza a cambiarle el rostro a la tradicional “misericordia cristiana” y a la tan reclamada “igualdad social”.

Asimismo, Francisco renueva el sentido de los títulos que ostenta: Vicario de Cristo, Pastor Universal y Jefe del Estado Vaticano, entre otros. Los transforma, no porque se aparte del significado esencial de los mismos, sino porque los despoja de la raigambre imperial y medieval que las debilidades humanas se han empeñado en conservar y que, junto a otras “conceptualizaciones eclesiales”, tanto han menoscabado la naturaleza y el prestigio de la Iglesia. Francisco está convirtiendo el quehacer del pontífice en un ejercicio comprometido de amistad, con todos, y en especial con quienes más lo necesiten.

El Papa comienza a dejar de presentarse como el más grande y el más sabio, para intentar llegar a convertirse en el más igual a todos. Para Bergoglio la “superioridad” del papado, de todo episcopado y de cada sacerdote, se realiza y aumenta solo en la medida en que crezca la capacidad de romperse al servicio de todos, con un radicalismo como aquel que llevó a Cristo a aceptar el ultraje y la cruz. Para el Obispo de Roma, lo contrario, en cualquiera de sus formas, resulta una doblez, y hasta un pecado en contra del Evangelio.

8. AP: En medio de esa diversidad, ¿hasta dónde hablaba la Iglesia y hasta dónde los ciudadanos?

RV: Fuimos avanzando en el tiempo y quisimos defender que la revista se sintiera parte de la Iglesia en tanto mantuviera la metodología ya reseñada. No obstante, procurábamos que incluso nosotros, que éramos católicos con responsabilidades dentro de la Iglesia, habláramos como ciudadanos. En tal sentido, defendíamos que ningún criterio que se emitiera desde la publicación -ni siquiera los nuestros- debería ser considerado como una expresión de las opiniones institucionales de la Iglesia. Esto fue visto como un peligro por muchos, dentro y fuera de la Iglesia.

Quienes estimaban esto como una distorsión, comenzaron a enfatizar que entonces deberíamos brindar nuestras opiniones desde fuera de la Iglesia, y podían tener cuotas de razón. No obstante, jamás alcanzaron la sensibilidad necesaria para aceptar que tal vez lo que hacíamos, que realmente era muy político, podría tener un cierto carácter pastoral y no partidista.

Para ser fiel a esta perspectiva, siempre procuramos no tomar un partido radical por medio de nuestras opiniones, lo cual no quiere decir que fuéramos ambiguos en torno a cuestiones de principios. Nos esforzamos mucho para no parcializarnos y ofrecer apoyo y acompañamiento a todos, o a casi todos. Por ello, por ejemplo, participaban con nosotros Alfredo Guevara, un príncipe de la Revolución, y Carlos Saladrigas, un político y empresario del “exilio”. Entendíamos que era una labor pastoral sobre la política e intentábamos no comprometer a la Iglesia, ni siquiera con nuestras opiniones; pero ella, ¿quizás con razón?, estimó que dicho quehacer ni era oportuno, ni era eclesial, ni era católico.

9. AP: A partir de 2012, la revista deja de ser órgano del Consejo de Laicos del Arzobispado para convertirse en proyecto de comunicación social del Centro Cultural Padre Félix Varela. ¿Cuáles fueron las razones para ese cambio y qué transformaciones generó en la revista ese nuevo vínculo?

RV: La revista deja de ser del Consejo Arquidiocesano de Laicos, esencialmente porque el Consejo de Laicos no la quiso más, pues no se veía representado en la revista. No se podía ver representado en nuestro quehacer por tres razones.

Primero, una desarticulación muy grande del movimiento laical, lo cual lo hace una realidad débil para participar en un diálogo de esa índole. Por ejemplo, cuando organizamos el dossier sobre el congreso del Partido, no encontramos un católico que pudiera opinar a la altura del resto de los convidados al dossier. O sea, se había debilitado el tejido del movimiento laical y no estaba en condiciones de participar en el actual diálogo social.

Segundo, los laicos que fueron quedando con el control de los mecanismos de ese movimiento laical debilitado, tampoco se identificaban suficientemente con nuestra perspectiva y con nuestra metodología. En Cuba muchos somos herederos, casi todos tienen o tenemos herencia de una cultura política que anhela el “aniquilamiento” del enemigo, o hasta del adversario, o peor aún hasta de quienes sólo piensan diferente. Por tanto, el encuentro, el diálogo y el consenso que siempre han sido nuestras máximas, fueron consideradas por los extremos, fuera y dentro de la Iglesia, como una debilidad, o como algo sospechoso, como una trampa.

En tanto, la revista tuvo que ser colocada como un proyecto del Centro Cultural Padre Félix Varela, para intentar que sobreviviera. Sin embargo, esto no ayudó; todo lo contrario. Este Centro Cultural católico se debatía, y aún se debate, en cuanto a qué consiste abrirse a la pluralidad de cubanos. Cuando el Arzobispo de La Habana lo inauguró hizo público que aspiraba a que dicha institución realizara una labor fundadora como la que se gestó en ese inmueble durante una etapa del siglo XIX, en torno al liderazgo del padre Félix Varela, y bajo el apoyo fuerte, valiente y honesto del obispo Espada. O sea, parecía que el Cardenal pedía abrirse a la sociedad cubana, a toda su pluralidad, pero significando a toda costa la preeminencia de la identidad católica. Eso es muy legítimo. Pero a veces resulta difícil encontrar el justo equilibrio para abrirte a la diversidad, para que la diversidad sea protagonista de tu espacio, tanto como tú y procurar una “¿ventaja honesta?” para tu identidad católica.

Por eso, la mayoría de las veces se imponen determinadas reglas que parten de tus doctrinas y cuando no logras “hegemonía”, limitas la participación de la diversidad o encauzas el quehacer por otros derroteros, como por ejemplo: la realización de bodas según los estilos de la antigua “aristocracia” cubana, el ofrecimiento de diversos formatos de banquetes privados para satisfacer instintos exóticos de millonarios extranjeros, así como el arrendamiento de instalaciones y servicios para diferentes tipos de festejos.

Ya no tenemos “obispos Espada”, ni “padres Varela”. Hoy priman otras sensibilidades, otros intereses, como esos que denuncia insistentemente el papa Francisco. Estoy seguro que el Centro no conseguirá (es más, nunca procurará de manera responsable) esa misión que parecía que el Arzobispo le encomendaba. En ese contexto *Espacio Laical* y sus gestores, constituían algo riesgosamente disonante.

Recuerdo la última conversación con alguien de la institución, para referirse a nuestros graves errores. Señalaba la ilegitimidad de priorizar los temas económicos, sociales y políticos, y además, recriminaba la generalidad de los colaboradores que nos había acompañado en la gestión. Enfatizaba que la inmensa mayoría de ellos eran personas “raras”, “desagradables” para el ámbito eclesial cubano y nos mencionó el nombre de varios de ellos. Sin embargo, ante la preocupación pública, y sobre todo ante la interpelación de algunas personas y entidades significativas, hacia las cuales poseen cierto interés, han efectuado algunos eventos análogos a los criticados y hasta han invitado a muchas de esas personas “raras y desagradables” que han participado, con entusiasmo, porque no saben que están siendo utilizadas (en el sentido más mezquino y grotesco del término).

10. AP: ¿Entonces cómo pudo sobrevivir una década?

RV: Por muchas razones. Algunas altruistas, pero la mayoría con un marcado carácter oportunista. Había temor ante el escándalo que pudiera desatar el “fratricidio”. También, durante una etapa, algunos consideraban que, si bien no era legítima, ofrecía ciertos “réditos políticos”. Y no faltaban quienes repelían nuestro trabajo, pero lo empleaban como medio para conseguir, además, “réditos financieros” que, por supuesto, no tendían a beneficiar de manera real y directa nuestro trabajo (siempre castigado, por medio de la precariedad, del no reconocimiento y de la agresión a través de múltiples formas).

11. AP: No obstante, la revista sale de sus páginas y organizan debates presenciales donde los panelistas interactúan entre sí y con el auditorio que siempre colmaba la sala. Luego de esa iniciativa la revista gana más notoriedad. ¿Cómo surge la idea de ese espacio? ¿Cómo eran escogidos los temas a presentar, los panelistas? ¿Cómo era convocada la audiencia?

RV: El espacio físico no fue concebido a priori. Fue un producto de esas relaciones que se fueron creando, que en un momento llegaron a exigir que esas personas no solo dialogaran a través del papel, de la web o un día se encontraran fortuitamente después de haber participado en la revista. Se hizo ineludible y consecuente facilitar el encuentro organizado y sistemático de todos ellos. En tal sentido, hicimos reuniones muy privadas entre personas que habían sido enemigas “a muerte”, donde llegaron a comprender que eran seres humanos, que no éramos ángeles y dominios. También promovimos reuniones amplias, sesiones abiertas para el debate y hasta eventos (de diferentes dimensiones). En fin, resultó una necesidad de las relaciones que íbamos creando. Por otro lado, invitábamos a través de los medios precarios que tenemos todos.

12. AP: ¿Fue como si la revista se hubiese desbordado?

RV: Se desbordó, aunque nunca se fue de los contornos metodológicos que nos habíamos impuesto. Todo el mundo los respetaba. Estimo que la mayor simpatía que había hacia la revista, por parte de quienes se fueron haciendo más cercanos a nosotros, fue la manera que habíamos logrado para que las personas se relacionaran, por encima de las diferencias en cuanto a las ideas, propuestas y cosmovisiones que se expresaran.

13. AP: ¿La presencia de actores considerados persona *non gratas* en otros espacios, como Reinaldo Escobar, Yoani Sánchez, Oscar Espinosa Chepe, generó algún tipo de tensión sobre la revista o a ustedes como editores?

RV: Con Reinaldo he conversado varias veces y siempre ha sido muy afable conmigo. Chepe fue un amigo. Ninguno de ellos tuvo allí una postura que pudiera ser cuestionada bajo los criterios nuestros. De las personas más conocidas del mundo opositor, ninguna tuvo una participación que fuera disonante. La diferencia de opinión nunca ha sido un problema para nosotros. Lo que resulta para nosotros un problema es la imposibilidad de canalizar la diferencia civilizadamente.

14. AP: ¿Se propusieron influir allí en la arena donde se encuentran los diseñadores y ejecutores de las políticas económicas y sociales que afectan a la colectividad?

RV: La revista nació con la idea de ayudarnos entre nosotros, sin pretender hacerles grandes aportes a las autoridades del país. No obstante, se vincularon a ella voces muy autorizadas sobre las temáticas que le

interesan al gobierno. Llegamos a saber que muchas autoridades seguían lo que estas personas escribían en *Espacio Laical*. En la medida que lo supimos pues también integramos dicha intención; pero como una proyección más, no prioritaria.

Tal vez el proyecto tuvo cierta cuota de inteligencia desde el inicio. Sin embargo, nació con mucha inocencia, con bastante candidez y con cierta ingenuidad. Por otro lado, nunca procuró segundas intenciones. Si hubiéramos calculado tanto los intereses de este, del otro, de aquellos, de la institución dentro de la que estábamos, etcétera, quizás nos hubiéramos inventado una vida fácil y cómoda, dentro o fuera de Cuba. No obstante, el proyecto se fue desarrollando y alcanzamos la convicción de que debíamos y podíamos contribuir, de manera humilde y modesta, al bienestar de los nuestros. Y lo pudimos hacer, sobre todo, gracias a las personas que colaboraron con sumo entusiasmo, inteligencia y compromiso. Esto último, tal vez sea realmente la clave que pudo colocar a *Espacio Laical* entre los referentes a considerar, incluso por autoridades.

15. AP: ¿Cuáles eran los principales puntos de coincidencia entre *Espacio Laical* y las autoridades políticas y estatales cubanas? ¿En qué aspectos habían discrepancias? Te digo esto pensando en aquella idea de la Iglesia Católica como actor de la sociedad civil que jugó un papel en la caída de los regímenes socialistas en Europa del Este.

RV: El criterio del núcleo que gestó *Espacio Laical* nunca tuvo la pretensión de desarmar ningún modelo. Cuba tiene una historia muy intensa, muy dinámica, con muchas cosas positivas y con muchas cosas que no logramos y que nos condujeron a una República con deficiencias sensibles. Esta República careció de determinados pilares fundamentales y, por eso, se desmoronó, aunque debemos reconocer toda la experiencia positiva que acumulamos durante esa etapa. Por tanto, llega un proceso revolucionario que intenta dar respuesta a demandas de igualdad, a demandas de justicia, pero que para lograrlo tiene que constreñir espacios de libertad. Doy mi visión sobre todo esto en algo que escribí hace muy poco en un intercambio sobre qué es *Cuba Posible*. Estoy convencido de que debemos estudiar todas nuestras etapas históricas e intentar comprenderlas, para tomar experiencia y así conducirnos mejor en el presente y hacia el futuro. Por eso, nuestra perspectiva se fundamenta en la evolución y no en más rupturas.

Si a esto le quieren llamar transición, pues bien, la palabra transición no es maldita. Sin embargo, tomamos distancia de la noción del término a partir de los cambios ocurridos en la mayoría de los países de Europa del Este. En estos casos se derrotaron regímenes fallidos, pero hubo una tendencia a imponer ciertas oligarquías que controlan dichos países, tan o más mal que aquellos otros, y con intenciones tan, o más negativas, que las de antaño. En mi opinión, esa realidad no constituye un paradigma, aunque puedan mostrar aspectos positivos. En tanto, sostengo que nuestro camino nacional no debe estar signado por “el criterio de derrota”, ni por “la nostalgia en relación con la República que un día se desmoronó”. Nuestra ruta hacia futuro debe consolidar lo conseguido hasta ahora y desarrollar todo aquello que nos falta, y hacerlo con la mayor tranquilidad posible.

En tal sentido, no somos “oficialistas”, pero tampoco “enemigos” del gobierno. Nos consideramos personas con total libertad para opinar y aportar al proceso que vive el país, nos guste más o menos. Del mismo modo, estamos convencidos de que ningún proceso social va a ser como lo prefiere nadie, sino una mezcla de muchas preferencias y de los rigores de cada circunstancia. Con esa apertura entramos a la realidad cubana *desde y con Espacio Laical*.

16. AP: En varias ocasiones ustedes han afirmado que durante su gestión la revista no proyectó un discurso de enfrentamiento al Estado cubano. Sin embargo, percibimos el carácter crítico de muchos de los textos publicados e interesantes discusiones en torno a temas como la posibilidad de la existencia de una oposición leal, y de un modelo pluripartidista. ¿El debate de cuestiones tan susceptibles, considerando el contexto cubano actual, generó algún tipo de tensión que afectara a *Espacio Laical*, a sus gestores o a sus colaboradores?

RV: La revista siempre generó tensiones para nosotros; muy grandes dentro de la Iglesia y menores en el seno de la sociedad cubana actual. Muchos fueron los temas que suscitaban dichas tensiones. Por ejemplo: la cuestión de PCC, que tratamos en dos dosieres y en varios artículos y editoriales. Ahora bien, cabe la pregunta de ¿por qué lo hicimos?, ¿por qué decidimos que podíamos y debíamos, y teníamos el derecho de hablar del Partido? Pues nada: para ayudar, y siempre sin descuidar la búsqueda de la mejor manera para hacerlo.

Al tratar el tema directamente del actual PCC, ni quienes creen que podría existir el pluripartidismo, que es un número reducido de los que trabajan con nosotros, lo propusieron. Sólo advertían la necesidad de una dinámica política más heterogénea y vital, y para ello comentaron potenciales sugerencias. Prevalcían aquellos criterios que solicitaban un partido con un mejor formato de partido, realmente político, más democrático, con capacidad para dialogar con toda la sociedad y entusiasmar e implicar a la ciudadanía. Sobre este tema, he considerado en ocasiones que el artículo 5 de la Constitución le ha hecho daño al propio Partido, porque la hegemonía que tenía que conquistar haciendo política, resulta una prebenda jurídica, lo cual lo ha convertido esencialmente en una maquinaria de control.

Cuba necesita hoy de un quehacer político, y resulta necesario que, al menos, ese partido haga política. Yo soy de los pocos que señalan la posibilidad de instituir el pluripartidismo. Quizás no hay condiciones hoy, pero creo que pudiéramos tener un pluripartidismo en determinadas condiciones. Cuando he estudiado algunos países, son élites políticas las que tienen secuestrados a los partidos y, a su vez, tienen también secuestradas las dinámicas sociopolíticas de los países. Para este propósito no tendría sentido defender el pluripartidismo. El pueblo tiene que contar y tiene que poder; el ejercicio de la ciudadanía no puede ser una mera ficción.

El pluripartidismo concebido así, no lo comparto. Como posibilidad para que las plataformas de diseños políticos se organicen, sí lo defiendo. En el debate que hemos tenido con muchos amigos, hay muchos celos, mucha desconfianza con los instrumentos tradicionales para canalizar el pluralismo político. Muchos no creen que deba haber pluripartidismo, sino que debemos buscar otros mecanismos para que la pluralidad política se instrumentalice y canalice. Quizás ellos tengan más razón que yo, pero ahora no encuentro cuáles pudieran ser esos mecanismos. Quizás si ellos me muestran otras maneras mejores, entonces yo estaría dispuesto a renunciar a este criterio que, como siempre preciso, no tiene consenso entre los colaboradores de *Cuba Posible*.

17. AP: Recuerdo la publicación del documento del *Laboratorio Casa Cuba* y la polémica que generó en algunos espacios digitales ¿Cómo fue tomado ese discurso crítico al interior de la Iglesia? Pese a la ausencia de pronunciamientos oficiales, ¿ustedes supieron a través de terceros algún posicionamiento o repercusión al respecto de algo publicado? No sólo del Gobierno sino de algún actor político o social.

RV: Como resultado de todo el trabajo antes esbozado, llegó un momento en el que dijimos: no basta con que personas con pensamientos diferentes escribamos en la revista, y nos reunamos para dialogar y encontrar puntos de acuerdos y de desacuerdos. Entonces comenzamos a pensar en la posibilidad de probar que actores con proyecciones diversas podían construir algo (o mucho) juntos. Para ello, organizamos

un equipo, donde había republicanistas de diversos signos, socialistas, anarquistas, marxistas. Realizamos varias investigaciones, pero solo salió a luz el documento *Cuba soñada, Cuba posible, Cuba futura...* que lo hicimos con la intención de dar una descripción de república y 23 instrumentos para realizarla, y ponerlo a debate. No como propuesta a implementar, sino para que fuera enriquecido en un debate que casi no fue. No había condiciones para que fuera.

Muchos lo defendieron. Sin embargo, la generalidad coincidió en que no era un paso discordante con nuestras posiciones, metodologías y propósitos, pero señaló que constituía un salto demasiado grande en aquellas circunstancias y que, por eso, generaba demasiadas confusiones y temores. En tal sentido, personas cercanas al gobierno y dentro de la Iglesia consideraron que era una plataforma política partidista. Realmente puede que lo pareciera y quizás hasta lo fuera, aunque esto último desbordaba la intención de los miembros del equipo.

Esto fue el “Laboratorio *Casa Cuba*”, que llegó con un (...) que no pudo quedarse. Alguien nos atacó desde un blog, al parecer oficial, pero fue la Iglesia quien no permitió que siguiera. Prelados, sacerdotes de la curia habanera y miembros de la “curia laical” se consternaron, y algunos hasta se sintieron muy nerviosos, e implementaron un quehacer para explotar el equipo de trabajo, aunque sin ofrecernos argumentos sustentados en convicciones profundas. Como consecuencia, incluso por tres días dejamos de dirigir la revista, hasta que reconsideraron y volvieron a pedir que siguiéramos al frente. Fue un momento de estremecimiento.

18. AP: La revista tendió puentes con la emigración cubana. ¿Qué valor lo conceden a este sector de la sociedad poco presente en la mayoría de los medios y espacios públicos?

RV: Le dimos bastante espacio a la emigración. Creo que la emigración es parte de Cuba. Ya ellos son parte de las dinámicas dentro de Cuba y el futuro lo serán con mayor intensidad. Los emigrados tienen el derecho moral de participar en la realidad cubana y hay que abrirle los canales para que cada vez se integren más a la misma. En tal sentido, se acabó el tiempo en que podíamos considerar un logro que cubanos de aquí y allá se encontraran y dialogaran. Es hora de que todos los cubanos, estén geográficamente donde estén, trabajen juntos en los proyectos internos de la Isla. Se hace imprescindible institucionalizar los canales para conseguirlo.

Hace diez o quince años las rigideces era más grandes, más intensas, más sólidas en todas partes. Muchos que después vinieron dispuestos a compartir el país no hubieran venido. Muchos de los que hoy aquí están dispuestos a compartir el país con los que vengan no estaban dispuestos. Muchos de los que pensamos diferente dentro de la Isla y que no hemos vivido fuera de Cuba y estamos dispuestos a compartir el país, no hubiéramos estado dispuestos. Pero ha transcurrido el tiempo y la crisis nos ha mostrado que compartimos necesidades y peligros, y ha convencido a muchísimos de que sólo la conciliación será el camino. No obstante, esta ruta aún no está consolidada. Todavía falta andadura para demostrar a muchos que la flexibilidad, el encuentro, el diálogo y el acuerdo, son capaces de prefigurar grandes cosas.

19. AP: ¿Por qué en la oficina donde trabajan hay solo cuatro imágenes y todas están relacionadas con la fe católica? Los acompañan Jesucristo, la Virgen María de la Caridad del Cobre, el padre Félix Varela, y en su mesa particular tiene a san Francisco de Asís. ¿Por qué esta selección?

RV: La fe fundamenta y sostiene todo nuestro quehacer profesional y personal. Estas imágenes son importantes porque, de algún modo, contribuyen a mantener alerta en nuestras conciencias y en nuestras mentes los sostenes espirituales que, mediante la oración, prefiguran nuestro comportamiento, nuestro trabajo, nuestras metas, que siempre intentarán evitar el alejamiento de lo constructivo, de lo solidario, de lo justo, del bien.

La presencia de Jesucristo en nuestra faena, también mediante una imagen construida por un artista, resulta necesaria. Nos empeñamos en considerar, en cada momento y en diálogo con Cristo, cuáles podrían ser nuestros mejores pensamientos y análisis, así como nuestras sugerencias y tareas más pertinentes. Él sostiene nuestra lealtad a los fines que nos hemos propuesto y nuestra tenacidad, a toda costa, para trabajar a favor de ellos por medio de la única metodología auténtica que emana del Evangelio: la entrega hasta el mayor de los sacrificios para buscar la vindicación de todos.

Considerar, a través de la fe, que Cristo es Dios mismo me coloca casi estoicamente a su servicio y me hace confiar plenamente en su voluntad. Sin embargo, al procurar conformar mi naturaleza según Él, lo cual ha de ser una responsabilidad de cada cristiano, me perco de su grandeza y me frustro ante la debilidad humana que nos dificulta emularlo (en el mejor sentido del término). Por eso tengo siempre conmigo la presencia de un discípulo Suyo: san Francisco de Asís, tan humano como yo, aunque mucho menos pecador que yo, capaz de hacerme comprender que poseemos la capacidad de parecernos a Jesús.

Siempre que he leído su historia me impresiona y cuando rezo su clásica oración sobre la paz re-construyo mi espíritu. Con estas experiencias, en el año 2012 tuve la oportunidad de estar frente a su tumba y rezar ante ella, lo cual constituyó una experiencia mística que interpeló las esencias de mi naturaleza. Doy gracias a Dios por haber hecho esto posible a alguien que tal vez no lo merecía, aunque sí lo necesitaba para cincelar su camino por la vida. Siempre lo mantengo presente y me interpele ante su testimonio, con el propósito de recordar que existen los pobres y que la pobreza debe erradicarse; que debo estar dispuesto a renunciar a todo y soportar la más absoluta miseria, incluso el desprecio y la difamación, si con ello contribuyo al bien de los demás y a la defensa de mis convicciones; y que al desarrollar mi capacidad, siguiendo el consejo de Jesús a sus Apóstoles, para ser astuto como serpiente en la búsqueda de mis propósitos, tenga igualmente la tenacidad de mantener la fortaleza para, como también señala Cristo, ser manso como paloma. De esto san Francisco ofreció grandes testimonios.

Y procuro todo esto para servir mejor a mi familia, a Cuba, a cuantos lo necesiten en cualquier parte del mundo y a la Iglesia. Por eso hemos colocado en un sitio especial un tallado de la Virgen del Cobre; madre de Jesús, de la humanidad, de la Iglesia, de Cuba, de nuestras familias y de nuestras personas. La imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de la Isla y casi un símbolo de la nacionalidad, se presenta auxiliando a tres nativos, de diferentes razas, que comparten un endeble bote, en medio del mar, donde procuran los medios para una modesta sobrevivencia, y son sorprendidos por una tormenta. Así ella nos indica el desafío de construir a Cuba, que implica sostener la igualdad y la comunión en la diversidad, pero esforzándonos para consolidar una realidad serena, no tormentosa como esas aguas, y con medios sólidos, no como aquella frágil embarcación. Por otro lado, señala que el desarrollo de esta nación debe estar signado por los ideales, principios y convicciones que emanan de la caridad evangélica. En mi opinión, entre estos se encuentran: la libertad responsable, la humildad, la magnanimidad, la solidaridad sobre todo con los más débiles, la socialización de la riqueza y la justicia “toda”.

Del padre Félix Varela aprendí, e incorporé, que este patriotismo consiste en procurar en todo momento el mayor y mejor bien posible, siempre a través de medios también positivos; y que para hacerlo correctamente debemos compartir la vida con toda la sociedad y aprender de sus conocimientos y comprender sus necesidades, y estudiar con rigor, así como orar intensamente y ponerse al servicio de todos. Santa Teresita de Jesús (no santa Teresa, la grande) esbozó una idea extraordinaria cuando afirmó que: *en cada instante, en el cual aportamos una pizca de bien, por medio del bien, estamos participando de forma sublime de la eternidad y la hacemos presente en dicho momento*. Desde que conozco esta formulación sabia de esta buena cristiana intento que se consolide como el referente principal de todos mis esfuerzos.

Cuba Posible, 2017

José Raúl Gallego: ¿Cuál fue el papel de *Cuba Posible* (y particularmente su directiva) en el proceso de acercamiento entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos?

Roberto Veiga González: Muchas personas, más que instituciones, participaron de ese proceso. Sobre todo, para hacerlo posible como acontecer. Sin embargo, siempre apunto que su concreción, en lo esencial, dependió del arrojo de Raúl Castro y Barack Obama. Pensar otra cosa es equivocarse, no saber, hacerse como quien no comprende, o algún oportunismo. Decisivos fueron también los equipos negociadores de ambas partes, lo cual resulta una historia que tal vez en algún momento sea contada de modo suficiente, al menos en aspectos importantes. Pero además resultaron muy (pero muy) importantes muchos otros actores que intentaron impulsar, dar cuerpo y prefigurar ese proceso. Entre ellos debo destacar el excepcional trabajo de diplomáticos de los dos países. Si bien todo esto no encontró el respaldo suficiente, sobre todo en la Isla, de la “comunidad política, ejecutiva”.

Cuba Posible tuvo en ello un desempeño modesto, pero logró atravesar todo el proceso, desde los antecedentes hasta los estiércoles, además de manera interesante, fascinante. Pero esto no fue algún tipo de privilegio, sino una consecuencia.

Si la empresa hubiera sido juntar estadounidenses y cubanos para gestionar ayuda humanitaria hacia un país en catástrofe, hubieran solicitado el concurso de otros estadounidenses y cubanos. Igualmente, si hubiera sido organizar una “invasión militar” (que jamás ocurrirá) a la Isla. La cuestión es que hicieron falta estadounidenses y cubanos decididos a un arreglo (tanto bilateral, como entre cubanos).

Siempre he defendido la distensión y el encuentro entre cubanos y entre la Isla y el mundo, en particular con Estados Unidos. A partir de 2005, al asumir como editor de *Espacio Laical*, esto fue incorporado por su consejo editorial y perfilado como política. De inmediato progresaron los vínculos con cubanos que también pretendían esto, en la Isla y en la emigración, y con amplios e importantes sectores estadounidense a favor de ello. Por años trabajamos juntos y mucho. Innumerables fueron estas labores. Por ejemplo, por sólo mencionar una, cada año realizamos en Estados Unidos una Jornada pro normalizadora que no eran meramente formales, simbólicas, como suelen ser las cosas de esta índole.

Durante ellas trabajamos, por ejemplo, con el Departamento de Estado y asesores de la subsecretaría de Estado, miembros demócratas y republicanos de la Cámara de Representantes, miembros del Grupo de Trabajo sobre Cuba de la Cámara de Representantes, asesores para América Latina del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de la Unión. Asimismo, por ejemplo, tuvimos varios encuentros con directivos de Brookings Institution, académicos de American University y de la Universidad Internacional de Florida, colaboradores de la Fundación WOLA, el director del FMI para el hemisferio occidental, y la directora para América de Amnistía Internacional. Y el Diálogo Interamericano que, desde los tiempos de *Espacio Laical*, ofreció acogida honesta, apoyo cierto y rumbo despejado.

Con los años, muchos de los estadounidenses que conocimos en estos empeños fueron actores decididos de la normalización de relaciones “Raúl Castro/Barack Obama”. Incluso, teníamos amistad sólida con personas que estuvieron alrededor de una mesa, una noche, cuando inició en Estados Unidos la idea de instaurar este proceso. Además, intenso fue el vínculo en esa etapa.

Por ejemplo, conversamos muchísimo sobre ello, aunque sin que nadie nos comunicara formalmente del acontecer, durante sus estancias en Cuba y las nuestras en Estados Unidos. Supe, a mediados de 2013, que podría haber un canje de prisioneros. Organicé, a fines de 2013, una reunión de una estadounidense importante que deseaba encontrarse con el Arzobispo de La Habana para otear la disposición de la Iglesia a favor de un probable proceso de tal índole. En marzo de 2014 nos entregaron en Estados Unidos, a Lenier González y a mí, la carta de autoridades estadounidense pidiendo el apoyo del papa Francisco a estas gestiones. De pronto supe, por esta propia carta, que un oficial de la seguridad cubana preso en la Isla, por trabajar para los servicios secretos estadounidense, de quién conocí bastante, podía ser intercambiado por “los cinco”. A mediados de 2014 comenzamos a preparar un evento que realizamos en Washington, en enero de 2015, que debía tener lugar después que sucediera algo importante a fines de 2014, si bien no conocíamos qué ocurriría en esa fecha. Fue el primer encuentro entre actores de los dos países después del anuncio de la normalización. O sea, bastante información poseíamos y demasiada era nuestra implicación.

Después, durante algún tiempo, trabajamos mucho. Reuniones para explicar, convencer, solicitar, defender, juntar. Nada relevante, pero tal vez sí de interés para algunos. Sin embargo, no entraré en detalles al respecto, porque todo aún resulta reciente y ello también es “patrimonio” de todas esas otras personas.

En última instancia, el papel más importante de *Cuba Posible* fue demostrar que, inclusive, aquellos considerados la “oposición leal” en Cuba apoyamos y apoyaríamos las decisiones de ambos gobiernos en rumbo a una mejor y más eficaz relación bilateral.

Por otra parte, sí comentaré un instante que no olvido. Justo una semana antes del 17 de diciembre de 2014, cuando ya todo estaba conveniado, pero nosotros no conocíamos lo que sucedería ese día, fuimos invitados a conversar por el Embajador de Estado Unidos en la Isla. Asistimos Lenier González y yo, y charlamos cerca de tres horas con él y algunos colegas suyo. Recuerdo que al final me preguntó: “¿Qué le pedirías en este momento al gobierno de mi país”? Le respondí: “Un gesto grande muy grande con Cuba, que nos permita probar si somos capaces de arreglar nuestros problemas”.

José Raúl Gallego: ¿Conocía de ese oficial cubano en prisión?

Un alto prelado de la gestión universal de la Iglesia, destacado en Cuba, lo asistía en la prisión, a través de visitas y por medio epistolar. Cuando ya culminaba su labor en la Isla, por alguna razón, pretendió que yo continuara ese acompañamiento. Con cierta sugestión acepté y comenzamos a prepararme para ello. Nunca llegué a visitarlo, pero en la preparación encontré a una persona de suma inteligencia, formación y estabilidad. Muy cerca del instante en que nos vincularíamos directamente, un obispo cubano impidió que esto ocurriera, alegando que era difícil justificar pastoralmente que fuera yo quien lo atendiera y que, en algún momento, ello me traería dificultades con el gobierno. De seguro fue sensato.

José Raúl Gallego: ¿Participaron en el proceso de normalización como actores de la mediación de la Iglesia Católica?

A partir de la intervención del Cardenal Arzobispo de La Habana con motivo de lamentables sucesos con el grupo opositor denominado “Damas de blanco”, inició un proceso de diálogo entre el gobierno y la Iglesia (2010-2012), en el cual muchos cifraron grandes esperanzas que no pudieron satisfacerse. En aquel momento, resulta evidente, Raúl Castro consideró la conveniencia de reconocer un interlocutor interno. La Iglesia Católica era la única institución fuera del sistema que, además, no había tenido algún tipo de connivencia con el Estado y, también, constituye una institución universal e históricamente reconocida. En tanto, esa era la más idónea.

El núcleo de *Espacio Laical* decidió acompañar el proceso y, en alguna medida, cooperamos mucho con el Cardenal Arzobispo de La Habana. Sin embargo, aunque lo hicimos como católicos y desde una entidad de la Iglesia, lo cual benefició el cometido de la institución, jamás las autoridades eclesiales nos pidieron tal desempeño. Y, una vez debilitado el proceso, algunas de ellas prefirieron dejar claro que lo realizado era sólo incumbencia personal de nosotros. Si bien el Cardenal siempre conoció y asintió, previamente, cada detalle de lo que emprendimos. La Iglesia, con todo derecho, nunca nos legitimó como actores eclesiales, ni apoyó nuestra participación en otros procesos sociales.

Pero aún en *Espacio Laical*, ya se negociaba entre delegados de Raúl Castro y Barack Obama, y de este proceso devino el apoyo a nuestra proyección. Al parecer, durante la negociación secreta se había manejado la necesidad de que actores independientes cubanos pudieran desarrollar una participación en la esfera pública del país y se llegó a cierto acuerdo acerca de personas que ya tenían alguna historia al respecto, siempre que fuera posible probar, por ambas partes, que, en estos menesteres, nunca habían trabajado para ninguno de los dos gobiernos. Nosotros fuimos de esos actores que recibieron “cierta licencia”, aunque jamás nos comunicaron nada y no sabemos quiénes otros formaron parte de los beneficiados. También conocemos que fueron estadounidenses relevantes quienes presumieron potencialidades en *Cuba Posible* e insistieron en el bienestar que podría ofrecerle a la sociedad cubana.

Agradezco sobremanera el reconocimiento y apoyo, siempre respetuoso y delicado, por parte de influyentes y poderosos estadounidenses. Pero ello posee un costado lamentable, ajeno a quienes desde Estados Unidos nos consideraron de esa forma. Resulta frustrante que el sitio de *Cuba Posible* en la realidad cubana provenga de importantes sectores norteamericanos, mientras era escatimado en la Isla por quienes deberían garantizarlo, acogerlo.

José Raúl Gallego: ¿Durante esa etapa participaron de algún diálogo con autoridades cubanas o funcionarios del gobierno?

Roberto Veiga: No fuimos actores legítimos de la Iglesia en tal proceso. Aunque, dada la agenda que desarrollamos al respecto, en varias ocasiones coincidimos con algunas personas de ese entorno y siempre intercambiamos ciertas consideraciones. Estimo que representaban con lealtad al jefe de Estado, además con excelente formación y sensibilidad política. Siempre fueron y fuimos extremadamente respetuosos y francos.

José Raúl Gallego: Desde la distancia ¿cuáles considera que fueron los aciertos y desaciertos en ese proceso de acercamiento entre Cuba y Estados Unidos, sobre todo pensándolo desde la intención de contribuir a un proceso de democratización de la sociedad cubana?

Toda distensión resulta piedra angular de la democratización. Por ello se hace imprescindible entre cubanos, si bien, dado nuestro itinerario, pareciera que no habría por qué esperarlo. A la vez, ninguna democratización será estable sin una distensión entre los poderes de la Isla y de Estados Unidos. Esto último, en nuestro caso, es una condición cuasi natural.

La cancelación de ese proceso llamado normalización y los lineamientos del PCC, afectó de manera descomunal al país, mancilló una realidad social muy cubana dispuesta a procurar la solución de los problemas comunes, y derrotó al propio Raúl Castro, aunque éste mantenga todo el poder.

Él comprendía la necesidad de reformas, aún dentro de las coordenadas del propio sistema, que no asumiría de manera amplia. Pero se impuso reforzar condiciones para que sus “herederos políticos” la realizaran con posterioridad. Entre ellas se encontraban, el logro de una economía eficiente, una mayor eficacia de

las instituciones del Estado, y una multilateralizarían de las relaciones internacionales que sería dispuesta a favor de las transformaciones internas. Sabía, además, que todo ello tenía una condición esencial, pues no sería factible ni estable sin normalizar los vínculos entre Cuba y Estados Unidos. Por ello, validar tales cancelaciones fue renunciar a un legado propio, acorde a las exigencias de su período en la jefatura del Estado.

No puedo conocer por qué lo hizo, cuáles razones pudieron concurrir para ello, cuál fue su intención. Sin embargo, reconozco que un conjunto de circunstancias lo colocaban en desventaja, en torno a la única metodología que aceptaba: “sin prisa, pero sin pausa”.

Por ejemplo, la negociación debió realizarse de forma secreta, lo cual no permitió cuajar consensos previos dentro de la oficialidad. Desde el anuncio mismo, unos sectores oficiales celebraron y otros sintieron una especie de luto. La escasa disposición para reducir el protagonismo de los “sovietistas” del sistema. La preocupante incapacidad que mostraban las instituciones de la Isla para beneficiarse de una relación con Estados Unidos, como, por ejemplo, la vinculadas a la agricultura y al comercio. El desarrollo de la autonomía económica, cultural y política que propiciaba la nueva realidad. La falta de experiencia oficial para un discurso y alcanzar concertaciones en torno a las dinámicas emergentes. El éxito político del presidente Obama en su visita la Isla.

Estas, y otras circunstancias, esbozaban un escenario que muy pronto desbordaría ese corsé procesal, que no deseaba detenerse, pero a un ritmo (sin marcha). Consideraron entonces que nuevamente deberían ganar tiempo, mas lo perdían.

Este declive se desató, en la Isla, al culminar Obama su discurso en La Habana. No se desenlazó desde Estados Unidos, ni fue Donald Trump, si bien después todo se ensombreció con él. Incluso, a mediados de 2017, tuve la oportunidad de encontrarme con un asesor importante y directo de Trump, quien además había participado en la organización del acto sobre Cuba en Miami, en 2017, y en el diseño de aquel discurso del inquilino de la Casa Blanca. Le ratifiqué mi reprobación por todo aquello, lo cual era público desde que culminó dicho espectáculo. La conversación fue muy distendida.

Me aseguró que aún su gobierno podía modificar el rumbo de sus relaciones con la Isla, pero era necesario actuar pronto, pues el tiempo político para hacerlo era breve. Afirmó que ellos podrían lograrlo con sólo tres acciones por parte del gobierno cubano. Las enumeró: ampliación cualitativa del acceso a internet por parte la ciudadanía; comenzar a institucionalizar una economía mixta en su acepción más plena posible; y que cada escaño al parlamento sea ocupado por medio de elecciones donde la ciudadanía escoja entre, al menos, dos candidatos, aunque en todos los casos estos sean nominados por el propio PCC.

Por su locuacidad, aquellas palabras no me parecían improvisadas. Pero era imposible intentar promover aquello. El mandatario estadounidense posee una personalidad compleja, no advierto si ese equipo hubiera podido sostener esta opción, en la Isla una especie de “sovietismo trasnochado” había estigmatizado la normalización de relaciones entre ambos países y la propia reforma “raulista”, y ya estaban contados los días de sobrevivencia de *Cuba Posible*.

José Raúl Gallego: ¿Por qué aceptó Raúl Castro la visita a Cuba de Barack Obama, que sería una especie de colofón, si ya sentía tal desventaja?

No conozco qué pensó, sintió, sino lo sucedido, y con escasas condiciones para interpretarlo. Evidentemente, a pesar de que ya estaba decidido en otra dirección, concluyó el protocolo simbólico a favor de la normalización entre ambos países y, de algún modo, legitimado por él. De esta manera, al menos eso, ya quedó incorporado.

José Raúl Gallego: Raúl Castro inició un proceso de reformas económicas que luego fue congelado y en cierto modo revertido. Algunas de las reformas económicas que necesitaba la sociedad cubana no avanzaron con la flexibilización de Obama, sino que se han anunciado ahora en el contexto de las presiones de Trump y el coronavirus (eliminación del gravamen y de la lista de actividades del TCP, creación de Pymes, capacidad de importación para formas no estatales). Si Biden resultara electo existe la posibilidad de un retorno a “la vía Obama” en un contexto en que la figura de Raúl Castro mantiene la cohesión de la cúpula de poder en Cuba ¿cuál considera que debiera ser la posición de ese gobierno de manera tal que propicie un mejoramiento en materia económica y de derechos para la sociedad cubana y no solo un apuntalamiento económico del Gobierno que pudiera facilitarle un tránsito hacia un modelo autoritario?

Todo será casi imposible sin unas relaciones internacionales orientadas al desarrollo y la estabilidad de las transformaciones internas. Pero ello exige una normalización de relaciones entre Cuba y Estados Unidos. De lo contrario, será difícil que el país consiga las condiciones de estabilidad y bienestar.

Se concebía que el mundo apoyara a Cuba para que estuviera en condiciones de realizar las reformas. Pero el “portazo” a la política de Barack Obama hacia la Isla convenció a los poderes internacionales de que esa política es exigua. Por ello, es muy probable que de ahora en adelante el camino sea inverso: serán las transformaciones en Cuba las que están llamadas a ser un pilar para la cooperación internacional.

En tanto, cualquier política de normalización con Estados Unidos debería concebirse en beneficio de las reformas que demanda el país. Además, debe procurarse una relación con los ámbitos estadounidenses propensos a la negociación y también con aquellos otros que recelan de la misma. Única manera de alcanzar una relación estable, cierta.

Considerar que cualquier negociación con Estados Unidos podrá retomarse en el punto donde fue cancelada por Cuba durante la era Obama, sería un error que debemos evitar.

Comprendo que personas, con las mejores intenciones, aspiran al “colchón blando” de Obama y para abrirle camino colocan toda la responsabilidad en Trump. Lamentablemente, no fue así, y muchísimos de los implicados en Estados Unidos con esa etapa serían quienes prefiguren el nuevo acercamiento, si los demócratas ganaran las elecciones de noviembre.

Estos se verán forzados a una revisión de los fracasos en aquellas gestiones, por razones humanas y también políticas. A muchísimos de ellos les costó en su país el vínculo con la Isla y en algunos casos tuvieron que pagarlo de un modo muy parecido a como se pagan esas cosas en Cuba. Igualmente, no faltan, entre ellos, quienes estiman que sin una modificación de estructuras en la Isla no sería posible (no ya ideológicamente, sino práctica y funcionalmente) un acople entre los dos países (en lo económico, en lo civil, etcétera), que beneficie a la sociedad cubana, no meramente simbólico.

Incluso, en este sentido, algunos estiman que el gobierno cubano debería dejar claro si lo que busca es un status de relación entre los dos gobiernos que cancele la confrontación y, de este modo, le haga fácil el acceso al “sistema mundo”, pero sin vínculos reales entre ambas sociedades.

Espero que por ningún cerebro orbite algo tan banal. Será imprescindible una relación genuina. Lo cual recomienda que, de ocurrir tal proceso, los gobiernos impliquen, de inmediato, a la sociedad civil de ambos países, y de modo protagónico, no de alabardero.

Lo que podríamos denominar la “comunidad” de *Cuba Posible* está dispuesta a servir nuevamente al país, en esta hora suprema, no sólo en cuanto al ajuste de relaciones entre ambos países. Estamos forzados a procurar que las necesidades y sueños de tantísimos cubanos no se conviertan, definitivamente, en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

Agosto de 2020

Raudiel Peña: ¿Qué representó en tu vida *Cuba Posible*?

Roberto Veiga: En el año 2000 un grupo de colegas acogíamos la metáfora de *Casa Cuba*, autoría de monseñor Carlos Manuel de Céspedes, descendiente del Padre de la Patria e importante sacerdote e intelectual de nuestra contemporaneidad.

Esta nace de una magnífica conferencia de monseñor Carlos Manuel de Céspedes en una sesión de la Segunda Semana Social Católica, celebrada en La Habana en 1994. Dicha conferencia posteriormente sería publicada en formato de libro con el título *Promoción humana, realidad cubana y perspectivas*, en 1996. Además, resultó enriquecida por este sacerdote en innumerables ensayos, conferencias y discursos.

La historia de esta metáfora disfruta de un momento especial, durante la visita del papa Juan Pablo II a Cuba, en 1998. Como es costumbre, los mensajes, discursos y homilias de cualquier Papa cuando visita algún país, suelen ser el resultado de una negociación entre el Episcopado del lugar y la Santa Sede. En tal sentido, los obispos del país a visitar y los peritos designados por estos, ofrecen consideraciones al Sumo Pontífice y al equipo que lo ayuda en la preparación pastoral del viaje. En este caso, monseñor Carlos Manuel de Céspedes asesoró acerca del discurso del Papa polaco a los intelectuales cubanos en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 23 de enero de 1998. Por ello, aunque sin mencionar la metáfora, ese día Juan Pablo II esculpió los fundamentos cardinales del ideal de *Casa Cuba*.

En su discurso el Pontífice propuso buscar una “síntesis” en la cual todos los cubanos puedan identificarse y construirla alrededor de la “gradualidad”, entendida como metodología cívica. Para ello abogó por una educación para la libertad y la responsabilidad, capaz de favorecer una convivencia social que, a través del diálogo fecundo, dinamice un Estado de Derecho, sustentado *en* y orientado *hacia* la justicia, la libertad, el humanismo y la solidaridad. En este sentido, recordó la rica herencia aportada por Félix Varela y José Martí, antorchas fundadoras de la nación.

Cuando nos ocupamos de la revista *Espacio Laical*, en el año 2005, nos dimos a la tarea de ponerla al servicio de estas metas. Según el mandato del Arzobispo de La Habana, esta publicación (llamada a sustituir otra publicación anterior denominada *Espacios*) debía convertirse en una revista al estilo de *Treinta Días*, de Giulio Andreotti (quien fuera primer ministro italiano). Esta revista posee una fuerte identidad católica y siempre se propone una visión católica de la cultura, la economía, la política, la sociedad. Sin embargo, los gestores de *Espacio Laical* consideramos que no debía ser así. Estábamos seguros de que en Cuba hacía falta algo que más tarde, durante su visita a la Isla en 2016, el papa Francisco llamó: “amistad social”. Por eso comenzamos a convertir la revista en un espacio para que se expresara y encontrara la pluralidad.

Para lograrlo nos empeñamos en tres propósitos. Primero, que se expresara la pluralidad de cubanos que vivían y viven en la Isla y en el extranjero. Segundo, que todos fueran presentando sus puntos de vista sobre los tópicos medulares de la nación. Y tercero, que toda esa pluralidad se relacionara positivamente. Para esto último se impuso un decálogo de máximas. La primera señalaba que cuando se criticara a alguien se hiciera de manera que el cuestionado pudiera responder de forma positiva, para crear puentes y no trincheras.

Entre los años 2005 y 2014, en *Espacio Laical* fueron tratados y debatidos todos los temas relevantes del proceso cubano, siempre desde una lógica de encuentro y diálogo respetuoso. Además, este trabajo articuló una red que resultó en provecho de los objetivos del proyecto. Quizá su mayor contribución fue convencer a muchísimos de que, ante nuestras necesidades y peligros, sólo la conciliación será el camino.

La tesis de licenciatura en periodismo del destacado intelectual David Corcho Hernández, quien se graduó en 2013, versó acerca del intrínquilis de la revista *Espacio Laical*. El autor publicó un breve resumen de la misma en el No. 84 de la revista *Temas*, correspondiente al trimestre Octubre-diciembre de 2015. Su trabajo fue titulado: *Visiones sobre el bien común: el discurso público de Espacio Laical*. En un fragmento del artículo sostiene:

Casi todas las fuentes entrevistadas coinciden en que el proceso de cambios económicos y sociales que acontecen en Cuba desde mediados de los 2000 influyó decisivamente en el nacimiento de *EL*. En este contexto, los llamados al diálogo hechos por el presidente Raúl Castro fueron muy bien atendidos por el Arzobispado de La Habana. Y la Iglesia, siempre pendiente del ánimo del gobierno, pudo haberlo interpretado como el momento para dar un paso más atrevido en su política secular de influencia social. Aunque antes debían lograr un pacto tácito de buena convivencia con las autoridades.

Estas causas —un nuevo clima político, un grupo de clérigos y laicos preocupados por influir en los asuntos públicos, y un pacto de buena vecindad con el gobierno cubano— hicieron ver a grupos de la sociedad civil que *EL* era un lugar posible de expresión, que contaría con la tolerancia del Estado y también del Episcopado. Personas de distintas ideologías acudieron a las páginas de la revista y con sus debates y presencia recurrente demostraron que a veces es posible el entendimiento racional sin negar las diferencias; e incluso, que hacer explícitos los disensos, a menudo, resulta mejor que opacarlos o postergarlos.

La política editorial de la revista no solo ha sido una prueba de que criterios sustancialmente distintos pueden construir un discurso público donde se hagan visibles los acuerdos tanto como los desacuerdos, sino que también supone una brillante estrategia de los gestores de *EL*, quienes, al utilizar el principio del pluralismo y la libre expresión, han logrado introducir en el debate político los puntos de vista de una parte de la Iglesia cuyas ideas permanecían en penumbras.

Esas propuestas, en la voz de los intelectuales católicos, son escuchadas y no simplemente toleradas, porque viajan de la mano de sus contrapartes en un producto comunicativo plural. Y no son juicios faltos de razón: en ellos se hace ver la inteligencia y la sensatez, el ofrecimiento claro y fundado de un proyecto de sociedad. Es evidente que todo esto ha sido muy bien planeado, fruto de la meditación.

Una intencionalidad política semejante no concuerda con las posibilidades más bien modestas de una simple revista. Esto puede ser explicado, tal vez, porque además de haber sido un medio de comunicación, *EL* ha cumplido otras dos funciones: primero, fue algo parecido a una institución política, en tanto a falta de mejores ámbitos, asumió el papel de representar a sectores de la sociedad cubana dispuestos a examinar aspectos controvertidos de la actual reforma, que han quedado pospuestos por un debate público amparado por la oficialidad; en segundo lugar, porque la revista guarda semejanza con los llamados *think tanks* (tanques pensantes). Sería demasiado apresurado declarar que *EL* pretendió ser una organización de este tipo, sin embargo, es posible encontrar en sus páginas proposiciones muy detalladas sobre los pasos más convenientes, la filosofía y el rumbo deseable de la reforma. Por otra parte, no ha sido necesario profundizar demasiado en el discurso y las entrevistas para advertir un deseo latente en muchos autores por influir, de cierto modo, en la política. No debe extrañar que ocurra de esta manera: desde Platón, por lo menos, algunos

pensadores han sentido la necesidad de introducir, en los dominios del Príncipe, las ideas guardadas en sus cabezas, pues es habitual que los intelectuales se sientan inconformes con el estado de las repúblicas. Y a falta de mejores instituciones en Cuba, la revista vino a suplir —hasta cierto punto— las funciones de una institución política en sentido recto. (pp. 104-105).

Sin embargo, todo este quehacer encontró desaprobación por parte de los sectores más radicales de todos los signos políticos-ideológicos de la nación. También dentro de la institución que patrocinaba el proyecto surgieron tensiones que fueron intensificándose y llegaron a dificultar, en exceso, la posibilidad de gestionar estos propósitos. Por ello, el 10 de junio de 2014 culminamos nuestras labores en *Espacio Laical*.

No obstante, la generalidad de los miembros de la red (cubanos de la Isla y de la emigración y extranjeros comprometidos con el devenir cubano) insistió en que no podíamos dejar de trabajar en favor de tales fines. Como resultado se generó un intercambio grande de mensajes y reuniones entre amigos, que hicieron posible definir la manera de continuar aquella faena, incluso con un salto cualitativo.

De esta forma, el 8 de septiembre de ese mismo año, cuando se festejaba el día de la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, inició los trabajos el “Laboratorio de Ideas *Cuba Posible*”. Este se propuso contribuir a un proceso intenso y gradual de integración de toda la pluralidad a la institucionalidad de nuestra República.

Raudiel Peña: ¿La proyección en *Espacio Laical* tuvo antecedentes?

Roberto Veiga: Como suele ocurrir, esa proyección tiene antecedentes, los cuales también poseen otros. Con esta misma identidad sociopolítica proyecté mi desempeño en la revista sociocultural católica *Presencia*, en Matanzas, desde el año 1996 hasta el año 2000; y en el Cátedra “Juan Pablo II”, entidad que organizamos, en esa ciudad, para el estudio de la Doctrina Social Cristiana, de la Filosofía Personalista y de la Historia, así como para el diálogo sobre la realidad cubana y mundial. Pude participar en estos quehaceres, en esa época, de manera activa y protagónica, gracias a la acogida, a la confianza y al apoyo que me ofrecieron importantes laicos católicos del lugar, que me conocían desde pequeño; lo cual recuerdo como un regalo y con suma gratitud. Después, con idéntica impronta, integré durante varios años el Consejo de Redacción de la revista *Palabra Nueva*, órgano oficial de la Iglesia habanera, y coordiné la Comisión de Justicia y Paz en la Arquidiócesis de La Habana.

De este modo, en el segundo semestre del año 2005, quedé encargado del desarrollo de la revista católica habanera *Espacio Laical*, que no debía proyectarse como una publicación oficial de la institución. Aquí alcancé la mejor síntesis posible entre mi identidad cubana, cristiana y sociopolítica, y el trabajo a favor de Cuba; lo cual me condujo por senderos insospechados, posteriormente me empujó a la constitución del Laboratorio de Ideas *Cuba Posible* y, al menos hasta ahora, me coloca ante mi peculiar situación presente.

Raudiel Peña: ¿Cuál fue la naturaleza del trabajo del Laboratorio de Ideas?

Roberto Veiga: La naturaleza institucional de *Cuba Posible* posee un carácter *sui generis*. El Laboratorio de Ideas no constituye una plataforma política ni una organización civil ni una entidad académica. Pero incorpora elementos políticos, civiles e intelectuales y los pone en relación; además sin usurpar el rol de las entidades políticas, civiles y académicas establecidas. Puedo escoger opiniones de tres de intelectuales que, desde puntos de vistas diferentes, aportan diagnósticos sobre este sendero.

Ovidio de D'Angelo, investigador del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), concibe a *Cuba Posible* como “un espacio aglutinador” que contiene en sí, potencialmente, “una plataforma de

diálogo nacional”. Afirma O. D’Angelo: “Se trata de un proyecto inclusivo, en el que caben diferentes corrientes de pensamiento y de acción política no definidos por el obsecado desmantelamiento de todo lo realizado en el período revolucionario (a pesar de sus extremos, limitaciones y desaciertos en varios campos). *Cuba Posible* promueve la crítica –dura en ocasiones, pero constructiva e inclusiva de todos los sectores del país- hacia propuestas de una sociedad mejor.” Por ello, el autor quisiera ver en *Cuba Posible* la posibilidad de convocatoria de una “Plataforma de Encuentro Social” amplia y contando con otros diferentes proyectos-movimientos de carácter constructivo y propositivo. (Cuaderno No. 73, pp- 28).

El economista Pedro Monreal considera que las funciones de *Cuba Posible* tienen una connotación política directa, pero no consiste en que funcione específicamente como una entidad que se ocupe de “hacer política”, ni siquiera en su modalidad básica de fraguar “representación política” y, mucho menos, en su variante de “concertar” actores políticos. “La conexión de *Cuba Posible* con la política se produce a un nivel distinto: operar como un espacio donde se genera opinión ciudadana”. En ese sentido, señala, pudiera argumentarse que, más que proveer un “bien político”, su función esencial consiste en proporcionar un “bien público” en la Cuba actual.

Otro elemento que indica Monreal es el referido a la política de “no alineación” partidista de *Cuba Posible*; hecho que ha resguardado su independencia a lo largo de estos años. Afirma que, si bien es cierto que, en general, las plataformas/espacios de debate político tienden a reflejar posiciones ideológicas y programáticas de grupos políticos, es un hecho que muchas plataformas de debate político no son “orgánicas” a grupos políticos específicos. Para Monreal, “los marcos de *Cuba Posible* funcionan como una especie de confederación intelectual muy elástica, que incluye diferentes posiciones teóricas y perspectivas ideológicas diversas; diferencias que a veces son significativas”.

Y concluye Monreal: “Creo que lo que hace atractiva una plataforma como *Cuba Posible* es que –a diferencia de otros “laboratorios de ideas”- se propone con igual intensidad tratar de influir más o menos directamente sobre “quiénes deciden” y, al mismo tiempo, se ocupa de darle “densidad” al debate público en temas claves. Es decir, coloca temas y propuestas que permiten ampliar tanto la evidencia como las visiones normativas que en principio pudiesen informar las acciones no solo del gobierno, sino también de otros actores sociales y políticos. En el plano político, particularmente en cuanto al tipo de ordenamiento político en el que *Cuba Posible* debería interactuar con otros actores durante el proceso de transformación social del país, la posición del proyecto ha sido clara: debería funcionar en el marco de un Estado de Derecho. *Cuba Posible* no se ha planteado el avance del Estado de Derecho actuando como un actor político directo (“representando” y “concertando” actores políticos), sino desarrollando la capacidad de la sociedad civil para poder avanzar hacia un modelo de Estado de Derecho que incluya el ejercicio de todos los derechos humanos”. (Cuaderno No. 73, pp- 28-29).

Una tercera perspectiva de está relacionada con los “tipos de actores que participaron” de los foros de *Cuba Posible*. Para el ensayista e historiador Rafael Rojas, quizás el más importante investigador en temas de historia intelectual cubana, la relevancia de *Cuba Posible* pasa por una capacidad demostrada de colocar a dialogar, en un mismo foro, a sujetos nacionales diversos en un contexto de complejización y pluralización de la esfera pública cubana. Afirma Rojas: “El proyecto *Cuba Posible* se inscribe en el proceso de complejización que vive la sociedad civil cubana desde los años 90, y que se acelera entre 2011 y 2012 con las reformas económicas emprendidas por el gobierno de Raúl Castro. El sentido de esa complejización podría caracterizarse, desde el corpus de la teoría de las transiciones democráticas de fin de siglo, como una lenta y gradual desagregación y autonomización de sectores sociales, antes adscritos a la esfera del Estado”.

Afirma Rojas: “*Cuba Posible* proviene de vínculos fuertes con el Arzobispado de La Habana y del laicado cívico cubano, desde el periodo de la revista *Espacio Laical*, justo cuando la Iglesia católica refuerza su

presencia en la Isla, entre las visitas de Juan Pablo II (en 1998) y Benedicto XVI (en 2012). Ejemplifica muy bien la negociación entre “cambio institucional y continuidad legal”, propuesta como mecanismo típico de las transiciones democráticas por el estudioso de la sociedad civil Andrew Arato, profesor de la *New School* en Nueva York”. (Cuaderno No. 73, pp- 29).

Raudiel Peña: ¿Qué crees que faltó por hacer o decir desde *Cuba Posible*?

En su momento hizo y dijo todo lo que le correspondía. Por ello desató una especie de “pelea salvaje” en torno a nosotros que condujo a suspender los trabajos.

Cuba Posible dejó una especie de comunidad. Por supuesto que no a través de dinámicas estables. Pero sí un ligamen, un hábito compartido. Hubo colaboradores, con aportes importantes, que se acercaban o alejaban en dependencia de percepciones propias. Sin embargo, existió un grupo, amplio y diverso, con diferentes modos de participación y compromiso, que fueron los hacederos de tal aventura. También estos, en algunos casos, se movieron hacia una mayor o menor aproximación. Pero jamás por conflictos internos, sino por retos personales, o profesionales, o además políticos, pues la criminalización del trabajo colocó a algunos en una difícil situación de legitimidad personal. Pero en ningún caso se quebrantó la aspiración compartida, ni la confianza.

El compromiso con Cuba tiene que ser a favor de todos los cubanos, pero ello sería irreal si no comienza por el compromiso con los cubanos más cercanos. De lo contrario Cuba sería una entelequia o una apelación oportunista.

Por otra parte, se trabajó una agenda amplia de temáticas relacionadas con todas las esferas de la vida nacional, y también se realizó un conjunto de propuestas programáticas directamente relacionadas con áreas claves de los procesos transicionales cubanos. Todo ello signado por la búsqueda de la tradición martiana y del paradigma de una República inclusiva.

Por ejemplo, acerca de la economía procuró mecanismos estructurales y políticas capaces de conducir al país hacia el desarrollo. Dicho trabajo podrá revisarse en los cuadernos número 3 (tomos 1 y 2), 11, 12, 28 (tomos 1 y 2), 33, 35, 37, 45, 50, 52, 56, 61, 62, 68 y 69. En cuanto a los temas políticos e institucionales, fue prolijo el quehacer. Sólo en torno a la reforma constitucional pueden consultarse los cuadernos número 7, 8, 13, 14, 19, 21, 26, 29, 32, 38, 43, 48, 56, 62, 72 y 73. Igualmente, elaboró un modelo de Carta Magna, con el aporte de actores plurales. Además, este modelo expresa un paraje que pudo ser aceptado por cubanos con ideológicas diferentes, lo cual, en política, puede ser lo más importante. De este modo dejó un documento útil como referente, contraposición en disímiles aspectos, fuente de búsqueda, muestra de síntesis, elemento de deliberación, y propuesta.

Una segunda etapa exigiría recuperar el trabajo de laboratorio, sobre los temas medulares, ahora con una participación más plural. Sostener el empeño de establecer comunicación entre el activismo ciudadano, el quehacer intelectual y la política de Estado. Continuar procurando influir sobre “quiénes deciden” y, al mismo tiempo, ofrecer “densidad” al debate público. Pero, además, sería imprescindible agregar los dos cometidos siguientes. Aumentar exponencialmente el quehacer facilitador de procesos sociales que otrora realizamos muy modestamente, y lograr modos de acompañar el activismo ciudadano que procura la garantía de los derechos humanos, el desarrollo de la sociedad civil y las soluciones de los problemas que padecemos. Todo ello sin interferir o intentar sustituir la naturaleza de cada actor, institución, acontecer.

Sin embargo, tal vez nada de esto pueda ocurrir. No obstante, *Cuba Posible* podría conservar cierta vigencia. Esto sería dable porque fue una construcción de muchos. En todos los casos de personas muy autorizadas en los temas que trataron; quienes, además, de manera profunda se fundamentaron “en” y orientaron “hacia” todo aquello que late en las entrañas de la Isla y, en esta hondura, vitalizaron esas pocas esencias que nos

acompañan. Por ello, quizá siempre que se construya “bienestar”, con la perspectiva de que sea lo más “compartido” posible y con “libertad” segura, no importa desde qué preferencia ideopolítica se haga, ahí se estará edificando esa *Cuba Posible*.

Después, en otro plano, están los errores individuales de quienes llevamos el proyecto. Refiriéndome a yerros propios, en un artículo titulado *No me sorprenden las sorpresas*, publicado en marzo de 2018, reconocí algunas de estas faltas y culminé así: “después de dos textos abogando por una candidez auténtica, que no se parezca a la sorna o al oportunismo, y alertando sobre los riesgos de ser soberbios con los débiles y débiles con los poderosos, debo reconocer que también yo, en múltiples momentos y por disímiles razones, he criticado a débiles por actitudes que no le he criticado siempre a los poderosos de cualquier índole o lugar, incluso -o, sobre todo- de Cuba. Y por ello, en este instante, sí quiero pedir disculpas.”

Raudiel Peña: ¿Cuáles serían esos nuevos derroteros?

Roberto Veiga: Deberíamos afrontar, sin cortapisas, los principales desafíos nacionales. La discriminación política, racial, de género, de orientación sexual, religiosa; la incorporación de la emigración a los afanes internos; el envejecimiento poblacional y la necesidad de un sistema de pensiones solvente; la atención a la violencia doméstica, y al desarrollo integral de la infancia y de la adolescencia; el cuidado especializado a las personas con discapacidad; la protección a personas sin recursos ni amparo; el cuidado al medio ambiente; el mejoramiento de los sistemas de educación y salud, y de otras prestaciones sociales; organizar el mercado laboral a partir de las capacidades educativas y de los presupuestos del trabajo decente, y pagar un salario que satisfaga las necesidades básicas, e incentive la productividad y la calidad del trabajo, junto a la defensa de la libertad sindical; y reconstruir la infraestructura socioeconómica del país.

Pero lograrlo reclama una ampliación del catálogo de derechos humanos y de las garantías para el ejercicio y cumplimiento de los mismos. La desconcentración y descentralización del Estado, y la autonomía de los gobiernos locales. Una economía de mercado, con funciones estratégicas y reguladoras del Estado, con una concepción múltiple de la propiedad económica, que garantice el mejor desarrollo de las nuevas medidas económicas. La inversión, nacional y extranjera, pública y privada, en todos los sectores económicos, admitiendo la contratación y remuneración directas a los empleados. Orientada a la creación de riqueza, empleo, experiencia, tecnología, capital y acceso a mercados; además, en busca de quedar colocada en las cadenas globales de creación de valor. La incorporación del país a las instituciones financieras internacionales; una gestión del crédito a favor del desarrollo social; la unificación monetaria y cambiaria; la solidez de las finanzas y de las capacidades crediticias, especialmente el microcrédito; y un sistema tributario progresivo, capaz de garantizar el mejor empleo de lo recaudado.

A la vez, una mínima comprensión de esto último delinea el imperativo de algunas reformas inmediatas, por ejemplo, una ley que garantice la libertad de asociación. También para desempeños políticos. Una ley capaz de asegurar la libertad de prensa. Una reforma constitucional y legal que ampare la elección libre y competitiva de los delegados municipales y diputados, los prefectos y gobernadores, y del presidente de la República. Un marco regulatorio que garantice las mismas condiciones para todos los actores económicos.

Pero también nos advierte que esto será imposible sin una disposición a la empatía, al diálogo y a la concertación que prefigure caminos de civilidad, sostenga a toda la pluralidad de opiniones y proyecciones, y concilie a los cubanos en la promoción de la actividad diversa de los ciudadanos.

Además, lo anterior será imposible sin solidez en las relaciones internacionales, solo asegurada por medio de una normalización de relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Raudiel Peña: Entre las prioridades de *Cuba Posible* estuvo el restablecimiento de vínculos con Estados Unidos. ¿Consideras que proclamar esto como prioridad podría colocarlos en una situación sospechosa ante nuestros compromisos con la soberanía nacional?

Roberto Veiga: También contribuimos a las relaciones con Europa y, para ello, cooperamos con el equipo de la Unión Europea en Cuba, sobre todo entre 2010 y 2016.

Todos los cambios propuestos por *Cuba Posible*, incluso las relaciones con Estados Unidos, responden a que de no hacerlos nos jugamos la República, la soberanía, el bienestar de todos. La soberanía nacional auténtica es la expresión internacional del ejercicio de la cuota de soberanía de cada ciudadano. Una dinámica distinta, usurpa el empleo de esta categoría.

Por ello, en el documento “Cuba soñada-Cuba posible-Cuba futura: propuestas para nuestro porvenir inmediato”, de 2013, la consideramos de la forma siguiente: “La soberanía de la Patria no es más que el ejercicio irrestricto de todos los derechos de la dignidad humana, en todo el territorio de nuestro país, por todos los cubanos.” Quiero señalar que el esbozo de esta frase provino del criterio de todos los miembros de aquel equipo y, a la vez, fue formulada de este magnífico modo por uno de sus integrantes, Dmitri Prieto. Espero que me disculpe por indicar esto sin pedirle autorización.

No obstante, siempre hay riesgos que pueden dañar un proceso de esta índole. Dentro de una “razón de cambio” (como puede ser la República, la soberanía, el bienestar) se encuentran “elementos fundamentales de tal cambio” (por ejemplo, un modelo económico eficaz, las relaciones con Estados Unidos). Estos, además, portadores de fuerzas que, de alcanzar un rol inadecuado dentro del proceso, pueden trastocar las dinámicas y convertirse en la “razón de cambio”, colocando casi todo en función de estos particulares.

Pero este riesgo no se corrige desconociendo o minimizando estas necesidades, sino ubicándolas adecuadamente en el contexto. Si bien esto sería imposible sin una trama, un proceso, de consolidación de los derechos de la ciudadanía y de una institucionalidad a su servicio. Solo cuando se carece de esto, que debe ser la esencia de cualquier “razón de cambio”, esos u otros “elementos fundamentales del cambio” pueden tornarse en principio, centro y fin del proceso. En torno a esta carencia es que deberíamos colocar las sospechas.

Raudiel Peña: Si tuvieras la oportunidad ¿Volverías a implementar un proyecto como *Cuba Posible*, desde Cuba?

Roberto Veiga: De haber sectores de cubanos que consideren nuestro trabajo como un acompañamiento y un servicio, si pudiéramos organizarlo mínimamente, de ser factible abríamos a todos los nacionales mucho más que en la etapa anterior, si pareciera minúsculamente útil -por supuesto que sí.

Raudiel Peña: Creo que el regreso de *Cuba Posible* es hoy más necesario que nunca, sin dejar de restar importancia al extraordinario papel que como espacio de debate cumplió. El proceso de transformaciones que está atravesando Cuba, su sociedad civil y las complejidades de las relaciones de esta con el Estado, un ecosistema de medios de prensa cada vez más diverso, la construcción política y jurídica del enunciado Estado socialista de Derechos, entre otros muchos temas, necesitan de un ámbito de debate y análisis como Cuba Posible. Así que yo no pondría en tela de juicio su utilidad o necesidad, creo que la cuestión sobre su relanzamiento o no depende sobre todo de voluntad política para que surja, exista y se desarrolle un proyecto semejante, al cual desde ya puedo ofrecerle mi modesta colaboración. Gracias por este intercambio Roberto.

Octubre de 2020

“Confío en la subsistencia de esa estirpe de hombres de cultura, de estadistas y de políticos (cultivadores todos del afinado arte del equilibrio) convencidos de la identidad de nuestra Nación y de sus posibilidades de futuridad realista (...) Ellos, los equilibristas abiertos al aire, y solamente ellos, podrán retomar el camino.”

Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, 10 de octubre de 1994.

I

La actual etapa del proceso social cubano confirma que el devenir inmediato del país rechazará, cada vez más, las opiniones y sugerencias de ciudadanos autónomos. No ocurrirá un desarrollo inclusivo de la pluralidad ideo-política del país. Sólo serán aceptados aquellos cubanos convocados a ratificar posiciones oficiales, preferentemente aquellas que expresen la mayor resistencia posible a todo cambio del actual modelo socio-político o la nostalgia en torno a épicas (y a errores) del pasado. De este modo, resulta obvio que tampoco se asumirán, de manera oficial, los cambios necesarios para desarrollar el país y hacer evolucionar el bienestar de la sociedad cubana (en aquellos aspectos que resulta imposible culpar al bloqueo estadounidense de los defectos y carencias que padecemos).

Quizás los defensores del inmovilismo puedan tener razones validas; pero en ningún caso, a estas alturas de las circunstancias, ellas poseen la legitimidad política e histórica que pueda justificar el sostenimiento del lamentable estado de nuestra realidad. Sólo basta percibir algunos de los efectos de tal empecinamiento para comprender que están errados. Entre ellos podemos encontrar: pobreza, marginalidad, corrupción, incapacidad para generar desarrollo, desesperanza y frustración, así como la emigración continúa de cubanos talentosos y capaces.

En medio de esta situación, los “funcionarios de la santa inquisición” del Partido Comunista de Cuba (PCC) no cejan un instante, no desaprovechan un recurso ni una oportunidad, para intentar inocular la duda y el estigma sobre aquellos cubanos que no dejamos de alertar acerca de los errores e irresponsabilidades que ya pueden haber agotado la Revolución, que deshacen la República y, lo peor, que ahondan la precariedad del futuro de Cuba como país (en el más universal e integral sentido de la palabra país). En su cruzada nos catalogan con numerosos epítetos; por ejemplo: neocontrarrevolucionarios, débiles centristas, falsos promotores de una tercera vía que ha demostrado su traición histórica, *plattistas* muy complacientes con los poderes imperiales, defensores reales (aunque encubiertos) del más despiadado neoliberalismo... Sin embargo, en este trabajo no me referiré a esto último, pues como decía José Martí en una carta fechada el 20 de octubre de 1884: “no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas ni deshaciéndolas”.

II

Sin embargo, la gravedad del contexto me incita a compartir unas breves ideas que son el resultado del encuentro, en mi conciencia, de mis posiciones socio-políticas, de lo que ocurre en el país, y de las actuales actitudes a favor y en contra en medio de la embestida pública, semipública y privada en torno a la dirección de *Cuba Posible*.

Quiero ratificar que no soy comunista. Pese a sus más iluminados análisis, diagnósticos y postulados, no alcanzó a simpatizar con tal teoría, filosofía, ciencia, ideología. Incluso, al estudiar, desde mi fe católica, el comunismo cristiano esbozado por Tomás Moro (santo de la Iglesia Católica) en su obra *Utopia*, me axficia advertir esa fuerte inclinación a la reducción de la autonomía de la voluntad humana y al menoscabo de las identidades personales (no importa que esto sea fundamentado con buena intención y se oriente con fines nobles). De la misma manera, siempre me inquieta cierto espíritu que le insufló a dicho ideal su fundador, Karl Marx. No obstante, dejo claro que respeto y considero a esta figura de la historia, a gran parte de su obra y a muchísimos de sus más sinceros seguidores.

Por ello, con José Martí puedo afirmar: “Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor”. Pero también con Martí advierto: “De... soldados está lleno el ejército colérico de los trabajadores. Los hay de frente ancha, melena larga y descuidada, color pajizo, y mirada que brilla a los aires del alma en rebeldía, como hoja de toledo, y son los que dirigen, pululan, anatematizan, publican periódicos, mueven juntas, y hablan... Hay entre ellos fanáticos por amor, y fanáticos por odio... De aquí la flaqueza de sus instituciones, y el miedo que inspiran; de aquí que se mantengan lejos de los campos en que se combate por ira, aquellos que saben que la Justicia misma no da hijos, sino es el amor quien los engendra. La conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas... Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de poner remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres... Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo deprisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa...”

En cuanto a mi posición socio-política, nuevamente ratifico que, aunque reconozco la legítima naturaleza de las ideologías, no poseo ideología alguna y siempre me esforzaré para jamás tenerla. Sólo me aferro a un ideal (una República *de y para* la justicia social) y a unos pocos principios sin los cuales este sería imposible (libertad personal, desarrollo humano, seguridad legal y social, democracia ciudadana, gobierno eficaz, progreso económico, y equidad social). Ratifico además que todos pueden saber cómo concibo cada uno de estos conceptos, pues he escrito y hablado muchísimo sobre ellos; así como que mis ideas al respecto nunca serán pétreas, porque cada día procuro cincelarlas, desarrollarlas. Por otro lado, también quiero confirmar de nuevo que, en cuanto a los instrumentos para realizar este ideal y estos principios, no tengo apego a ninguno de los que he propuesto. Estos, repito, siempre serán circunstanciales, porque nunca se refieren al fondo, o sea, al fundamento y al fin, sino a la forma que impone cada contexto, cada reto.

Esta configuración socio-política me ha acompañado durante toda la vida; aunque, por supuesto, con diferentes niveles de madurez, de formulación y de posicionamientos. Así fui desde muy joven, cuando participaba en las convocatorias de la Revolución. Por ello fue que, a pesar de lo anterior, en varias ocasiones se desaprobó mi ingreso a la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), porque sus dirigentes consideraban que esta característica era una preocupante “inmadurez ideológica”. De ese mismo modo continúe siendo cuando definitivamente me aceptaron en la UJC. De igual manera me comporté una vez que, por decisión individual, abandoné la UJC; aunque más de 20 años después conocí que mis amigos de entonces violaron los estatutos y reglamentos de la organización, y por años continuaron pagando mi cuota mensual y no colocaron jamás el tema de mi desertión en las agendas de reuniones, dando lugar a que llegara mi edad límite para pertenecer a la agrupación y de ese modo fuera baja natural de la misma.

Con esta misma identidad socio-política proyecté mi desempeño en la revista socio-cultural católica *Presencia*, en Matanzas, desde el año 1996 hasta el año 2000; y en el Cátedra Juan Pablo II, entidad que organizamos, en esa ciudad, para el estudio de la Doctrina Social Cristiana, de la Filosofía Personalista y de la Historia, así como para el diálogo sobre la realidad cubana y mundial. Pude participar en estos quehaceres, en esa época, de manera activa y protagónica, gracias a la acogida, a la confianza y al apoyo

que me ofrecieron importantes laicos católicos del lugar, que me conocían desde pequeño; lo cual recuerdo como un regalo y con suma gratitud. Después, con idéntica impronta, integré durante varios años el Consejo de Redacción de la revista *Palabra Nueva*, órgano oficial de la Iglesia habanera, y coordiné la Comisión de Justicia y Paz en la Arquidiócesis de La Habana. De este modo, en el segundo semestre del año 2005 quedé encargado del desarrollo de la revista católica habanera *Espacio Laical*, que no debía proyectarse como una publicación oficial de la institución.

Cito todo esto, porque en *Espacio Laical* alcanzo la mejor síntesis posible entre mi identidad cubana, cristiana y socio-política, y el trabajo a favor de Cuba; lo cual me condujo por senderos insospechados, posteriormente me empujó a la constitución del “Laboratorio de Ideas *Cuba Posible*” y, al menos hasta ahora, me coloca ante mi peculiar situación presente. Por eso, a continuación, esbozo los fundamentos y propósitos que sostuvimos en dicho quehacer.

III

Un grupo de católicos comprendíamos la necesidad de que los cristianos participaran activamente en el quehacer social del país. Sin embargo, además considerábamos que, dado nuestro contexto y nuestra historia, los católicos también debíamos, inspirados en una metodología evangélica, facilitar un desempeño a favor de la confianza política entre toda la pluralidad de cubanos. Para nosotros esto resultaba un imperativo, dado nuestros grandes pecados históricos: la desconfianza, la visceralidad política, la deslegitimación de las opiniones diferentes, el empeño por imponer un proyecto de país y, a la vez, excluir y someter a las otras propuestas que existieran. Estábamos, y continuamos estando convencidos, de que el gran cambio que demanda la nación implica la capacidad para que todos los proyectos puedan compartir el país y construirlo juntos.

De manera particular nos inspiraba el sueño de hacer posible la existencia social de la *Casa Cuba*, esa bella metáfora de monseñor Carlos Manuel de Céspedes –descendiente del Padre de la Patria, e importante sacerdote e intelectual de nuestra contemporaneidad. Esta imagen invita a trabajar para conseguir la más libre realización de la pluralidad nacional, pero también demanda una relación positiva entre toda esa diversidad (por medio de la apertura, del encuentro, del diálogo y del acuerdo). Cuando nos ocupamos de la revista *Espacio Laical*, en el año 2005, nos dimos a la tarea de ponerla al servicio de estas metas. Sin embargo, como es lógico, recibimos la desaprobación de los sectores más radicales de todos los signos políticos-ideológicos de la nación. También, dentro de la institución que patrocinaba el proyecto, surgieron tensiones que fueron intensificándose y llegaron a dificultarnos, en exceso, la posibilidad de gestionar las responsabilidades que habíamos asumido.

Al hacer pública nuestra renuncia a la dirección de *Espacio Laical*, el 10 de junio de 2014, recibimos mensajes de muchísimas personas e instituciones cubanas y extranjeras. La generalidad insistió en que no podíamos dejar de trabajar en favor de los fines que defendíamos, que contáramos para eso con su colaboración intensa. Esto confirmó nuestro compromiso para proseguir la tarea. Como resultado, se generó un intercambio grande de mensajes y de reuniones entre amigos, que hicieron posible definir la manera de continuar la faena que habíamos desempeñado, incluso con un salto cualitativo. De esta forma, el 8 de septiembre de este mismo año, cuando festejábamos el día de la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, dimos a conocer publicamente el inicio de los trabajos de *Cuba Posible*.

La originalidad de *Cuba Posible* radicó en su empeño de continuar promoviendo la *Casa Cuba*, pero incorporando un conjunto de principios que, a nuestro juicio, emanan del imaginario social y podrían resultar sostenes de los ideales que propone dicha imagen. La otra singularidad de este proyecto consistió en el hecho de no querer detenerse en valoraciones puramente teóricas y en creaciones abstractas, sino en empeñarse también en participar del desempeño político del país e influir sobre el desenvolvimiento social.

Sin embargo, resulta necesario destacar que no pretendimos hacerlo a la manera de una entidad partidista. No le restamos méritos al necesario trabajo político partidista y a su importante lugar en las dinámicas sociales, pero consideramos que Cuba requiere, igualmente, de un trabajo encaminado a consolidar aspectos esenciales y universales, culturales y cohesionadores, del acontecer político de la nación. Esto, estábamos convencidos, podría brindar aportes a la conciencia colectiva cubana, al desempeño ciudadano, a cuantas entidades partidistas existan y al equilibrio entre todo esto.

Con ello, pretendíamos contribuir a favor de ese amplio consenso acerca de la necesidad de conseguir grandes cambios sociales pero sin rupturas, al modo de un desarrollo del actual modelo socio-político. Este anhelo aspiró a un proceso intenso y gradual de integración de toda la pluralidad socio-política-cultural en el desempeño de la institucionalidad establecida y que las dinámicas positivas que emanaran de esa interacción ajustaran las instituciones hacia un desarrollo más liberador y democrático, justo y solidario.

En este contexto, arraigado, de voluntades y anhelos, ha procurado insertarse *Cuba Posible*. Sin embargo, después de muchas labores, un universo riquísimo de debates e importantes contribuciones, nuestro empeño ha sido criminalizado por parte de la más rancia oficialidad del PCC. Esta resulta incapaz de comprender aquella sentencia de José Martí en *Nuestra América*, cuando anotó que “los debates continuos, (incluso) brutales a puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de expresar su opinión y atender a la ajena”. (Esc. México Vol. II, p. 882.)

IV

Con este proceder, que no se limita a posicionarse en contra de *Cuba Posible*, sino también de otros proyectos y actores, de todo vestigio de quehacer autónomo, estos “funcionarios de la santa inquisición” se empeñan en clausurar la última oportunidad de hacer evolucionar el actual modelo socio-político. Asimismo, se colocan en las antípodas del sentido del término “Revolución” en la historia de Cuba, que tuvo sus orígenes a inicios del siglo XIX, con la predica y la acción de patriotas como Félix Varela; y que continuó con la inconmesurable obra de José Martí; con el proceso de renovación nacional en la década del 20, del pasado siglo XX, liderado por jóvenes como Rubén Martínez Villena; con la llamada Revolución del 30; y con la gesta de generaciones que se erigieron sobre la épica del asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. La “Revolución”, para todos estos referentes históricos, representaba una virtud identitaria que debía movilizar a los cubanos, ante cada circunstancia, en la búsqueda de los mejores instrumentos (cuando fuera necesario -la empresa estatal o la privada o ambas, -un solo partido político o ninguno o varias agrupaciones políticas, -concentración y centralización o desconcentración y descentralización del poder, -etcétera) para conseguir el bienestar del país; siempre sostenido por un conjunto de ideales, principios y convicciones que, por dicha, puede trascender cada época y las preferencias ideopolíticas de la generalidad de los cubanos. Por otro lado, resulta escandaloso en que proporción “estos inquisidores” aborrecen y agreden los fundamentos y principios de la República y de la Libertad, que han de resultar “sacrosantos” para cualquier proyecto político, del signo ideológico que sea, que pretenda auténtica legitimidad, respeto y trascendencia histórica.

Acerca de la libertad, aseguraba Martí en un artículo publicado en *La América*, New York, en septiembre de 1883: “Como el hueso al cuerpo humano, y el eje a una rueda, y el ala a un pájaro, y el aire al ala, así es la libertad la esencia de la vida. Cuanto sin ella se hace es imperfecto.” Especificaba además que “la libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía”. Para concluir que: “me parece que me matan a un hijo cada vez que privan a un hombre del derecho a pensar”; y finalmente profetizar que: “el respeto a la libertad y al pensamiento ajeno aún del ente más infeliz, es mi fanatismo: si muero, o me matan, será por eso”.

En cuanto a la República, especificó el Apóstol de nuestra independencia, en un discurso pronunciado en Tampa, el 26 de noviembre de 1891: “O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de

sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos y no para acorralarlos”.

Para José Martí la República lograría ser tal, sólo si resulta acogedora, inclusiva e integradora; y siempre desde el más absoluto respeto posible a la libertad de cada persona. Para Martí, la República debía ser erigida al modo de “un hogar”, de “una casa”, donde quepan todos los cubanos, con independencia del carácter de cada uno ellos. Esa analogía de la República con “un hogar” y “una casa” puede rastrearse en su obra. Sin embargo, quien sólo desee confirmarla puede bastarle con revisar el *Manifiesto de Montecristi*, documento que dió inicio a la última guerra de independencia, en 1895, redactado por José Martí y suscrito por este, junto a Máximo Gómez, general en jefe del Ejército libertador. En tanto, puedo asegurar que nuestro ideal de *Casa Cuba*, regalo de monseñor Carlos Manuel de Céspedes, posee hondas raíces cristianas y martianas, y constituye una expresión de nuestra más noble y honesta tradición patriótica.

V

En este instante afirmo que no dejaré de trabajar por mi país y que lo haré sólo a favor de esa República prometida por el más grande de nuestros patriotas. Para ello, estoy dispuesto a cooperar con todos los cubanos de buena voluntad, militantes de los diversos comunismos, de los disímiles socialismos, de los diferentes liberalismos, de todas las proyecciones socialcristianas, etcétera. Todas las ideologías y orientaciones ideo-políticas pueden ser legítimas y enriquecedoras, siempre que actúen con responsabilidad y se empeñen, de manera sincera, en favorecer el bien común, cincelar transacciones que beneficien a la generalidad y conseguir síntesis donde todos podamos identificarnos. En tal sentido, afirmo además (y para hacerlo cometo la arrogancia de hacer mía otra frase de Martí, suscrita en la carta ya citada, con fecha del 20 de octubre de 1884) que a empresas socio-políticas orientadas a otros fines “no prestaré yo jamás mi apoyo –valga mi apoyo lo que valga, –y yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por eso oro puro”.

Igualmente, sotingo que casi dos décadas de debate, amplio e intenso, han clarificado, en demasía, nuestros problemas, necesidades, peligros, desafíos y soluciones. En tanto, la necesidad del debate sobre el presente y el futuro, y acerca de la comprensión definitiva del camino a tomar, ya fue cumplida con creces. Por otra parte, también se agota el tiempo político para decidir y realizar los grandes cambios sociales que reclaman la realidad, antes de que las circunstancias nos fueren a padecer (quién sabe cuánto tiempo) una fuerte y penosa “centroamericanización” de Cuba.

Ante esta disyuntiva, los signos de los tiempos reclaman un activismo, también amplio e intenso, encaminado, sobre todo, a definir soluciones y la manera de hacerlas viables, así como exigir y asegurar que se realicen. En este sentido, definitivamente deberíamos concentrar los esfuerzos y la inteligencia en precisar, consensuar y concretar la edificación de un nuevo sueño de país. Comprendo que no disfrutamos de la legalidad, de las instituciones y de los procedimientos para procurarlo. Sin embargo, si lo que hemos hecho hasta ahora ha sido en serio, no tenemos otra opción que esforzarnos para lograrlo. Incluso, cuando sea pertinente y posible será indispensable proponerse, además, la constitución de una agrupación política programática, sin la cual no sería factible tales propósitos (a pesar de que dicha probabilidad se mantiene cancelada de forma oficial y anatematizada por sectores significativos de la sociedad). Sin embargo, también al respecto clarificaba José Martí: “comete suicidio un pueblo el día en que fije su subsistencia a un solo futuro”; y sentenciaba: “siempre es desgracia para la libertad que la libertad sea un partido”. (Esc. México Vol II, p. 882.)

VI

Culmino el texto asegurando que no redacto estas notas para posicionarme ante aquellos que me agraden y difaman. Afirmo que lo hago (y para ello paráfraseo a Carlos Manuel de Céspedes -iniciador de nuestras guerras de independencia, primer ciudadano cubano y Padre de la Patria-, al defenderse ante la injuria que le imponían numerosos “compañeros de lucha”) para posicionarme en este momento, de forma simple y modesta, frente a la Historia, frente a mi país y frente a mi propia conciencia.

Cuba Posible, agosto de 2017

Roberto Veiga es un patriota. Así me lo definió, sin ambages, un amigo común, que además tiene la rara cualidad de la medida. Roberto Veiga es, además, un buen ser humano, uno de esos que pretende abrir todas las puertas a golpe de fraternidad y pensamiento.

Como ha ido sembrando ideas en proyectos, aulas, empeños editoriales y grupos de trabajo, su cosecha ya merecía el fruto superior de un libro para proyectar ciertas urgencias intelectuales. Y con ese afán suyo de querer fundar siempre en compañía, ha invitado a colegas y amigos de quimeras a dialogar muchas piezas de este volumen.

Examinando las entrevistas/charlas que me precedieron —todas muy sustanciosas—, advierto que ha desarrollado con singularidad, capacidad reflexiva y argumentación precisa temas que le son imprescindibles a nuestra Patria de hoy y de mañana: Libertad, Derecho, Justicia, Historia, Democracia, Política, Diversidad, Fuerzas Militares, Relaciones con Estados Unidos, Sociedad Civil, labores y saldos de *Espacio Laical y Cuba Posible*...

Por tanto, en este intercambio de cierre le propuse variar un poco la diana y acercarnos más al taller de herramientas profesionales y la gaveta personal/familiar del pensador; toda vez que, para quien se interese por un corpus de ideas específico, también resulta provechoso y placentero conocer al ser humano que está detrás, su familia, su historia de vida. Así nació este diálogo, en búsqueda martiana de “la utilidad de la virtud”...

I. CONVERTIR LO INTELLECTUAL, LO POLÍTICO, EN EXPRESIÓN DE LO HUMANO

JAL: *¿Qué elementos de un texto le seducen más y cómo planifica el desarrollo de los suyos, en aras de seducir al posible destinatario?*

RV: Todos los elementos de un texto pueden seducir. Si bien fijo la atención, invariablemente, en las motivaciones antropológicas que muestra y en su discurrir acerca de las relaciones humanas. Valoro igual los otros aspectos, como puede ser las teorías, proyecciones y estrategias políticas, en la medida que formulan instrumentos capaces de expresarlo anterior y/o brindarle un servicio.

En tal sentido, me cuesta lograr textos que seduzcan. Suelo procurar intrínquilis de esta índole y ello complejiza el mensaje. Pero me aferro a esto porque considero importante no confundir la realidad con preferencias motivacionales o ideológicas, con sueños o construcciones teóricas, con artilugios. A la vez, por lo general, mis opiniones tienden a subordinarse a la observación de la realidad, a sus factibilidades “posibles”, a interpelar el contexto con motivaciones y opiniones existentes, aunque no las mencione, y a cierto anhelo de diálogo con estas.

Por alguna razón he configurado este modo raro de proyectar mis textos.

JAL: *En el amplio espectro de las lecturas que lo han formado, ¿podría seleccionar un pequeño grupo, digamos de 3 a 5 autores y/o libros que hayan definido particularmente su ruta intelectual y humana? Por favor, explíquenos, brevemente, en cada caso el porqué de la elección.*

RV: He leído un número amplio de textos, de autores, y todos han contribuido a mi análisis y opinión. Aunque pocos me definen. Tal vez esto nos sucede a casi todos, pues resulta un axioma eso de que cada ser humano es único e irrepetible. No obstante, en algunos casos son referentes fundamentales y “compañeros de camino”.

Estudio continuamente a Romano Guardini, teólogo católico italo-alemán (1885-1968). Sus textos no constituyen una sistematización dogmática, sino alguna especie de exploración de la conducta humana, en todos los ámbitos del ser. Por ejemplo, releo sus libros *Cartas de autoformación* (1922), *El universo religioso de Dostoievski* (1933), *La muerte de Sócrates* (1934), *Pascal* (1934), *La esencia del cristianismo* (1939), *Libertad, gracia y destino* (1948), y *La aceptación de sí mismo* (1950).

Cada año medito las *Confesiones de San Agustín* (386-419). A través de ellas consigo explorar en las profundidades de mi ser, de la sociedad nacional y mundial, y contrastarlas con las supuestas esencias humanas, con Dios, con el Evangelio. Esto ayuda a centrarme, a comprender, a orientarme, a sostener la esperanza, y jamás por medio de ideas “inmutables”, de conceptos, sino de aliento, de apertura, de la preferencia por la duda intelectual y política, y por la duda de la duda. De este modo, San Agustín contribuye muchísimo a sostener mi libertad y a considerar la de cada cual, aun cuando se puedan proyectar desde mis antípodas.

En muchas ocasiones he leído *Cecilia Valdés* (1839), de Cirilo Villaverde, y siempre tengo pendiente volver a leerla. El autor, con sumo talante literario, consigue mostrarme esa cubanía ya sólida entonces y que, al parecer, no se extingue a pesar del tiempo, de “mutaciones”. En ella creo encontrar defectos y virtudes que quizá nos acompañan desde siempre, y no dejarán de acompañarnos, porque tal vez en su simbiosis se encuentra la “maravilla” que somos.

Leí mucho *El presidio político* (1871), de José Martí, y si bien ya no lo hago, continúo recomendándolo a todo joven que me ofrece la oportunidad de hacerlo. En esta obra Martí, con sólo 17 años de edad, expresa su definición máxima como ser humano, como cubano, como político, como fundador de una nación, de una República, de un humanismo que trasciende fronteras geográficas, ideológicas y temporales. Sus consideraciones en dicho texto marcaron su vida, toda su obra literaria y política, el espíritu del Partido Revolucionario Cubano, el propio *Manifiesto de Montecristi* con el cual se reinicia la guerra en 1895, su muerte y su inmortalidad.

Finalmente, en este recuento mínimo, también puedo citar mis lecturas a Santa Teresa de Jesús, considerada entre los santos que, además, son reconocidos como doctores de la Iglesia. Entre sus virtudes que considero puedo citar su espiritualidad y misticismo, su fidelidad a Cristo y la libertad que defendió y ejecutó para vivir su fe, su capacidad para razonar con profundidad y finura y el contenido hondo y sensible de su pensamiento y la maestría de comunicarlo; el arrojo de llevar adelante lo que estimaba pertinente a pesar de las dificultades que imponían las circunstancias y las autoridades políticas y eclesiales. A tal altura elevó estas virtudes que fue valorado procesarla por la “Santa Inquisición”, de lo cual se salvó casi milagrosamente, sin que ello torciera ninguno de sus modos y rumbos.

JAL: *El conocerse a sí mismo siempre es una prueba harto compleja: Mirando su trayectoria como articulista/ensayista/organizador/editor de publicaciones: ¿Cuáles considera han sido sus principales aciertos y cuáles los yerros o inconformidades con los que ha debido lidiar y, tal vez, aún lo presionan?*

RV: Quizá el mejor acierto ha sido brindarles a otras personas esos espacios que he tenido el privilegio de coordinar para que expongan sus opiniones, análisis y proyecciones, y se relacionen de manera positiva. Este es el único modo de convivir en sociedad, de construir un país, de aportar al Estado de derecho. Por ello siempre procuré que fueran, sobre todo, un testimonio existencial, capaz de convertir lo intelectual, lo político, en expresión de lo humano, en búsqueda de cultura y desarrollo, en instrumento de libertad y bienestar.

Por otro lado, tal vez los mayores yerros cometidos provengan de que no soy un intelectual, ni un articulista/ensayista/organizador/editor de publicaciones. Si bien soy un cubano que ha tenido la oportunidad de coordinar proyectos de pensamiento, publicaciones, además casi a su antojo. En tanto, no los he conducido con fundamento académico, sino a partir de la experiencia y proyección que emanan de mi historia personal.

II. ENTRE UN BAUTISMO A ESCONDIDAS Y UNA ACADEMIA MILITAR

JAL: *Luego de grandes trazos del perfil intelectual, vayamos a la trayectoria más humana ¿Con cuáles aspectos de la historia personal se relacionan sus anhelos profesionales?*

RV: En disímiles ámbitos de la vida he tenido que experimentar el quebrantamiento a causa de situaciones difíciles, también en lo político, y el dolor por ello, el anhelo por algo restaurador. También la fuerza de la distensión, del entendimiento, del transformar las complejidades y las diferencias en bienestar compartido. Todo vinculado al decurso familiar, social, laboral, educativo.

Provengo de una familia muy unida. Pero después de 1959, tías y tíos de mi madre se marcharon de Cuba hacia Estados Unidos. Igual hicieron tres de mis tíos, hermanos de mi madre. Siempre sentí congoja ante la angustia de mis abuelos por esos hijos suyos que estaban lejos, que no compartirían la vida.

A la vez, mi padre era un joven revolucionario. Cuando nací, en 1964, él era un poco más que adolescente y provenía del quehacer sindical y del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Tuvimos un relación constante e intensa, aunque marcada por la ausencia directa en muchísimas ocasiones en que necesité del vínculo paternal. También, a pesar de que él ocupaba cargos políticos importantes, que además en aquella época eran más relevantes que ahora, siempre viví con demasiadas escaseces y en malas condiciones. Incluso, mi hermana mayor, que vivió enferma, careció de condiciones imprescindibles que, en aquella época, podía satisfacer la mayoría de la población.

Viví con mi madre, quien cuidó durante 19 años, sin ayuda ni condiciones, a mi hermana enferma. Durante todos esos años mi madre no durmió una noche. Lo más que alcanzó dormir, en algunas ocasiones, rondaba las dos horas. Yo, siendo un niño, la acompañé todo ese tiempo. Después que falleció mi hermana se encargó de cuidar a mis abuelos. Después de todo esto ella no soportó mucho y comenzó a padecer demencia senil, lo cual la condujo a un estado lamentable y a una muerte muy triste, quizá injusta. Su vida fue un abandono absoluto de sí misma en beneficio de “sus otros”. La vida de mi madre no deja de lastimarme.

En medio de esto, que muchas veces percibí como “desolación”, teníamos una luz. Una tía de mi madre (y madre, a su vez, de quien fuera sacerdote y progresivamente obispo, arzobispo y cardenal Ortega) fue la primera persona que me cargó al nacer y no dejó un instante, mientras vivió, de apoyarnos y, lo más importante, de ofrecernos una luminosidad que pocos logran recibir. A través de ella pude sentir todo lo querido que puede resultar un ser humano, toda la apertura y acogida posible entre dos seres humanos, todo el apoyo que alguien puede brindar a otra persona y todo esto, a la vez, con la mayor limpieza que puede poseer la naturaleza humana.

También por medio de ella tuve mi primer encuentro con Dios, sin que esto fuera inducido. Un día, en su casa, aún yo no alcanzaba los dos años, vi un modesto cuadro del “sagrado corazón de Jesús” y le pregunté quién era esa persona. Me respondió, pero sin querer responder, pues nunca quiso mezclar la relación familiar a su condición de católica, de madre de un sacerdote. Eran tiempos difíciles al respecto. Mi padre era militante y dirigente del proceso revolucionario, la Iglesia y el Estado estaban en conflicto, y la religión eran considerada, al menos, como parte de la “ideología enemiga”. No obstante, sí logré percibir algo extraordinario.

A propósito de la fe, me referiré a mi bautizo, el cual resultó un hecho que marcó mi vida y la de mi familia inmediata. Cuando nací, el 1 de diciembre de 1964, familiares maternos y mi madre, decidieron bautizarme, pero sin contar con mi padre. Lo hicieron el 9 de diciembre del propio 1964 y, por casualidad, él se enteró el mismo día, pero ni siquiera hizo algún comentario. Tanto respetaba y quería a quienes me llevaron al bautizo que decidió hacer silencio. Sin embargo, pasó algún tiempo y aquello fue conocido por determinada instancia política y mi padre fue citado a una reunión en algún momento del año 1965, donde le dieron a escoger entre el matrimonio y su condición de revolucionario. Aquello era difícil porque se trataba de su matrimonio, de un hijo muy pequeño y de una hija muy enferma. No tomó una decisión inmediata y, tal vez por los motivos anteriores, le ratificaban la “sentencia”, pero no le daban un “ultimátum”.

Muy poco tiempo después, en 1966, aún casado con mi madre, él se enamora de otra joven y, además, sus jefes deciden alejarlo de la casa. Para esto le piden que cese como secretario general de la CTC en Matanzas y vaya a La Habana para encargarse de algunos asuntos importantes en el secretariado nacional de la CTC. Él se trasladó a La Habana e iba a la casa algún que otro fin de semana. Tuvo ciertos éxitos en estos quehaceres y entonces el Departamento de Organización del Comité Central del PCC le pide que marche a Oriente a trabajar con el comandante Guillermo García Frías, que entonces dirigía aquella provincia. Allí estuvo muchos años. El comandante Guillermo fue relevado por el comandante Juan Almeida y Armando Hart, con quienes él trabajó mucho, y con sumo gusto, como secretario general de la CTC en la antigua provincia de Oriente, que desde 1976 son cinco provincias. Ya en Santiago de Cuba sólo podía pasar unos días en la casa cada dos o tres meses. Y así, poco a poco, se fue alejando y un día, por sorpresa, concretó el divorcio con mi madre. Todo este proceso, que pudiera parecer un período largo, fue algo corto. Pues me bautizaron a los nueve días de nacido y mis padres se divorciaron cuando yo acababa de cumplir cuatro años.

Por otro lado, para “formarme”, mi padre decidió que antes de estudiar debía primero trabajar y pasar el servicio militar. Así, muy joven, trabajé durante dos años en una fábrica, cargando hierros y con horario rotativo. Una semana laboraba de 7 de la mañana a 3 de la tarde, la otra de 3 de la tarde a 11 de la noche, y la otra de 11 de la noche a 7 de la mañana, y así sucesivamente.

JAL: ¿Cómo recuerda el paso por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)?

RV: Estuve cinco años en las FAR. Ingresé en 1984 y me licencié en 1989. Resultó un período importante que contribuyó a mi formación. La generalidad de esa etapa estuve en una unidad/escuela de mucha exigencia que se subordinaba directamente al jefe del Estado Mayor General de las FAR, en aquel entonces el general Ulises Rosales del Toro. Tuve que estudiar y entrenarme y ser evaluado, en táctica militar (hasta nivel de compañía), cuestiones químicas (que implicaban someternos a los efectos de gases y a correr por encima de fuegos reales e intensos y sumamente riesgosos), ingeniería militar (realizando explosiones reales), exploración y conocimiento de otros ejércitos, comunicaciones, topografía, tiro con fusil y pistola y ametralladoras (ligera y pesada) y lanza cohetes y granadas, auxilios médicos, empleo y conservación de la técnica militar, infantería, mando de tropas, administración militar, reglamentos militares y preparación física.

Todo este conocimiento, sin quedar un ámbito en segundo plano, estaba en función de la preparación en torno al mando de tropas, incluso en situaciones complejas. En ello la preparación física era considerada primordial. Recuerdo que, a diario, realizara uno el desempeño que fuera, todos teníamos que entrenar físicamente. Cada día había que cumplir normas en ejercicios de plancha, paralela, barra, dominación con fuerza, vuelta de espalda en la barra fija, subir soga, abdominales, atravesar el campo de obstáculos tanto en ida como en retroceso, y correr con botas y el fusil a la espalda. Igual teníamos que aprender a pelear cuerpo a cuerpo. Para ello había entrenadores de karate, lucha libre, okito, judo. Nada de esto me dotó de grandes capacidades para la pelea, ni como atleta, pero sí me incorporó el rigor por la preparación física. He intentado mantener cierto ritmo de entrenamiento físico, pero nunca el suficiente, dadas tantísimas circunstancias cotidianas que conspiran en su contra.

Allí me caló el hábito de analizar cada día qué había realizado, cómo lo había hecho, cuáles insatisfacciones quedaban, cómo enmendar y evolucionar en aquellas inconformidades, cuáles deberían ser los nuevos retos y cómo prepararme para ellos. Además, me incorporaron, con mucha hondura, el predominio de la voluntad, aunque sin menoscabo de la razón y del afecto, sino en función de ambas. Nada que considerara pertinente debía dejar de convertirse en voluntad y ningún obstáculo podía quebrarla. Eso me lo repetían innumerables veces en el día y yo, cada vez, lo iba entrenando como fibra propia. (No sé cuánto influyó esto en mi vida futura y cuánto de ello aún poseo).

Recuerdo que el jefe/director de la unidad/escuela deseaba que yo continuara en las FAR, pero siempre le dije que me licenciaría al cumplir el período. Un día, al acercarse esa fecha, me llamó y salió a caminar conmigo por toda la unidad, cosa habitual en él cuando charlaba con alguien personalmente, y me invitó a continuar y a superarme y, a partir de ello, escalar. Conversamos mucho y yo le expuse acerca de mi respeto por la institución, pero también mi falta de vocación militar y le ofrecí, dado el respeto que poseía hacia él, muchas explicaciones. Al concluir, después de intensos intercambios, me dijo: “bien, ve a cumplir tus anhelos, que son legítimos, pero no digas a nadie estos argumentos que me has compartido”.

Aquella etapa también me brindó la posibilidad de conocer, con amplitud, las FAR. Cada seis meses recorríamos el país evaluando soldados que se preparaban para un examen, con el propósito de que los seleccionáramos para ingresar en nuestra unidad/escuela, ser formados y después marchar a otros destinos. En este empeño visitábamos todos los sitios de las FAR y nos relacionábamos con todos los estamentos, incluso, con los jefes de los ejércitos y con innumerables tipos de mandos militares. Conocí sus tropas de infantería, la fuerza aérea y antiaérea, la marina de guerra, las tropas especiales de cada una de estas fuerzas y los tres ejércitos.

Para mí, a pesar de que sobreabundó el rigor y no poseía vocación militar, aquella etapa fue un privilegio, una escuela, que recuerdo con satisfacción.

JAL: ¿Qué otras labores y estudios aportaron a su crecimiento humano?

RV: En cuanto al trabajo, posteriormente he realizado diversos desempeños. En el ejercicio del Derecho he sido asesor jurídico del Sector Cooperativo y Campesino del municipio Matanzas, notario de la Cancillería del Arzobispado de La Habana, y notario de los Tribunales Eclesiásticos Interdiocesanos de Primera y Segunda Instancia. En el desempeño de la Docencia como secretario de la Cátedra Juan Pablo II de la Biblioteca Diocesana de Laicos Mons. Alberto Martín Villaverde, en Matanzas; profesor de Cívica, en el Seminario San Carlos y San Ambrosio de La Habana; profesor de las asignaturas Historia General del Estado y del Derecho, y Filosofía del Derecho, de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana; profesor de las asignaturas Teoría del Estado y las Instituciones, y de Teoría de la Democracia, del Instituto de Estudios Eclesiales Padre Félix Varela, de la Arquidiócesis de La Habana; y Secretario Académico de este. En el ejercicio de la Comunicación Social, miembro del Consejo Editorial de la revista *Presencia*, de

la Diócesis de Matanzas; miembro del Consejo de Redacción de la revista *Palabra Nueva*, órgano oficial del Arzobispado de La Habana; y Editor de la revista *Espacio Laical*.

A la vez, he tenido responsabilidades en Instituciones y Organizaciones. Por ejemplo, vicecoordinador nacional de la Unión Católica Latinoamericana de Prensa en Cuba (UCPC); coordinador de la Comisión de “Justicia y Paz”, en la Arquidiócesis de La Habana; y miembro de la Comisión Nacional de “Justicia y Paz”, de la Iglesia Católica cubana; director general del “Laboratorio de Ideas *Cuba Posible*”; y miembro del Diálogo Interamericano, con sede en Washington DC.

Para todo ello ha sido necesario estudiar. He leído muchísimos libros, he oteado innumerables informaciones y he charlado con una variedad enorme de personas experimentadas en estas cuestiones. Asimismo, he realizado estudios formales. Por ejemplo, licenciatura en Derecho por la Universidad de Matanzas; diplomado en Medios de Comunicación Social por la Universidad de Comillas de Madrid; categorizado como profesor instructor por la Universidad de La Habana; maestría oficial en Desarrollo Social por la Universidad Católica de Murcia; y estudios de posgrados en la Universidad Shopia Florencia, Italia, en Filosofía, Teología trinitaria, Ontología, Ética, Antropología de la persona, Liderazgo ético, Ciencias políticas, Ideología, Política y Teoría de la democracia.

III. MI PADRE: TODA LA COHERENCIA POSIBLE

JAL: *Volvamos a la familia. Hábleme de las responsabilidades políticas que ocupó su padre, Roberto Veiga Menéndez.*

RV: Primero creo necesario explicar que él creció en un barrio de la ciudad de Matanzas, en una pequeña casa de madera, muy deteriorada. Su madre procuró que estudiara y fue rodeado de cierta “mística” ético política, que cultivaba la familia. Su tío, Antonio López Coloma, fue el organizador de la última guerra por la independencia (1895-1898) en la provincia de Matanzas, lo cual le ofreció cierta notoriedad, sobre todo porque Juan Gualberto Gómez, representante de José Martí para el inicio de la gesta, se levantó en armas junto a él en lomas matanceras. Además, poco tiempo después compartió celda con este y Manuel Sanguily, hasta que resultó fusilado.

De ahí que mi papá tuvo cargos políticos desde el 1ro de enero de 1959. Fue promovido gradualmente, pero no de manera lenta. Cuando muere Lázaro Peña, a quien le profesa un gran afecto y respeto, lo sustituyó en el cargo de secretario general de la CTC nacional. Ocupó esa responsabilidad por quince años. Participó, en 1965, en la Conferencia nacional que instituyó el PCC y designó al primer Comité Central, aunque él no lo integró en ese momento. En el primer Congreso del PCC sí integró el Comité Central, para lo cual fue ratificado en el segundo y tercer Congreso. En el segundo y tercer Congreso integró además el Buró Político. Durante tres legislaturas fue diputado a la Asamblea Nacional y miembro del Consejo de Estado. Durante doce años fue vicepresidente de la Federación Sindical Mundial (FSM), cuando aún era una organización internacional amplia y fuerte.

Al asumir el tercer período al frente de la CTC nacional, le escuché comentar a miembros del secretariado de la organización que trabajaría intensamente durante los próximos cinco años, pero que ya hubiera sido mejor tener a otra persona ocupando el cargo. Acotó que después de dos períodos en esa responsabilidad y décadas en el trabajo sindical, había acumulado experiencia que le facilitaría consolidar cuestiones importantes del movimiento sindical, pero ya le faltaba frescura y que ese cargo demandaba más frescura que experiencia. No sé si tenía razón, pues soy neófito en el tema.

JAL: ¿Fue ese su último periodo en el cargo?

RV: Con el paso del tiempo desapareció el bloque de países socialistas, lo cual afectó a Cuba y a partir de entonces algunas cosas tendrían que comenzar a ser distintas en la Isla. Entre ellas, ya el poder no podría sostener la dinámica sindical proveniente del XIII Congreso de la CTC, celebrado en 1973 y liderado por Lázaro Peña, pues carecería de recursos económicos y en torno a la política asumiría una estrategia de atrincheramiento. La CTC había prefigurado una orientación comprometida con el PCC y el gobierno, pero de matriz reivindicativa. En ello avanzaron. No obstante, queda pendiente el análisis histórico acerca de ese sindicalismo que procuraron, de sus aciertos y desaciertos, triunfos y fracasos.

El XIII Congreso fue un momento importante del movimiento sindical cubano. Logró encauzar soluciones a los conflictos que habían padecido los sindicatos en los casi veinte años anteriores. La organización había carecido de identidad propia y sus actores se habían dividido de manera atroz. Igualmente, alcanzó el consenso acerca de un modelo de sindicalismo que procuraría la democracia y la reivindicación sindical, aspirando a ser elemento central de un sistema socialista (en nuestro caso de corte soviético, caribeño, carismático).

Era una aspiración de Lázaro Peña, quien había estado muchísimos años en labores ajenas a la central sindical, por decisión de la jerarquía del país, y en ese momento (ya enfermo de cáncer) le permitieron tamaña labor. Peña había culminado la organización del sindicalismo cubano a inicios de la década del 20, del pasado siglo XX, y continuó siendo, de por vida, el más importante líder sindical del país. En aquel entonces consiguió el movimiento sindical más organizado y cohesionado del hemisferio americano.

Mi padre lo conoció personalmente a inicios de la década del 60, pero la amistad se consolidó a finales de ese decenio. Ya en esta época Lázaro Peña estaba desprovisto de sus responsabilidades sindicales, pero era un actor importante del sindicalismo internacional y mi padre fue encargado de organizarle sus viajes relacionados con esos menesteres y acompañarlo en tales casos. Además, en los siguientes años, ya mi padre a cargo de la secretaría general de la CTC en Oriente, casi nadie atendía a Peña porque padecía cierto ostracismo, y él lo invitaba con mucha frecuencia a compartir (en el oriente del país) jornadas amigables, culturales y sociopolíticas. Cuando quedó autorizado a organizar el XIII Congreso se trasladó a Oriente y redactó el primer esbozo estratégico en la oficina de mi padre.

En 1988 sostuvo una reunión con Fidel Castro. Él solicitó ese encuentro y lo hizo para expresarle que cesaría en el cargo cuando iniciaran los preparativos para el próximo Congreso de la CTC. Hubiera ocurrido igual, aunque fuera otro quién tuviera la iniciativa. Tal vez lo hubiera decidido el propio Fidel Castro porque era un imperativo lógico de aquel proceso político. (Por aquellos años fueron relevados de sus cargos, si bien no todos, una significativa cantidad de actores con importantes responsabilidades durante los primeros treinta años de la Revolución en el poder). Sé que, en dicho encuentro, conversaron y acordaron un plazo de seis meses para crear condiciones que favorecieran su salida. No imagino a qué condiciones podrían referirse. Fue liberado de esa responsabilidad en abril de 1989.

JAL: ¿No ocupó otra posición de tal envergadura?

RV: No ocupó jamás otra responsabilidad de significación política. Al respecto conozco (aunque muy poco, pues sobre esos asuntos siempre fue excesivamente hermético) que tuvo conversaciones con Fidel Castro, donde no faltó el tema de su desempeño posterior. No obstante, soy incapaz de precisar si las posibilidades manejadas en esos diálogos fueron a modo de propuestas oficiales o de charlas exploratorias. Sé que Fidel Castro aludió la presidencia del Parlamento y que él manifestó reparos. También supe que le comentó sobre la necesidad de un nuevo embajador en la URSS, que requería ser miembro del Buró Político, pero él alegaba razones personales que le dificultaban instalarse con la familia fuera del país.

Por aquel tiempo también viajó a La Habana Ibrahim Zacarías, entonces secretario general de la FSM. La organización comenzaba a padecer dificultades mayores y su presidente había renunciado. Mi padre aún era vicepresidente de esta. Además, desde hacía tiempo ambos compartían criterios y propuestas para vitalizar la organización y orientarla hacia los nuevos derroteros históricos. No desestimaban lo ideológico, pero consideraban que los pilares de la unidad y del trabajo debían ser predominantemente sindicales y que, para ello, debían moverse hacia una orientación que se planteara la dicotomía global “norte/sur” y no tanto la ideológica. Estoy hablando de otra época, cuando aún la globalización era menos globalizante. Sin embargo, con esto no pretendían excluir los sindicatos del norte de América, Europa y Asia. En aquella idea estos ejercerían un enorme desempeño. No era crear una asociación de sindicatos de países del sur del mundo, sino acentuar en las problemáticas de tal dicotomía.

Al arribar a Cuba y antes de encontrarse con mi padre, durante una mañana, Zacarías se reúne con Fidel Castro y le conversa sobre todo esto y, además, le dice que viene en busca de Veiga para asumir tal reto. Fidel Castro comparte ideas sobre el proyecto y le asegura que él apoyaría a mi padre si este se enrumba hacia estos propósitos. A las ocho de la noche, de ese mismo día, Zacarías se sienta con mi padre, en el portal de su casa, y conversan hasta las 5 y 30 de la madrugada. Pero éste no aceptó. Sostuvo que el momento político mundial era enormemente desfavorable y que aquello, que él mismo había defendido durante los últimos años, no se había realizado cuando era posible y por eso el sindicalismo había llegado descolocado o casi derrotado a ese momento de la historia. En tanto, sería necesario pensar en otra estrategia que recolocara a los sindicatos, lo cual, en el mejor de los casos, sería una tarea muy ardua y por otras vías, que sólo podría brindar resultados en un tiempo algo lejano. Le afirmó a su amigo que la FSM se encaminaba a ser sólo una sigla y ya eso era irreversible. Habían perdido la oportunidad histórica de que esto no ocurriera. A la vez, Zacarías falleció repentinamente muy poco tiempo después.

Con posterioridad Fidel Castro no le trató más el tema de su futuro de manera directa. Mandó a preguntarle. Él y los sindicalistas cubanos de la época habían consensuado, impuesto, que todo dirigente sindical que dejara el trabajo en la organización debería retornar al sector donde se había iniciado como líder sindical, sin que importara la responsabilidad que fuera a ocupar allí (pero siempre al mismo sector). Esto procuraron cumplirlo a cabalidad, o con rigidez. En tanto, solicitó ser ubicado en el sector siderúrgico, pues su inicio fue como fundidor y desde ese empleo, antes del triunfo de la Revolución, organizó el sindicato metalúrgico en Matanzas.

Cumpliendo esto, le encargaron la concreción de una empresa inversionista, de potente capacidad, que debía apoyar el desarrollo de la siderurgia en Cuba; idea que provenía de la etapa del Che como ministro de Industrias, pero estaba postergada. Él emprendió la tarea y trabajó mucho en eso. Varias veces conversó con Fidel Castro sobre estos asuntos, pues en muchas ocasiones la institucionalidad imposibilitaba el desarrollo de gestiones y requería licencia de éste para actuar a pesar de tales obstáculos. Siempre consiguió la aquiescencia de Fidel Castro. No obstante, todo aquello quedó paralizado, pues Cuba perdió el 80 por ciento de su economía y era imposible continuar aquel anhelo.

JAL: Imagino que el nuevo entorno de crisis general en el país también tuvo un impacto en su derrotero de vida.

Se fue quedando sin trabajo y sin el ordinario acceso a Fidel Castro. Decidió regresar a Matanzas, su ciudad natal. Allí tampoco poseía facilidades para trabajar. Sin embargo, no dejaban de pagarle, pero él se negaba a cobrar sin trabajar. Así estuvo algún tiempo.

La cuestión era que existe o tal vez existía (ya no) algo que denominaban “la nomenclatura de Fidel” y la “nomenclatura de Raúl”. Esto significaba que un conjunto de personas, que durante una época realizaron determinadas funciones, bajo la égida del primer jefe o del segundo jefe, siempre quedaban, de algún modo,

en tal orbita; y, por eso, para trabajar, y no sé para cuántas otras cuestiones, había que contar con uno o con el otro, en dependencia de a cuál “nomenclatura” se perteneciera. Mi padre tenía relaciones humanas igual con ambos jefes y relaciones de trabajo con los dos, pero estas últimas eran más intensas con Fidel Castro; en tanto, pertenecía a la “nomenclatura del Comandante en Jefe”. Esto podría tener aspectos positivos, pero también dificultades.

Mi padre se negó, en todo momento, a escribir o visitar a Fidel Castro sólo para ocupar cualquier empleo en algún sitio. Ante esto, pasado un tiempo, el PCC en Matanzas comprendió que estaba frente a una contrariedad (un “mal ejemplo” por parte de un militante bastante conocido) y de algún modo consiguió el permiso para ubicarlo laboralmente. Fue empleado en un taller al lado del basurero de la ciudad de Matanzas. Allí trabajó unos años, hasta que se jubiló. Todo el que pasó por aquel sitio lo pudo encontrar trabajando intensamente y con satisfacción. Para él, siempre, todos los empleos, en cuanto a importancia, poseen el mismo peso específico, aunque las dimensiones puedan diferenciarse.

Sin embargo, todo esto suscitó un ambiente lamentable. Cuando él regresa a Matanzas, todos los días andaba por toda la ciudad y charlaba con todos. En aquel entonces era conocido que Luis Álvarez de la Nuez, primer secretario del PCC en la provincia, sería sustituido y muchos, al percibir en mi padre una autoridad política, consideraron que el relevo sería él y que por eso ya estaba zambulléndose de la realidad matancera. Sin embargo, unos meses después designan a Yadira García como sustituta de Luis Álvarez, mi padre continuó algún tiempo sin trabajar y cuando recibió un empleo fue en aquel taller. Eso impactó y muchos dejaron de tratarlo con la misma intensidad. Sólo aquellos amigos que conoció en el Movimiento 26 de Julio, antes del triunfo, continuaron una relación diáfana y cierta.

Al pasar algún tiempo, visita la provincia una autoridad muy importante y en un encuentro con organizaciones e instituciones sociales y políticas de la provincia y sus municipios, de algún modo esa persona hizo saber que conocía de la presencia de Veiga en la ciudad y todos advirtieron afecto. Desde ese instante comenzó cierto deshielo, fue cesando determinada rigidez y las relaciones tomaron intensidad nuevamente.

Los amigos de mi padre, aquellos que habían combatido a Batista, aprovecharon esa oportunidad y quizá con algún otro apoyo, lograron que, a pesar de estar jubilado, le permitieran crear un equipo para asesorar empresas. Él lo hizo con mucho gusto y realizó ese trabajo durante muchísimos años.

JAL: Para haberse separado de su mamá y haber tenido una primera imagen de él marcada por la distancia, llegaron a compenetrarse mucho...

RV: Tuve bastante cercanía con mi padre. De pequeño pasaba casi todos los fines de semana con él, quien se reunía todos los domingos, para realizar deportes y conversar, con su círculo más cercano y donde participaban, eventualmente, otros dirigentes. Igual, siempre pasaba con él parte de mis vacaciones. Más adelante, durante la adolescencia y primera juventud, convivimos durante unos años, lo cual me permitió acercarme a diferentes ámbitos del Estado, del poder, de los sectores de influencia. En todo ello siempre orienté la atención a lo político.

Esto último me era inevitable, desde la preadolescencia. Recuerdo que pasaba ratos en la oficina de mi padre, donde se reunían, por diferentes motivos, muchos dirigentes de su entorno y también de otras entidades que tenían vínculos de trabajo y/o amistad con él o sus colaboradores. Allí conversaban de todo; del devenir en la URSS, de las elecciones en Estados Unidos, de lo que acontecería en tal o más cual lugar de América Latina, etcétera. Aquello me embelesaba y me interrogaba: ¿cómo pueden “adivinar” lo que sucederá en esos países?

Después, ya un adolescente, lo acompañaba en recorridos por instituciones de La Habana y en sus visitas de trabajo por otras provincias. Estuve presente en eventos que presidió y donde dirigía sus correspondientes debates. También, casi por casualidad, presencié charlas con personas muy importantes, de Cuba y de otros países, en algunos casos acerca de temas muy sensibles. Incluso, en muchas ocasiones, cuando no tenía que asistir a clases ni otro compromiso, y se reunía el Buró Político, también lo acompañaba. Esto sucedió muchísimas veces. Por supuesto que, en este caso, jamás presencié tales reuniones, pero me quedaba en el sitio donde se mantenían los escoltas de los reunidos y escuchaba las “aventuras” que estos vivían y se complacían en contar.

JAL: ¿Cuál fue el aporte de todo esto a su trabajo futuro?

RV: Me permitió conocer a “los hombres del poder”. No sólo saber sobre ellos, sino conocerlos, que son dimensiones distintas. También he conocido en otros lares ideológicos y políticos, de poder e influencia; aunque en unos casos más que en otros. Ello me ha posibilitado comprender mejor “lo humano en la política”.

Ciertamente, los que han gobernado en Cuba han poseído “todo el poder todo el tiempo” y eso aumenta, multidimensionalmente, los daños causados o por causar. Sin embargo, si apartáramos este aspecto e hiciéramos dejación de sus efectos, podemos encontrar en muchísimos de ellos a personas auténticas, nobles, comprometidas con sus quehaceres. Con lo anterior no justifico poseer “todo el poder todo el tiempo”, pues estoy muy lejos de esta concepción de la política. Tampoco encubro que han sobrado dirigentes y funcionarios al modo de Torquemada o Fouché o Hitler o Stalin o Satán.

También con honorables personas me he topado en los otros lares políticos citados. Otra cosa es cuando esa misma integridad incorpora la custodia de fuertes poderes y, por tanto, de poderosos intereses, lo cual suele tornarla en peligrosa para “otros”. Pero ello sucede tanto en la correlación de fuerza geopolítica, como en las relaciones intersectoriales de toda sociedad o en los vínculos entre los diferentes status de una religión, entre muchos otros ejemplos posibles.

En tal sentido, toda esa experiencia me ha convencido de que, con independencia desde cuál tarima observes, muchas veces podrías convenir que: ni los malos son tan malos, ni los buenos son tan buenos.

JAL: *Recuerdo que Cuba Posible publicó algunas colaboraciones de su papá...*

RV: En una de esas reuniones, en medio de la campaña en contra de nuestro trabajo, durante 2018, alguien mezcló a mi padre conmigo y con *Cuba Posible* y puso en duda su consecuencia con las ideas que había defendido y por las cuales había ocupado altos cargos. No quiero dejar de indicar que esa persona (y cualquier otra que lo haya hecho) cometió una ligereza propia de un miserable. Mi padre ha poseído toda la coherencia posible.

En torno a la etapa en que participó activamente, en diferentes instancias, lo asume todo como suyo propio. Ya sea lo que partió de él o de otros, lo que acogió con mucho entusiasmo o con menos, lo que le gustó plenamente o lo que le gustó poco o casi nada. Cuando algunos le hemos pedido análisis y valoraciones sobre esa época, se ha negado a ofrecerlos y alega que todos los protagonistas de aquello son responsables de “todo lo hecho” y que, por ende, tales análisis, evaluaciones y distinciones deberán hacerlos otros.

En cuanto a la etapa posterior, mantiene la misma consecuencia con los principios originales y con los fundamentos primarios, y los defiende a toda costa. Aunque se “da el lujo” de actuar como individuo y criticar todo lo que estima una incapacidad, un error, una culpa, una desidia, una impolítica. Tal vez algunos

dirigentes se han molestado por esas críticas, pero eso no resulta una inconsecuencia, sino todo lo contrario. Otra cosa sería perder el sentido auténtico de una militancia o considerarla un mero instrumento al servicio de oportunismos u otros intereses espurios.

Cuando *Cuba Posible* estaba siendo agredida atrocemente, él publicó cuatro trabajos en nuestra “página web” que después se reprodujeron en un cuaderno. Lo hizo, sobre todo, a modo de respaldo moral en medio de aquellas circunstancias. Eso lo agradezco muchísimo, como director de *Cuba Posible* y como hijo. Sin embargo, yo no fui consecuente. Cuando falleció Fidel Castro, quien había sido su jefe directo por años y con quien tuvo una relación especial, me envió una elegía al comandante, para publicarla en *Cuba Posible*, y no lo hice. Tuve la cobardía política de no asumir su publicación. Llevo esa deuda.

IV. LA RESURRECCIÓN O EL SUICIDIO

JA: *Sin ser demasiado crítico y considerando, como diría su padre, que “lo más importante en todo desempeño tienen que ser los resultados”, puede pensarse que el proyecto de país que encarnaron él y otros de aquellos que acumularon —y algunos aún acumulan— “todo el poder, todo el tiempo”, ha sido un gran fracaso para Cuba. Los sindicatos han acabado por ser apéndices dóciles de las administraciones y no defensores de los obreros; la economía ha ido de naufragio en naufragio, y la sociedad cada vez se siente más fragmentada, apática y sin horizontes. ¿Cómo cree que vea esto su viejo y cómo lo vive su hijo Jaime Javier? ¿Qué Cuba posible encontrará, a la vuelta de una década, su pequeño nieto Fabio?*

RV: No hay nada más influyente y pedagógico que el entrañable afecto familiar. Mi esposa y yo tenemos treinta años de relación. A modo de complemento recíproco, ella me sostiene y yo la sostengo y los dos sostenemos todo. Ella me lo ha dado todo, todo, todo... Yo le he dado lo mejor de mí y un sendero peliagudo que ha debido atravesar, con integridad. Sin ella nada hubiera podido.

Mi hija e hijo (para citarlos por orden de edad) son jóvenes, vitales, inteligentes y listos, pero además nobles; aunque también pueden ser fieras si algo atenta contra la dignidad de nosotros. Por supuesto, cada uno a su modo; con sus diferentes potencialidades, sus disímiles experiencias, sus distintas prioridades y sus desiguales ritmos. Pero siempre firmes y sanos. Y acerca de mi nieto tal vez sea difícil expandir una explicación de ese afecto recíproco que disfrutamos. Por ello sintetizo que en él siento lo nuevo, lo bueno, lo verdadero, lo bello y lo esperado.

Ese camino espinoso que les he impuesto está relacionado con mi labor sobre cuestiones sociales, políticas. La cual, como la de todo cubano, forma parte de ese destino deparado que desde hace décadas se expresa con el término Revolución. El que, a la vez, tiene sus antecedentes en la República y hasta en la llamada Colonia.

Al estudiar los procesos de la República (1901-1958) se revela un camino de acceso, pero difícil. Quizá podría decirse que, si hubo ascensos progresivos, hubiera sido posible una evolución gradual y serena, capaz de ir haciendo menos difícil la inclusión y la equidad. Ahora, si estudiamos bien la República y meditamos en cada aspecto de esa historia, también podríamos concluir que esto sería muy difícil (o imposible). En la armazón socioeconómica de aquel país, próspero y pobre a la vez, “sobraban” aproximadamente dos millones de cubanos y la estructura económica, incluso más allá de la voluntad de los cubanos que la poseían, no podía solucionar ese dilema. Por este motivo se dejó de confiar en “la política de la reforma” y ante ello tomó cuerpo, legitimidad y fuerza “la opción revolucionaria”.

Sin embargo, la Revolución fue un enorme acontecimiento, además muy patriótico, pero no era procedente políticamente. Eran justos los anhelos defendidos, pero lograrlo de inmediato no era funcional a todos los sectores e intereses de cubanos y de otros países en Cuba, poseedores de los resortes y las estructuras

que articulaban al país. Ciertamente, no eran la mayoría que sí demandaba grandes cambios, pero eran “raíles” contruidos y asentados tal vez durante más de doscientos años. Lo cual hizo necesario un excesivo radicalismo, romperlo todo y comenzar de “cero” o ni siquiera de “cero”. Ello trajo como consecuencia que, con independencia de los logros, no fuera posible un modelo que trascendiera significativas condicionantes que se arrastraban ni las incorporadas por el nuevo proceso.

Además, el tropiezo con la libertad aseguró una fatalidad decisiva. El propio comandante Ernesto (Che) Guevara, importantísimo ideólogo del proceso, en su obra “El socialismo y el hombre en Cuba”, interrogó al respecto. Desde una postura radical cuestionó valores fundamentales de la antropología cubana y señaló modelos de conductas “socialistas” que debían sustituirlos. Pero, con preocupación, alertó que tal vez numerosas personas no estarían dispuestas a esa transformación de valores y entonces habría que interrogarse, pues dejaría de tener sentido si ello no ocurriera desde la libertad individual. Lamentablemente el comandante Guevara no llegó a responder su propia pregunta y con posterioridad tampoco otros lo han procurado. Incluso, más bien se proscribió la posibilidad de tal interrogación. Esto instauró una especie de espiral descendente, laberíntica.

Por las consecuencias de todo esto, las tres personas mencionadas en tu pregunta sentimos un hondo dolor. Somos incapaces de alegrarnos de los males que acontecen, aunque ello conceda razón a nuestros criterios. Si bien ese dolor que compartimos puede tener posiciones y afanes diferentes. Esto último es posible porque nuestras disimiles Cubas, no sólo por motivos generacionales, sino además por la naturaleza de lo plural, a su vez comparten las entrañas de una misma Cuba.

Mi padre culmina su vida tan desprovisto como cuando nació. Quizá sea Jaime Javier, el más joven, quien mayor bien pueda continuar ofreciendo al país. *Él* quiere a nuestra Isla y su historia, le entristece todo tipo de pobreza, anhela una paz civilista sustentada en la defensa de los derechos de todas las personas y en la inclusión sociopolítica, desea tenazmente el desarrollo y una democracia cultural, económica, social y política, y defiende la soberanía con pasión.

Pero todo esto será muy difícil si nuestras generaciones, que anteceden, renunciamos a legarles un país decoroso. En ese caso los actores más activos durante los últimos 30 años habríamos fracasado. Y ello no sería sólo a cargo de quienes han gobernado y sus seguidores, sino de todos. Nadie queda fuera del proceso, y de la responsabilidad, a pesar de que unos disfrutaban de diversos modos de inclusión al sistema y otros padecen diferentes maneras de exclusión.

De no conseguir soluciones, de seguro la Cuba de mi nieto será demasiado diferente a la que hemos soñado todos, ya sean afines o contrarios al actual sistema sociopolítico. Muy probablemente sería la corporeidad de “fantasmas leprosos” que ya descubrimos “rondando e imponiéndose” desde hace mucho tiempo, incluso a veces debajo de “ropajes elegantes”. Sin embargo, si bien aún es un pequeño niño, puedo saber que trabajará a favor del país que desee y no se dedicará únicamente a la vida individual. Aunque seguramente entonces las Cubas que convivan estarán muy lejos de las entrañas de esa una misma Cuba que enlaza, aunque poseen *disímiles* criterios políticos, a estos familiares que lo anteceden.

Lastimosamente nuestras generaciones se encuentran frente a una encrucijada, que esbozaré a modo de metáfora, a partir de imágenes del Evangelio. O convertimos esta “pasión” en una “resurrección” como la propuesta por Jesús de Nazaret, o consumaremos una “traición” como la de Judas Iscariote con su posterior “suicidio”.

Diciembre de 2020

El Mensaje por una Cuba próxima, del pasado 3 de mayo, originó un intercambio de opiniones e interrogantes entre miembros de Cuba Posible (CP) y el público en general. Uno de los más interesantes se produjo entre Roberto Veiga González, director de CP durante 2014-2019, y Oscar Grandio Moráquez, historiador cubano. El resultado de esta serie de preguntas y respuestas se transcribe a continuación:

Oscar Grandio Moráquez (OGM): Roberto, en la actual coyuntura de revitalización del disenso en Cuba, con el surgimiento de nuevos actores que han transformado el disenso y lo han hecho más inclusivo, expandiéndose este más allá de los usuales que hasta ahora habían monopolizado las críticas disruptivas y no disruptivas hacia el gobierno, ¿por qué articular ahora una nueva plataforma?

Roberto Veiga González (RVG): Debemos mirar al futuro con realismo y sentido de urgencia. El único modo de lograrlo es afrontando, sin cortapisas, los principales desafíos nacionales. La discriminación política, racial, de género, de orientación sexual; la incorporación de la emigración a los afanes internos; el envejecimiento poblacional y la necesidad de un sistema de pensiones solvente; el mejoramiento de los sistemas de educación y salud, y de otras prestaciones sociales; la organización del mercado laboral a partir de las capacidades educativas, y el pago de un salario que satisfaga las necesidades básicas, e incentive la productividad y la calidad del trabajo; y la construcción de la infraestructura socioeconómica del país.

Ello como resultado de una crisis que se profundiza, incluso de manera endémica. Esto producto de la combinación de un modelo económico ineficaz, una excesiva dependencia económica de Venezuela y las consecuencias de la crisis en ese país, las presiones que provienen de la Casa Blanca, y la carencia de voluntad gubernamental para permitir una sociedad civil empoderada. Esta última cuestión, a su vez, ha impedido el desarrollo de las condiciones democráticas necesarias para revertir dicha crisis y definitivamente asegurar la centralidad de los Derechos Humanos.

Todo esto, agravado por una especie de colapso a causa del Covid-19. Lo cual ha elevado los índices de empobrecimiento y desigualdad; empeorados con la ausencia de turismo, la dolarización forzosa de la economía y una reducción de las remesas familiares debido a los efectos de la propia pandemia.

O sea, disimiles y sensibles discriminaciones, con una pobreza en expansión, ahondan el fracaso de las generaciones actuales y prefiguran un destino fatal para nuestros hijos. A la vez muchas de estas resultan la profundización de inaceptables males de larga data y en algunos casos constituyen laceraciones indecentes que arrastramos por siglos. Las dificultades raciales son la más penosa expresión de ello. Debemos afanarnos en la integración racial porque, de lo contrario, seremos una nación pueril y un Estado mediatizado.

Esto signado además por la reducción de la legitimidad del poder establecido hace seis décadas y la aparición de nuevos actores en el arco de la oposición pública que abogan, desde perfiles culturales, políticos y de defensa de derechos de minorías e identidades particulares, por una democratización efectiva. Lo cual proviene de esa noción general de hecatombe, sin que importe la preferencia ideo política, con sólo escasísimas excepciones.

Como consecuencia, por primera vez la generalidad social -con excepción de un por ciento ínfimo- se encuentra en idéntico estado de desesperanza y reclamo. O sea, por primera vez el anhelo de cambio no proviene sólo de motivaciones políticas e ideológicas contrarias al gobierno o de supuestas exquisiteces formuladas por segmentos intelectuales, sino producto de fracasos generales que de algún modo integran a toda la sociedad, nuevos y viejos actores, sectores recientemente excluidos o preteridos desde siempre.

A la vez el poder no comprende tal imperativo o hace como quién no lo percibe. Por ello sostiene, lo más férreamente posible, la ausencia de oportunidades que pudieran facilitar un cambio. Si bien a estas alturas la generalidad de los mecanismos para sujetar la autonomía ciudadana ya no le ofrece los provechos de otrora, sino por el contrario. Esto dificulta y encarece los esfuerzos por el cambio, pero quizá también contribuya a forjar una sociedad civil auténtica, definitivamente no tutelada, capaz de alcanzar una democratización política cierta.

La solución del país será con todos -realmente- o no habrá solución. Marchamos juntos, si bien libre cada cual y cada propuesta, o sólo podremos esperar un presente perpetuo -inclusive cada vez más decadente.

Ante este instante histórico límite sólo cabe servir para que las necesidades y sueños de los cubanos no se conviertan -definitivamente- en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

OGM: Para muchos esta nueva plataforma no difiere de la anterior que ustedes habían estructurado, y que para estos tenía propuestas de origen destinadas al fracaso.

RVG: Ya no será *Cuba Posible*. Ella fue una inmensa obra de tantos buenos cubanos y amigos de Cuba que tal vez constituya un espíritu cívico, pero no un derrotero político futuro, porque forma parte esencial de ese universo de oportunidades nacionales malogradas para siempre a causa de la más rancia e inepta oficialidad. Sin embargo, *Cuba Posible* no fracasó, quien fracasó fue la represión, al menos por cinco razones.

Primero, demostró que era posible, inclusive en un régimen no democrático, abrir un espacio para discutir, dialogar y discrepar civilizadamente, más allá de otros espacios limitados con auspicio oficial; que además comenzó a educar sobre cómo se discrepa y por qué ello resulta bueno y sano; y del respeto a las personas y los criterios que demanda todo diálogo. A la vez no se limitó a una franja social y política, pues -si bien no absoluta- incorporó una gran amplitud.

Segundo, no sólo ofreció testimonio acerca de una amplitud temática, sino además solidaria. No fue el Cardenal Arzobispo de La Habana, ni fueron los reformistas del PCC, sino un grupo mucho más heterogéneo que descubre que existe y, por tanto, genera vínculos de respeto, apoyo, amistad y siempre solidaridad. Fue parte fundamental del nacimiento de la “sociedad civil” en el importante sentido técnico de esa expresión.

Tercero, demostró que hubo, y que hay, opciones, no solamente una. No se trata simplemente de conservadurismos, represiones, revanchismos, porque existe una gama de posibilidades. El *centrismo*, promovido como insulto, es valioso, productivo, democrático y esperanzador.

Cuarto, las ideas de *Cuba Posible* son semillas que perdurarán. Ciertamente, no todas, pues algunas se perderán, pero la siembra hará posible una enorme cosecha.

Quinta, quien fracasó fue la represión. Al intentar desacreditar a *Cuba Posible* y asfixiar sus posibilidades polarizaron las circunstancias y lograron una oposición francamente radical. De ese modo quedó demostrado que cerrar las puertas y las ventanas jamás será una opción política estable.

OGM: ¿Cómo se articularía la nueva plataforma con los diversos movimientos y personas que, desde unas posiciones críticas más radicales y confrontativas hasta otras más moderadas, con diferentes enfoques ideológicos y de estrategia, tienen el mismo objetivo: la transición de un régimen totalitario a uno democrático?

RVG: Alienta dicho empeño la actual circunstancia límite que reclama un atrevimiento democratizador. No pretendemos duplicar esfuerzos que ya existen, ni competir con ellos. Sino aportar, a modo de integración estratégica, una visión de contribución. En todo proceso social cada actor posee algo que pudiera contribuir a los demás y a su vez estos poseen mucho que pudieran ofrecer a este. Por eso lo adecuado será aprovechar experiencias y vínculos de todos, para colocarnos recíprocamente al servicio unos de otros, ya sean los más radicales y confrontativos o los más moderadas, con independencia de enfoques ideológicos y de estrategia.

Las diferencias políticas, incluso abismales, pueden ser energía vital de cualquier proceso sociopolítico, cuando comparten objetivos fundamentales. Por esta razón ahora priorizamos la defensa del Estado de Derecho como variable política capaz de favorecer diversas aspiraciones e intereses, añejos y nuevos segmentos de actores. Ello sostenido en dos pilares: 1- El desarrollo de los Derechos Humanos, el imperio de la ley, la inclusión sociopolítica, la democracia, el bienestar y un contexto internacional favorable, por medio de la distensión y el diálogo. 2- La participación decisiva de la ciudadanía a favor de la Cuba que queremos, desde un ejercicio abierto al equilibrio entre lo posible y lo imposible.

OGM: ¿Se dará una articulación de manera horizontal con una integración plena a un futuro movimiento unitario que pudiera crearse? ¿Se mantendrá como una plataforma independiente y hablando solamente en nombre de sus adherentes?

RVG: La plural sociedad cubana no demanda una integración al modo de coincidencia unitaria, sino un compromiso con valores e instituciones que permita dirimir pacífica y democráticamente los desacuerdos y, a la vez, desatar el ejercicio ciudadano. Si bien ello exige colocarnos recíprocamente al servicio unos de otros por medio de una integración horizontal gestionada a través del diálogo y orientada hacia una gestión coordinadora de estrategias que facilite la defensa de los objetivos comunes. Ello a través de alguna plataforma mayor, no a manera de marco para todos que absorba, sino de horizonte compartido que libera. A esa perspectiva serviremos y ello tendrá que prefigurar las estructuras y metodologías de labor.

Queremos servir a estos sectores y sostener posiciones propias. Generaremos ideas, no como construcciones teóricas ni a tono exclusivo con las preferencias de los elaboradores, sino a partir de las sugerencias y contribuciones de profesionales, opositores democráticos, activistas de la sociedad civil, actores económicos y ciudadanos en general. También contribuiremos con otros apoyos útiles al fomento de interlocución, entendimiento, redes de solidaridad y trabajo mancomunado entre actores diversos nacionales e internacionales, con iglesias, gobiernos, cancillerías, comisiones parlamentarias, grupos empresariales, movimientos sociales, agrupaciones políticas y *think tanks*.

Trabajaremos con disímiles agendas. Las de identidades particulares (racial, género, religiosas); de ámbitos concretos (medio ambiente, protección al consumidor, animales); de asuntos transversales (electorales, económicos, laborales, judiciales, etcétera); y de cuestiones clasistas que, por ejemplo, abogan por las libertades económicas mientras advierten no confundir al país con una zona franca, ni al Estado con una mera institución fiscal, porque necesitamos de ello, pero siempre al servicio de la sociedad.

También a favor de las “familias políticas cubanas”, que tal vez disfrutaran de potencialidades futuras, pero actualmente no están configuradas de manera suficiente. En este sentido, debemos atender además la sugerencia de articular, en un proyecto político, a la diversidad que durante más de una década compartimos la defensa de una República inclusiva, que no discrimine por motivos políticos, permita el ejercicio de las

libertades ciudadanas sin miedo y a la vez garantice los derechos sociales de todos los cubanos, además comprometida con la soberanía nacional/ciudadana.

OGM: ¿Cuál sería entonces la actual naturaleza institucional de esta plataforma?

RVG: Será a la vez plaza pública, taller de trabajo, foro de diálogo, mesa de negociación, movimiento social, tertulia informal, agrupación política, instituto de politología. Aunque en ocasiones aportará sobre todo como foro de diálogo y en otras como mesa de negociación o de agrupación política. Además, sin equívoco, cuando evolucione el trabajo asumirá definitivamente, por ejemplo, como instituto de politología o agrupación política -según demande el compromiso con la sociedad y la República.

Pero en cada momento será necesario reconocerse un carácter institucional alejado de orgullos ridículos que falseen el desempeño propio. El trabajo actual estará enrumado a convertir las ideas en acción, en historia. De lo contrario estudiar, pensar, opinar, podría resultar un entretenimiento estéril, o enajenante. Pero a su vez la praxis requiere de ideas. Esto reclama -continuamente- búsqueda, información, análisis y conocimiento de las circunstancias, para de esta manera definir -en todo momento- cuáles serían las proyecciones adecuadas sobre cada asunto. También requiere -siempre- convertir esas hipótesis o tesis en actos, en realidad.

Por ello, considerando que trabajaremos cuestiones políticas desde el estudio de los indicadores del Estado de Derecho y hacia el compromiso con la gestión ciudadana, aceptamos la sugerencia de “Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho”. Operaremos además con una especie de marca; ahora *Cuba Próxima* que, con el abrazo, nos advierte esa carencia de valor para abrirnos unos a otros y romper las murallas que impiden el respeto, la acogida, la libertad, la democracia.

OGM: ¿Qué elementos tienen para pensar que ustedes, recién rearticulados como plataforma política, que ha estado inactiva por varios años, puedan ser reconocidos por la diversidad crítica como los encargados de conducir ese diálogo?

RVG: No pretendemos conducir ese diálogo. Sólo deseamos integrarnos a ese diálogo como parte de la diversidad ciudadana, dialogando dentro de la sociedad civil, y como miembro de ese conjunto amplio y plural gestionar la transformación del Estado -ojalá por medio del diálogo.

Lamentablemente, no será posible un diálogo nacional hasta que el poder lo garantice, pues los espacios y cambios que demanda requieren de los instrumentos del Estado. Si bien los actores ciudadanos podemos avanzar hacia un consenso sobre ese nuevo pacto social que late en las entrañas de la Isla. Lo cual aportaría suma potencialidad porque, en última instancia, jamás el Estado, incluso en las dictaduras, consigue aquello que la sociedad no le permita.

Optamos decididamente por ese diálogo, puesto que sólo existen dos opciones, la guerra o el entendimiento. Inclusive, si el poder continúa con la exclusión y represión, toda lucha deberá precaver un mayor sacrificio de los cubanos. Cuba está agotada y ello demanda una paz -no una guerra- necesaria, aunque exigida.

OGM: En relación al diálogo, ¿cuál sería la estrategia para buscar el diálogo con un interlocutor que no ha mostrado ninguna voluntad real para hacerlo en las actuales circunstancias?

RVG: Considero que el poder no desea disponerse a un diálogo. Si bien llegado un punto tal vez no posea opción ante un país arruinado y frente al consenso de sectores sociales dispuestos a salvar a Cuba -que es decir, el presente de todos los cubanos.

Pero ello no será fácil. El estado permanente de conservadurismo, represión y revanchismo desgastan cualquier convocatoria al diálogo. Mas renunciar a este sólo conduciría a una especie de cuesta abajo infinita. A la vez debemos comprender que lograrlo depende de condiciones precisas.

El poder suele rechazar todo diálogo o negociación si no le resulta necesario. También cuando las contrapartes carecen de pujanza. Asimismo, estas pueden ser activas, pero se les hace difícil alcanzar el vigor estratégico necesario cuando tuvieran mucho que ganar, pero ya poco que perder. Quizá esto último influye demasiado, aunque no lo consideramos de manera suficiente.

Tal eficacia implicaría un diálogo de la sociedad civil en general, además orientado hacia una coordinación plural a favor de la transformación del Estado. Ello a partir de un consenso sobre los grandes temas nacionales, que no debería intentarse sobre todos y cada uno de los aspectos de la realidad, pues eso empobrecería. Únicamente un acuerdo general y a la vez preciso, que establezca horizontes sólidos. Capaz igualmente de ser estimado en todos los círculos de activistas y sus allegados, y por los más variados y amplios sectores nacionales e internacionales, incluso por segmentos cercanos al oficialismo. Sólo entonces las contrapartes del poder alcanzarían la pujanza indiscutible para brindar testimonio modesto, pero certero de la solución nacional -sobre todo cuando la sociedad lo reclama con urgencia.

Ningún poder de un país tan estropeado y desesperanzado podría objetar un diálogo ofrecido con tamaña vitalidad. O pudiera rechazarlo, mas no sobrevivir.

OGM: ¿Cuáles serían las condiciones mínimas para considerar iniciado un proceso de democratización y diálogo en Cuba?

RVG: El origen de cualquier proceso de esta índole provendría de la convergencia entre los peligros nacionales y las necesidades sociales apremiantes, con las posibilidades que deriven de una sociedad civil pujante y un poder que incorpore sentido común. De esta correlación podría proceder la voluntad de diálogo, esa distensión política indispensable, y el propósito de una convivencia civilista.

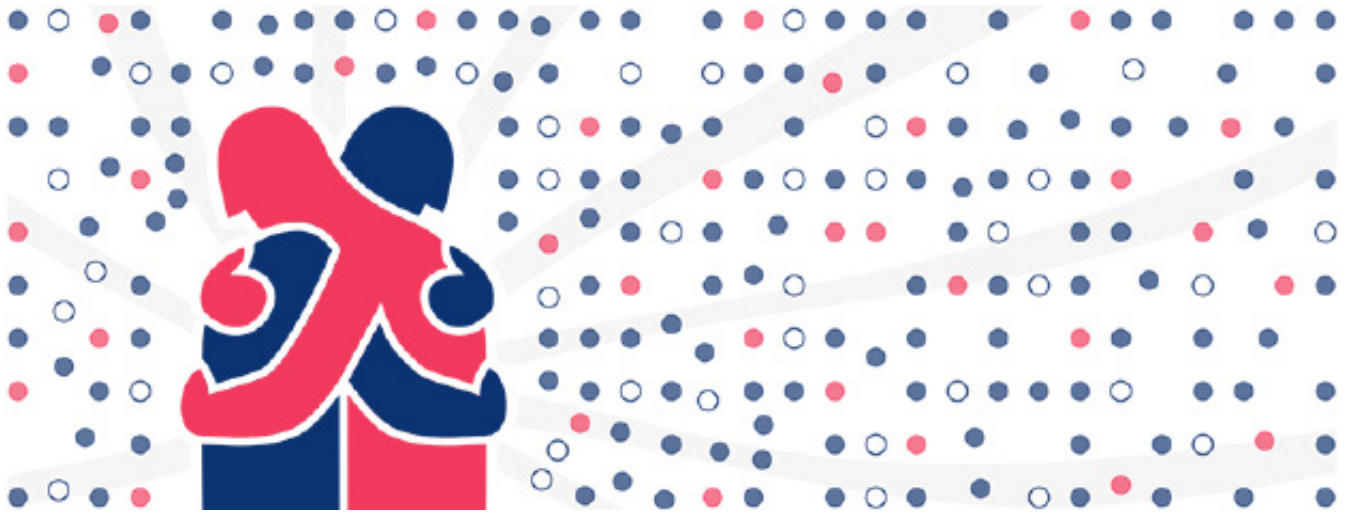
Lo anterior sería parte de un proceso de democratización y diálogo, pero sólo como simiente. Para que concurra de modo explícito, todos debemos asistir con garantías a la construcción de la cosa pública. A través, por ejemplo, de las libertades de asociación y prensa, los derechos políticos y una reforma electoral que facilite el acceso de todos a los cargos de autoridad pública.

Tal vez con ello bastaría para considerarlo iniciado. Lo otro, la edificación del Estado de Derecho mejor posible, será una labor progresiva, asentada siempre en la libertad, la democracia y el diálogo, propia de sociedades ya democráticas -con ciudadanos demócratas.

Mayo de 2021

Roberto Veiga González:

Abogado y politólogo. Editor de la revista católica Espacio Laical (2005-2014) y director del Laboratorio de Ideas Cuba Posible (2014-2019). Miembro del Diálogo Interamericano y director del Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho y Políticas Públicas Cuba Próxima.



CUBa **PRÓXIMA**

Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

www.cubaproxima.org



